

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales**

**Riesgos, incertidumbre y miedos globales: reflexiones  
en torno a la pandemia de influenza A(H1N1) en 2009**

Tesis

Que para obtener el título de:

Licenciada en Relaciones Internacionales

Presenta

**Ana Isabel Alduenda Ávila**

Directora de tesis:

**Dra. Emma León Vega**

México, D.F. Septiembre 2014



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos**

A mi madre, por su determinación frente a la vida y su tenacidad ante las adversidades. Amor profundo y admiración infinita.

A mi abuela, a mi padre Sergio, a Israel y a Marcela, por su apoyo y por su amor, ese que siempre será nuestro.

A Ana, Héctor, David, Torito, Mayahuel, Sofía por su cariño y sus cuidados.

A los imprescindibles cómplices que han llenado el camino de alegrías y que, de alguna forma, son parte de la conclusión de este trabajo. A Sandra por nuestras risas, nuestras aventuras y por ser mi escucha; a Diana, por nuestro baile y tus consejos. A Norma y Mireya. A Pato y Jany por hacer divertidas nuestras clases y por esa serenidad que siempre apaciguaba los ánimos. A Agustín, por los caminos recorridos y por jugar a ponerle nombre a las moscas. A Dinorah, por irrumpir en mi vida con esa sonrisa. A “La M”, por nuestra danza y el movimiento perpetuo. A Ángel por tener siempre las palabras precisas y por sus cuentos. Al dúo maligno, Christian y Pablo, pues porque sí. A Saúl por Dafnis y Cloe.

A Shary, Violeta, Flor de Luz, Vladimir, Lalo, Mariana, Erika y Joel por la complicidad del primer semestre y de los que le siguieron. A Omar, Montse, Marcela e Itza.

A la Dra. Emma León, por su confianza y paciencia para guiar este trabajo.

A la generosa Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

*¿No es más bien la revelación de que la racionalidad superficial de nuestra civilización ha camuflado, pero no destruido, reflejos colectivos que no esperan sino ocasiones propicias para volver a manifestarse?*

Jean Delumeau

*Los hombres y las mujeres que vivieron hace mil años son nuestros antepasados. Hablaban casi nuestro mismo lenguaje y sus concepciones del mundo no estaban tan distantes de las nuestras. Existen analogías entre las dos épocas, pero también diferencias y éstas son las que más nos enseñan.*

Georges Duby

## Índice

<b>Introducción</b> .....	1
<b>Capítulo 1</b>	
<b>Riesgo, incertidumbre y miedo en la era global</b> .....	6
1.1 El riesgo en la trayectoria hacia la modernidad .....	6
1.2 Incertidumbre y riesgos en la vida contemporánea.....	15
1.3 La globalización de los miedos.....	31
<b>Capítulo 2</b>	
<b>Del surgimiento a la globalización de enfermedades infectocontagiosas</b> .....	55
2.1 Algunas condiciones para el surgimiento y propagación de las enfermedades contagiosas masivas.....	57
2.1.1 La concentración poblacional y el desarrollo de las ciudades .....	58
2.1.2 El papel de los animales en la evolución, transferencia y propagación de patógenos .....	63
2.2 Efectos sociales, políticos y económicos de las epidemias.....	68
2.3 Respuestas sociales frente al riesgo .....	76
2.3.1 Las explicaciones como armas psicológicas .....	77
2.3.2 Identificando a los culpables.....	80
2.3.3 La cotidianeidad trastocada.....	85
2.4 La paradoja moderna: progreso sanitario e incertidumbre .....	88
2.5 Nuevos riesgos asociados a la aparición y propagación de las enfermedades contagiosas masivas.....	96
2.5.2 Agentes químicos .....	101
2.5.3 Producción y consumo de alimentos.....	102
2.5.4 Resistencia a los antimicrobianos.....	104
2.6 Los desafíos sanitarios de un mundo globalizado.....	106
<b>Capítulo 3</b>	
<b>Nuevos riesgos y viejos temores: La construcción social del riesgo y la globalización del miedo durante la epidemia de influenza A(H1N1) en 2009</b> .....	109
3.1 El nuevo virus: ¿un riesgo manufacturado? .....	111
3.1.1 El virus A (H1N1) 2009 .....	112
3.1.2 Reordenaciones genéticas y pandemias.....	114
3.1.3 Granjas factoría y gripe porcina en humanos .....	115

3.1.4 Otras condiciones de riesgos .....	119
3.2 Los sistemas expertos y la percepción del riesgo .....	120
3.3 Ambivalencia entre el discurso hegemónico y el no hegemónico. ....	125
3.4 Los medios de comunicación: guías del comportamiento colectivo .....	129
3.5 El rumor como respuesta a la interrupción de la cotidianeidad.....	137
3.6 Socialidad trastocada: estigmatización y discriminación en el contexto de la influenza A (H1N1) 2009 .....	143
3.7 Últimas consideraciones: riesgos reales o intereses reales .....	151
<b>Consideraciones finales</b> .....	<b>157</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>166</b>
<b>Artículos de periódico</b> .....	<b>169</b>
<b>Artículos de revista</b> .....	<b>170</b>
<b>Artículos de internet</b> .....	<b>171</b>

## Introducción

El 23 de abril de 2009 el entonces Secretario de Salud de México, José Ángel Córdoba, realizó un anuncio inesperado en cadena nacional. En éste, el funcionario daba cuenta de la suspensión de clases en todas las escuelas del Distrito Federal y del Estado de México debido al surgimiento de una epidemia de influenza registrada en esas entidades. La epidemia era consecuencia de la aparición de un virus hasta entonces desconocido el cual, por contar con dicha particularidad, tenía capacidad pandémica. Este virus fue más tarde denominado virus A (H1N1), dadas sus características y particularidades.

El anuncio de las autoridades mexicanas marcó la pauta para el inicio de una alerta epidemiológica que tuvo como su principal escenario a la Ciudad de México, a pesar de haber alcanzado resonancia internacional conforme se registraron nuevos casos en distintas latitudes del mundo. Ante la urgencia de la amenaza, se instó a que Estados, organizaciones internacionales, comunidad científica y farmacéuticas buscaran medidas y emprendieran acciones coordinadas para combatir el virus, convirtiéndose en un desafío no sólo para unos cuantos países sino para la sociedad internacional en su conjunto.

Cabe señalar que una epidemia es una enfermedad que afecta a una comunidad o región con mayor frecuencia de la esperada en un periodo de tiempo determinado. Es decir, representa un claro incremento de los casos de una enfermedad respecto a su nivel de endemia, su presencia habitual en una población. Mientras que una pandemia hace referencia a “una epidemia ocurriendo a nivel mundial o en un área muy amplia, cruzando las fronteras internacionales y afectando en general a un gran número de personas”.<sup>1</sup>

De esta forma, la epidemia originada en México dio paso a la *primeria pandemia del siglo XXI*, la cual encontró su origen en un virus que se anunció como contagioso y letal. Con el paso de los días y conforme se daba a conocer la presencia del virus en más países, se percibía cierto agravamiento de la situación. A esto se sumaron los

---

<sup>1</sup> Porta, Miquel, *A Dictionary of Epidemiology*, Oxford University Press, New York, 2008, p. 179.

anuncios emitidos por la Organización Mundial de la Salud respecto al aumento del nivel de la alerta pandémica, la cual llegó a la fase 6, la fase máxima.

A pesar de que la transferencia internacional de riesgos para la salud no es un fenómeno nuevo, no podemos ignorar que los grandes cambios que conlleva la globalización han resultado catalizadores no sólo de la desaparición de las fronteras sanitarias sino de la aparición de nuevos virus. La creciente proximidad del mundo, la migración, los viajes y el comercio son sólo algunos ejemplos de las dinámicas modernas que han dado paso a la fácil transmisión de posibles enfermedades. En este sentido, podríamos afirmar que la aparición y la transmisión del virus A(H1N1) en 2009 es parte de la serie de eventos no previstos que han surgido con el propio desarrollo de la modernidad, los cuales han llevado a que nuestra época sea denominada como una *Sociedad del Riesgo Global*. En ésta, las sociedades han tenido que confrontarse con las diversas consecuencias no deseadas de la modernización.

Así, asistimos a la aparición de riesgos de diversa índole entre los que podemos mencionar el cambio climático, los desastres naturales o los de tipo tecnológico, las recesiones económicas, el terrorismo, la pobreza, la exclusión social y la precarización de las relaciones laborales. La característica de estos riesgos, como veremos, es que la mayoría de ellos tienen una resonancia global por lo que sostenemos que éstos pueden dar pie al surgimiento de escenarios de miedo e incertidumbre con el mismo alcance, tal fue el caso de la pandemia ocurrida en 2009.

Ya que el riesgo ha devenido entonces una categoría sociológica capaz de explicar los fenómenos que rodean a la sociedad moderna, en el primer capítulo, se establece el concepto de riesgo como el enfoque teórico que guiará la presente tesis, asumiendo que a partir de esta categoría se puede realizar un análisis de la experiencia social vivida tras la aparición del virus en 2009.

A su vez, el riesgo puede remitirnos a la incertidumbre y al miedo pues ante la presencia de una amenaza que puede llegar a propiciar la pérdida de la tan anhelada seguridad, los sentidos fácilmente se perturban. Se podría pensar que al hablar de miedo se hace referencia a una condición meramente individual y que, por ende, sale del campo de nuestra disciplina, sin embargo, como bien afirma Jean Delumeau: “no

sólo los individuos tomados aisladamente, sino también las colectividad y las civilizaciones mismas, están embarcadas en un diálogo permanente con el miedo”.<sup>2</sup> De esta forma, la dimensión social del miedo lo ha convertido, al igual que la incertidumbre, en un concepto capaz de dar cuenta del actual estado de cosas en nuestro mundo.

Este diagnóstico de la modernidad también se aborda en el capítulo primero: la incertidumbre y el miedo como fenómenos cada vez más presentes en las sociedades contemporáneas derivados de una constante percepción de inseguridad. Dicha sensación surge, como señala Robert Castel, del debilitamiento de las coberturas 'clásicas' de protección, como consecuencia de la desaparición del Estado de bienestar y también del sentimiento de impotencia ante la aparición de nuevas amenazas. Tal y como el mismo autor señala: “las sociedades modernas son sociedades de individuos que no encuentran, ni en ellos mismos ni en su medio inmediato, la capacidad de asegurar su protección”.<sup>3</sup>

Tras la definición del marco teórico que guiará la presente investigación, cuyo objetivo es realizar un análisis de la forma en la que socialmente se definen los riesgos en las sociedades contemporáneas (abordando el caso de los riesgos sanitarios, en particular el del virus H1N1), en el segundo capítulo se hace un breve recorrido histórico que transita del surgimiento de las enfermedades infecciosas hasta las condiciones actuales que, atravesadas por el fenómeno de la globalización, impactan en la salud pública.

Dicho recorrido abarca brevemente los efectos que las epidemias han tenido a lo largo de la historia en distintas esferas de la actividad humana, determinando incluso el rumbo de diversos acontecimientos históricos. Asimismo, se hace una revisión de las respuestas, creencias sociales y comportamientos colectivos que, determinados por la época, surgen durante la presencia de alguna enfermedad o epidemia. Finalmente, en el segundo capítulo, también se abordan los nuevos riesgos que ha traído consigo la modernidad y la forma en la que diversos factores sociales y urbanos han sido desencadenantes o agravantes de diversos riesgos sanitarios, fenómenos paradójicamente envueltos por grandes avances médicos.

---

<sup>2</sup> Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, Ed. Taurus, Madrid, 1999, p. 10.

<sup>3</sup> Castel, Robert, *La Inseguridad social ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2004, p. 12.

El surgimiento de nuevos riesgos sanitarios da pie a que, en el tercer capítulo, se aborde de lleno la experiencia social que se suscitó tras el brote pandémico de 2009. Entonces, el virus pareció encontrarse difuso y disperso, éste podía sorprendernos en cualquier momento y en cualquier lugar; la amenaza podría encontrarse en cualquier persona, por lo que cualquier 'otro' era visto con desconfianza. En México, cualquier originario de la capital podía esconder el tan temido mal y, a nivel internacional, el mexicano era visto como una amenaza potencial. Países como Argentina o Cuba prohibieron la llegada de vuelos provenientes de México, Haití rechazó ayuda humanitaria enviada tras una serie de desastres naturales que azotaron la isla y en China pasajeros mexicanos fueron puestos en cuarentena. Sin duda, la ola informativa que daba cuenta del brote activó el miedo colectivo.

Los fenómenos sociales relacionados con la presencia de la enfermedad, tanto a nivel nacional como internacional son analizados en el tercer capítulo. Fenómenos como la discriminación, así como los rumores y la desconfianza que permeó en el entorno social hacia las instituciones. Esta revisión se hace con el fin de dar cuenta de la vulnerabilidad y los miedos surgidos por la presencia de un riesgo sanitario como un virus, los cuales logran impactar en el tejido social.

Si algo caracterizó a la pandemia del 2009 fue su carácter global, no sólo por la capacidad del virus de rebasar fronteras sino por la capacidad de los discursos que surgieron en torno a él de llegar a diversas partes del mundo gracias a los medios de comunicación. Por tanto, en el tercer capítulo también se aborda el papel que los medios de comunicación juegan en la definición de los riesgos en un mundo globalizado, logrando ser rectores de la opinión pública y provocando que los miedos y temores que antes eran locales alcancen una dimensión global de acuerdo al tratamiento de la información.

Además de abarcar este evento epidemiológico a partir del riesgo y el miedo social, el presente trabajo busca poner sobre la mesa el ámbito de la salud pública no sólo como una cuestión que los Estados de forma unidireccional deben de observar y proteger, sino que se ha convertido en una cuestión de seguridad internacional. El caso de pandemias como la influenza aviar y la influenza aparecida en México en 2009, junto con otros casos como las alertas emitidas por la OMS en torno a la creciente resistencia

a los antibióticos o el brote de ébola registrado en países africanos (ambos casos en 2014), han puesto en la mira la salud mundial como un tema que debe de ser tomado a consideración el cual, paradójicamente, es muy poco observado dentro de nuestra disciplina. Finalmente, una pandemia como la que es motivo de reflexión en este trabajo no sólo es materia de la epidemiología o la medicina, sino que indudablemente conlleva una dimensión social y política. Es de esta dimensión de la que trata de dar cuenta el presente trabajo.

## **Capítulo 1**

### **Riesgo, incertidumbre y miedo en la era global**

---

El hombre a través de la historia no ha estado exento de peligros, por el contrario, siempre ha tenido que lidiar con amenazas de diversa índole, por lo que los diversos riesgos a los que nos enfrentamos hoy en día no parecen hacer de nuestra época una ni más ni menos peligrosa que las anteriores.

A diferencia de otras épocas, nuestra sociedad actual es mucho más segura para la vida humana gracias al avance científico y tecnológico que nos ha brindado comodidades, normas, reglas e instituciones para gestionar los conflictos y controlar distintas clases de violencia, nuevas formas de enfrentar la enfermedad y el envejecimiento, así como ha puesto frente a nosotros diversidad de opciones para el desarrollo personal y social. Pero al mismo tiempo, se han desarrollado una serie de fenómenos, procesos específicos y situaciones no previstas, que ponen de manifiesto la presencia de riesgos no imaginados en épocas anteriores, como es el caso de la aparición, evolución y diseminación de agentes infecciosos, hecho que ha puesto en vilo a millones de seres humanos en todo el planeta.

Para acercarnos a este panorama del mundo contemporáneo, específicamente en lo que se refiere al brote de la gripe A(H1N1) en nuestro país en 2009, trataremos en el presente capítulo de reflexionar sobre el concepto de riesgo, sus implicaciones y la manera en la que éste se incrusta como característica de la era moderna; así como en la forma en la que la ubicuidad de diversos riesgos y peligros, producto de la dinámica de la globalización, ha exacerbado los sentimientos de miedo e incertidumbre convirtiéndolos en una característica actual de nuestro mundo.

#### **1.1 El riesgo en la trayectoria hacia la modernidad**

El término riesgo nos remite a otras palabras como peligro o amenaza, las cuales de hecho son utilizadas usualmente en el mismo sentido. Sin embargo, como noción, el riesgo posee un significado más específico el cual tiene que ver con nuestra concepción del tiempo, con nuestras decisiones, con las probabilidades de un daño y con la incertidumbre. Si bien nadie puede negar que el riesgo seguramente ha sido parte de la

colocación del hombre en el mundo, lo cierto es que, como concepto sociológico, éste ha surgido en una etapa muy concreta que presenta situaciones nuevas para la vida humana, a saber: el advenimiento de la modernidad. Y es el riesgo, en la actualidad, una de sus dimensiones capitales..

Para dar cuenta de su aparición en el paisaje moderno, hemos optado por tomar a Norbert Elias para recordar que la modernidad es producto de un largo proceso civilizatorio basado en cambios drásticos dentro de las estructuras sociales y vinculados a transformaciones diversas en la estructura de la subjetividad y de la afectividad que pusieron de manifiesto nuevas formas de comportamiento humano. Para Elias, referencia indiscutible en el análisis de dichas transformaciones en la civilización occidental, el centro de esta dinámica es el cambio en la estructura de las funciones sociales, cuya complejización va de la mano de nuevas formas de relación social, a su vez articuladas con nuevos patrones de costumbres y comportamientos cotidianos (cuestión asociada con la transición de una sociedad guerrera a una cortesana, y de ésta al nacimiento de la sociedad burguesa).

Y es que, a medida en que las poblaciones humanas van creciendo y la presión de la competencia aumenta, surge una creciente diferenciación de las funciones sociales que, como se sabe, van generando una progresiva especialización de las labores y oficios de cada individuo. El trabajo de cada uno de los miembros de una sociedad se vuelve indispensable para los actos más sencillos de la vida cotidiana, creándose cadenas de acciones individuales que repercuten a lo largo del entramado social pues “cuanto más se diferencian las funciones, mayor es su cantidad así como la de los individuos de los que dependen continuamente los demás para la realización de los actos más simples y más cotidianos”.<sup>4</sup>

La gran interdependencia generada por la creciente división de funciones, modificó los riesgos inherentes a la vida social y la manera de enfrentarlos. En su análisis sobre el paso de las sociedades guerreras a las cortesanas, Elias señala que la complejidad creciente de las relaciones humanas hizo necesaria una nueva forma de organización basada en la centralización de poderes y en la monopolización de la violencia. Dentro

---

<sup>4</sup> Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, México, 2009, p. 538

de esta nueva estructuración social ya no eran viables las viejas formas de relación social que permitían a los hombres ceder ciegamente a sus impulsos y a sus pasiones, y en donde la vida se organizaba a corto plazo, enfocada en mucho al prestigio atribuido al exceso de osadía e intrepidez que podían adquirir por medio de la violencia y el ataque al otro. En las sociedades guerras el riesgo estaba íntimamente relacionado con la inseguridad y la violencia directa, pues no resultaba algo inaudito que las personas se vieran asaltadas constantemente por actos de violencia física.

Como parte del proceso civilizatorio y ante la creciente interdependencia social el “furor guerrero” debía ceder, ya que de lo contrario, si los impulsos pasionales siguieran dominando el comportamiento social, las prolongadas cadenas de acción se verían afectadas y, junto con ellas, toda la dinámica y el funcionamiento completo del sistema. Dicha tensión dentro de la estructura social se resolvió, por un lado, con la constitución de instituciones que centralizaron el poder y monopolizaron la violencia y, por otro lado, con la transformación de las estructuras psíquicas y de los comportamientos sociales, pues era “preciso ajustar el comportamiento de un número creciente de individuos; [había] que organizar mejor y más rígidamente la red de acciones de modo que la acción individual llegue a cumplir así su función social”.<sup>5</sup> Con la creciente dependencia mutua, la función del guerrero fue paulatinamente anulada frente a la progresiva constitución del monopolio de la violencia pues el uso de la amenaza física se fue sometiendo a nuevas normas y leyes: “La amenaza que supone el hombre para el hombre se somete a una regulación estricta y se hace más calculable gracias a la constitución de monopolios de la violencia física. La vida cotidiana se libera de sobresaltos que se manifiestan de modo repentino”<sup>6</sup>.

En interdependencia con este cambio en las estructuras y funciones sociales, se fue configurando todo un aparato de control psíquico, orientado a desarrollar nuevas formas de comportamiento que impiden se dé rienda suelta a los impulsos y emociones como, por ejemplo, ejercer coacciones a través de la tortura o la violencia física; ya que esto, repetimos, afectaría la compleja red de relaciones sociales cada vez más condicionada por acciones individuales interdependientes.

---

<sup>5</sup> *Idem*

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 544

El control psíquico significó un cambio en la organización interna de los impulsos individuales, los cuales se vieron sometidos por un nuevo “súper-yo”, como lo llama Elias y el cual está basado en el autocontrol y en la regulación estricta del comportamiento. Dicha transformación implica, entre otras cosas, la contención de las coacciones externas que podía ejercer un hombre contra otro. Con ello los mismos sentimientos de riesgo e incertidumbre cobran una nueva configuración y forma de expresarse, ya que la interiorización de las coacciones externas en forma de autocoacciones son el resultado de una mayor previsión a largo plazo.

Para entender más claramente la relación entre este control psíquico y la manera de experimentar y expresar los sentimientos de incertidumbre y riesgo ante toda clase de amenazas, cabe recordar lo que Elias denomina “el proceso de acortesanamiento” que históricamente sufren las sociedades guerreras: la nobleza guerrera va siendo sustituida paulatinamente por una nobleza “domesticada” la cual, a diferencia de la burguesía surgida en su momento, al no contar con medios para su supervivencia se ve obligada a depender y a estar al servicio de un rey o soberano. Dicho proceso transcurre a partir de los siglos XI y XII y alcanza su culminación en los siglos XVII y XVIII como resultado “de los factores decisivos no solamente del proceso civilizatorio occidental, sino de todo gran proceso civilizatorio en la medida que nos alcanza”.<sup>7</sup>

Dentro de los mecanismos y fenómenos a resaltar están la sustitución de las expresiones físicamente violentas por medio de modales y costumbres “civilizadas”, entre ellos se encuentran canales sustitutos como las intrigas y otras maneras reglamentadas de ejercer la competencia de intereses; la sustitución del miedo a las agresiones físicas directas por el miedo al prejuicio y a perder el status social. Estos dos aspectos conllevan una permanente actitud de defensiva, a reparar cautelosamente en el comportamiento del otro, a desarrollar una capacidad de vigilancia de uno mismo y de los otros. En suma, a una “psicologización” de las relaciones sociales que Norbert Elias empareja con un proceso de “racionalización”, el cual no es otra cosa más que la forma en que los hombres se acostumbran a convivir y aprehenden nuevos comportamientos, los cuales tienen su origen en las coacciones impuestas (por la vida cortesana).

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 563

Cabe destacar que para Elias esta racionalización (en la que ubicamos también la racionalización de las acciones ante la incertidumbre, la amenaza y el riesgo) no es un acontecimiento que definió el cambio de las sociedades occidentales a partir de una planificación consciente y voluntaria; más bien se trata de un proceso impersonal que se desarrolla por efectos del mismo desenvolvimiento social. Es decir, tiene que ver con la interiorización de nuevas reglas, normas y valores impuestos por una nueva forma de vida y de organización social, que obliga a sus miembros a establecer canales de gestión para todas las circunstancias de su vida institucional y cotidiana con miras a plazos más largos. Cabe señalar que estos comportamientos, surgidos de los sectores dominantes, se propagan entre las demás estratos sociales conforme se expande y agudiza la dependencia funcional.

La importancia de estas transformaciones estudiadas por Elias, para el tema que nos ocupa, radica precisamente en la manera como: a) las formas de gestionar la incertidumbre y las amenazas, así como la misma manera de experimentarlas son el producto de una interrelación entre las formas que adoptan las estructuras sociales y la configuración de los aparatos psíquicos y de comportamiento social; y b) por lo mismo, se transforman históricamente como parte de un proceso civilizatorio más amplio. Es decir, la manera en la que se experimenta la incertidumbre y los peligros no es una mera cuestión de subjetividad personal, sino forma parte de la misma estructura y dinámica social que, a su vez puede desarrollarse y extenderse en procesos de largo alcance.

Es en el contexto de este proceso donde se presenta una ruptura con lo tradicional y con el pasado, y en donde la palabra “riesgo” hace su aparición como noción derivada de situaciones concretas. Como se afirmó al inicio, si bien el sentimiento de riesgo seguramente era experimentado como parte de otros sentimientos asociados de incertidumbre y amenaza, durante la Edad Media la palabra se desconocía. Fue hasta la aparición de los primeros viajeros quienes, destinados a navegar y visitar lugares desconocidos, comenzaron a hacer uso de dicho vocablo. Luhmann afirma que no existen investigaciones históricas que proporcionen información veraz respecto al término, sin embargo, reconoce que:

De 'riesgo' se habla por vez primera en el transcurso de la Edad Media a la incipiente modernidad. Los orígenes de la palabra son desconocidos. Hay quien habla de su posible procedencia árabe. En Europa el término ya se encuentra en documentos medievales, sin embargo se extiende en primer lugar con la llegada de la imprenta, especialmente en Italia y España [...] el citado término aparece con poca frecuencia y muy disperso en diferentes ámbitos de la realidad social. El viaje por mar y el comercio son casos en los que el empleo de la palabra es frecuente.<sup>8</sup>

La relación entre incertidumbre y riesgo en ámbitos como la navegación y el comercio es bastante clara, pues los navegantes desconocían si se enfrentarían a alguna vicisitud y los comerciantes estaban a expensas de la demanda de sus mercancías. Se observa cómo las situaciones concretas afectan la misma aparición de las palabras, y es que la palabra riesgo, de etimología incierta,<sup>9</sup> posiblemente hace alusión a un “risco en el mar, aquel que pone en peligro la embarcación, denomina la posibilidad de que ocurra una desgracia o un contratiempo”<sup>10</sup>. De ahí que forme parte de toda una familia léxica que abarca sentimientos que nos remiten al miedo, angustia, timidez, inquietud, terror y vulnerabilidad.

Pero también es cierto que estos sentimientos asociados al riesgo no siempre tienen un valor negativo. Se vinculan con una contraparte de signo positivo que se expresa en la palabra arriesgarse, esto es, aventurarse a sortear los peligros y obstáculos con un ánimo decidido y firme. Es precisamente esta última connotación la que llega a prevalecer en el despliegue de la modernidad: como criterio de un proyecto de vida que busca superar las trabas del pasado y alcanzar el perfeccionamiento de la vida social a través del predominio de la razón y la técnica, todo en aras de un progreso incesante y lineal que, se supone, resultaría en mayores libertades para el hombre y en un futuro ligado a la voluntad y capacidad para enfrentar toda clase de peligros.

Esta nueva concepción está detrás de cambios fundamentales que impactan el orden social, económico y político, así como el biológico y ambiental; colocando a los

---

<sup>8</sup> Luhmann, Niklas. “El concepto de riesgo” en Beriain, Jostexo (comp), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, España, 2007, p. 131-132.

<sup>9</sup> Según Corominas, las raíces de la palabra “riesgo”, aparecen ya en el siglo XIII, pero con el significado de “lucha, contradicción” aparece en el siglo XIV. Señala que posiblemente todo este conjunto de palabras proceda del latín *resicare* (cortar, dividir, sembrar discordia) que finalmente dio lugar al significado de peligro. Cf. Corominas Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Editorial Gredos, 1961, p. 508

<sup>10</sup> Marina, José Antonio, et. al. *Diccionario de los sentimientos*, España, Anagrama, 2007, p. 244

hombres bajo nuevas circunstancias que le permiten aventurarse e innovar en toda clase de ámbitos pero, como se verá más adelante, también provoca la aparición de nuevos riesgos. Un ejemplo es la misma manera en que los seres humanos, sometidos a este proceso de transformaciones, llegan a concebirse como actores que pueden intervenir en el mundo, en su vida social y en su destino.

Si nos colocamos nuevamente en la Edad Media veremos que en este orden social, basado en la religión y específicamente en Dios como el centro de la sociedad y de la vida, el destino y la función social de los hombres se encontraban prefijados por fuerzas divinas desde el momento de su nacimiento. Por lo tanto, su capacidad para modificar su ocupación, su jerarquía social y su posición económica dentro de la sociedad medieval se veía imposibilitada frente a lo que se percibía como una voluntad de los dioses, una decisión divina que ya había elegido su destino y ante la omnipotencia de dicha decisión, el hombre poco o nada podía hacer. En este mismo sentido, todo evento sorpresivo, toda catástrofe y desastre era atribuido a Dios.

Sin embargo, en el transcurso hacia la modernidad esto fue cambiando. Un evento que marca la transformación de esta concepción del mundo natural y humano fue el terremoto —y consecuentes tsunami e incendio— acaecido el 1 de noviembre de 1775 en Lisboa, en el que murieron aproximadamente 100,000 personas. Dicha calamidad propició una reflexión profunda en torno a lo que hasta entonces se trataba de justicia divina. Con este evento, se dio uno de los primeros pasos en la laicización de la catástrofe y se desarrolló un pensamiento filosófico que separaba los males naturales de los males morales al evidenciar responsabilidades humanas.

En pleno auge de la Ilustración Rousseau escribe a Voltaire: “La naturaleza no reunió ahí las veinte mil casas de seis a siete pisos, y si los habitantes de esa gran ciudad se hubieran distribuido de un modo más uniforme, y se hubieran alojado debidamente, la catástrofe hubiera sido menor, e incluso nula”.<sup>11</sup> En este breve párrafo, Rousseau plantea que si bien el terremoto en Lisboa tuvo causas meramente naturales, las consecuencias catastróficas hunden sus raíces en fallos humanos y en el carácter deliberado de muchos de sus actos.

---

<sup>11</sup> Rousseau, Jean-Jacques, “Carta al Señor Voltaire”, en *Escritos Polémicos: carta a Voltaire, cartas a Malesherbes, carta a Beaumont, carta a Mirabeau*, Madrid, Editorial Tecnos, 1994, p. 6

Este advenimiento de lo que Max Weber denominó la *Entzäuberung*, para referirse al “desencantamiento” o “desacralización” del mundo —característica fundamental de la trayectoria moderna—, marca un cambio radical en la concepción que tiene el hombre de su papel en el mundo que habita. La religión queda desplazada frente a “la llegada del hombre racional” que es capaz de intervenir en la construcción de su propio futuro, de crear las condiciones de su existencia y de avanzar progresivamente a través de la razón.

Si ya desde el Renacimiento el hombre es puesto en el centro del mundo, ahora, en pleno despegue de la era moderna, se le dota de plenas capacidades para asumir sus propias decisiones respecto a su presente y su futuro. Serán los hombres racionales los que tengan en adelante la posibilidad de aventurarse a hacer elecciones y tomar decisiones sobre su propio destino. Y dentro de esta posibilidad de decisión se encuentra implícita la idea de riesgo, pues siempre que hacemos una elección nada nos garantiza que las cosas saldrán como las planeamos, es decir, siempre existe la posibilidad de que no ocurra lo que esperamos y que suceda algo totalmente distinto.

Un factor que es determinante para la aparición de la noción de riesgo es la nueva forma de considerar la temporalidad social. Puede decirse que para las sociedades premodernas el futuro es casi inexistente e insignificante, toda vez que se trataba de un asunto ya definido por la fortuna divina; el futuro se apreciaba distante y se relacionaba con el fin de los tiempos, frente al cual el hombre nada podía hacer ni podía intervenir. De hecho, estas sociedades se encontraban fuertemente ligadas a su pasado entrelazándolo constantemente con su presente.

Para las sociedades que se van desarrollando durante el transcurso de la modernidad, en cambio, la orientación está fuertemente ligada con el futuro, pues al crecer la capacidad para una previsión a largo plazo (racionalización en Elias) el futuro también se presenta como prometedor. La esperanza en el porvenir se convierte en algo fundamental, ya que está determinada por las decisiones tomadas por hombres racionales. Esta diferencia fundamental en la concepción temporal entre las sociedades premodernas y las modernas, hace pensar a algunos autores que las primeras no poseían un concepto de riesgo (en su significado de “arriesgar”) en tanto el futuro no es tomado en cuenta:

Las culturas tradicionales no tenían un concepto del riesgo porque no lo necesitaban. Riesgo no es igual a amenaza o peligro. El riesgo se refiere a peligros que se analizan activamente en relación a posibilidades futuras. Sólo alcanza un uso extendido en una sociedad orientada hacia el futuro – que ve el futuro precisamente como un territorio a conquistar o colonizar-. La idea de riesgo supone una sociedad que trata activamente de romper con su pasado –la característica fundamental, en efecto, de la civilización industrial moderna.<sup>12</sup>

Así, lo fundamental es la importancia que va adquiriendo la capacidad del hombre de decidir respecto a las condiciones de su existencia y respecto a su porvenir. Con ello se abre una doble vía de consideraciones contradictorias que son típicas de la modernidad. Por un lado se encuentra la capacidad humana y social para intervenir en el presente, pensando en el futuro; por el otro, el mismo futuro aparece como algo incierto, en él nada estaría dado ni asegurado. Ante esta contradicción se desarrolla una nueva concepción del riesgo, ya que, como se dijo antes, puede suceder que nuestras decisiones no tomen el curso esperado, y al contrario se sucedan eventos inesperados e indeseables. La noción de riesgo se encuentra evidentemente ligada a nuestras decisiones y al tiempo, pues el pasado no implica riesgo: sólo el futuro lo contiene. En el mismo sentido Luhmann afirma que “el término riesgo refiere a decisiones con las que se vincula el tiempo, aunque el futuro no se puede conocer suficientemente; ni tan siquiera el futuro que se produce a través de las decisiones personales”.<sup>13</sup>

En el intento de tratar de controlar y dominar la incertidumbre, el riesgo se enarbola como la idea moderna de calcular las posibilidades de que ocurra un daño futuro derivado de nuestras decisiones. Esto se hará con la finalidad de reducir la especulación y las consecuencias inesperadas. Aquí surge una primer connotación que tomamos como referente para nuestra reflexión, a saber, que el riesgo refiere a aquellos peligros futuros que creemos podemos predecir o calcular (y en tanto concepto ligado a un futuro, sólo podemos referir a un suceso que aún no existe pero que puede suceder). Por tanto, el cálculo de las probabilidades sobre la ocurrencia de algo, por más razonable y concienzudo que se haga, no garantiza que se eviten los daños por venir, sin embargo, podemos considerar este cálculo como lo más cercano a la certeza.

---

<sup>12</sup> Giddens, Anthony. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vida*, Editorial Taurus, España, 2001, p. 35

<sup>13</sup> Luhmann, Niklas, *op. cit.*, p. 134

La dinámica económica de las sociedades modernas jugó también un papel determinante en la consolidación de las ideas de cálculo y probabilidad. La teoría económica fue una de las pioneras en el cálculo del riesgo, ya que tanto ganancias como pérdidas se miden dentro de la lógica del margen de error o acierto de las predicciones, lo que significa un cálculo de probabilidad que, en el fondo de todo, implica la elección de una decisión, que siempre será la que se proyecte como la menos peligrosa.

Al referirnos al cálculo de probabilidades no nos referimos únicamente a un cálculo basado en mecanismos cuantitativos, pues si bien éstos son posibles, el concepto de riesgo no encierra un significado meramente estadístico, ni se encuentra anudado a la racionalidad y exactitud del discurso científico que contempla las miradas sociales como secundarias y no significativas. Por el contrario, el riesgo posee una dimensión indudablemente social pues si bien los individuos no utilizan fórmulas de cálculo estadístico para hacer sus elecciones en la vida cotidiana, el riesgo implica que sus decisiones estén inmersas en diferentes formas de relación social. Por este motivo las ciencias sociales, desde diversas perspectivas, se han ocupado del estudio del riesgo como parte fundamental de las sociedades contemporáneas.

## **1.2 Incertidumbre y riesgos en la vida contemporánea**

En las últimas décadas algunos análisis dentro de las ciencias sociales se han centrado en el estudio del riesgo, frente a lo que se considera podría describir nuestro mundo moderno y las posibles amenazas que en éste se deban enfrentar en un futuro no muy lejano. Dichos riesgos surgen y se sitúan en diferentes ámbitos de la vida social y abarcan la esfera medio ambiental, la económica, la política, la tecnológica y la sanitaria, entre otras.

En tales análisis el riesgo es usado en diversidad de contextos, pero parece conservar buena parte de sus significados originales:

(...) peligro, pérdida, daño o amenaza, entonces se trata de un concepto indicador de eventos indeseados. Al mismo tiempo, el término es utilizado dentro de la noción de cálculo de riesgos. Desde una perspectiva técnica, el riesgo tiene que ver con las probabilidades y alcances de un evento (indeseado) [...] Finalmente, el riesgo no está restringido a aspectos

negativos, pues la noción de tomar riesgos evoca también un lado positivo.<sup>14</sup>

Desde una perspectiva técnico-científica, los riesgos constituyen peligros futuros o resultados adversos, derivados de una decisión previamente meditada y calculada. Dicha concepción domina en los estudios realizados desde la Economía, la Actuaría, la Epidemiología, la Ingeniería y también la Psicología, en donde el riesgo puede ser calculado objetivamente mediante técnicas racionales. Lo central de tales perspectivas radica “en la identificación de riesgos, aislar sus factores causales, construir modelos predictivos de relaciones entre riesgos, y estudiar la forma en que las personas perciben, analizan y toman decisiones sobre diferentes situaciones de riesgos”.<sup>15</sup>

En las ciencias sociales, por su parte, se enfatizan las bases socioculturales y subjetivas por medio de las cuales se construyen y se perciben los riesgos. En este terreno destacan varios estudios teóricos que giran en torno a la problemática del riesgo. El primero, encabezado por Mary Douglas, parte de un enfoque antropológico; el segundo corresponde a los estudios realizados por Luhmann en su obra *Sociología del riesgo* y el tercero emerge de la concepción de la *Sociedad del Riesgo Global*, perspectiva que propone el sociólogo alemán Ulrich Beck y el sociólogo británico Anthony Giddens.

Comencemos con Mary Douglas, a quien se le atribuye la introducción de la dimensión cultural y simbólica en el estudio del riesgo (un terreno hasta entonces dominado por la perspectiva técnico-científica), y su interpretación se encuentra considerada como la única relacionada con la perspectiva antropológica. Para esta autora, dicha noción surge de la teoría de las probabilidades –un sistema axiomático derivado de la teoría de juegos que nació en Francia en el siglo XVII–<sup>16</sup> refiriéndose a las probabilidades de que un hecho suceda dentro de un esquema de pérdidas o ganancias. Bajo esta perspectiva inicial el concepto de riesgo todavía no comporta una

---

<sup>14</sup> Zinn, Jens. “Introduction: The Contribution of Sociology to the Discourse on Risk and Uncertainty” en Zinn, Jens, *Social theories of risk and uncertainty: an introduction*, Massachusetts, Blackwell, 2008, p. 4

<sup>15</sup> Ferràs Jaume, et. al. “La seguridad como construcción social”, ponencia presentada en el VII congreso Español de Sociología, 2001, <http://www.ub.edu/epp/seg/seggas.PDF>, revisado en junio del 2012

<sup>16</sup> Douglas, Mary, “Les études de perception du risqué: un état de l’art”, en Jean-Louis Fabiani y Jacques Thies, *La Société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques*. París, Presses de l’École Normale Supérieure, 1987, pp. 56-60.

significación negativa sino neutral, ya que las probabilidades se refieren tanto a aspectos positivos (ganancias) como negativos (pérdidas).

Para Douglas, sin embargo, la cuestión no se reduce a un mero cálculo de probabilidades: la clave radica en la forma cómo se perciben los riesgos. Su trabajo parte de la premisa de que el pensamiento humano tiene un origen meramente social: por tanto, el riesgo como categoría cognitiva es una construcción colectiva y cultural. Así, los riesgos son socialmente construidos y culturalmente transformados y seleccionados pues son los grupos sociales los que se encargan de decidir entre lo que es y lo que no es riesgoso, descartando lo que no es percibido como tal y actuando frente a lo que sí se percibe como amenaza.

Las pautas culturales no sólo permiten definir la percepción de lo que constituye o no una amenaza para un grupo de personas, también contribuyen a generar el tipo de respuestas sociales frente a estos peligros. Es decir, las acciones que se toman también están determinadas culturalmente. La percepción del riesgo se encuentra enmarcada dentro de los parámetros normativos y de valores de una sociedad: “los peligros devienen importantes para una comunidad en tanto traspasen sus fronteras, su orden y sus valores”<sup>17</sup>. Con ello se refutan las ideas técnico-científicas que ponen el acento en una “visión objetivista” de los riesgos, al señalar que la cognición de futuros peligros tiene que ver más con ideas sociales de moral, justicia y seguridad que con cuestiones probabilísticas, de costo y beneficio.

Un ejemplo que nos ayuda a comprender estas dimensiones simbólicas y culturales se puede ver en las discrepancias de la concepción de riesgo cuando el volcán Popocatépetl, en México, presenta signos de erupción. Este eventual hecho siempre constituye para los agentes gubernamentales y de protección civil una alta probabilidad de acciones de evacuación (riesgos considerados bajo cálculos racionales basados en el conocimiento científico existente). Pero esto no es considerado de la misma manera por la población de las comunidades aledañas, muchas constituidas por indígenas y campesinos. Constantemente el gobierno enfrenta la negativa de los habitantes del lugar para desalojar sus viviendas, pues estos creen más en las bondades del volcán y

---

<sup>17</sup> Zinn Jens. “A comparison of Sociological Theorizing on Risk and Uncertainty” en Zinn, Jens, *op. cit.*, p.169

en la predicción de sus propios agentes culturales que en los cálculos de riesgo elaborados desde fuera:

[...] 'los tiemperos', una especie de 'sacerdotes' que leen el tiempo para interpretar las señales adecuadas para la siembra y la cosecha, están dotados de la habilidad para conversar en sueños con 'Don Goyo' [...] los relatos hablan de la persistencia de una matriz cultural en la que es más importante la palabra de un 'tiempereo', de que 'Don Goyo' no piensa hacer daño, que los afanes, discursos y aparatos de medición de los agentes gubernamentales y científicos, a los que paradójicamente suele percibirse como amenaza.<sup>18</sup>

Tal discrepancia puede explicarse con el concepto de Douglas de “inmunidad subjetiva”, el cual refiere a que toda elección que tomamos conlleva incertidumbre, pero también a que frente ciertos márgenes de inseguridad el ser humano necesita minimizar las probabilidades negativas en torno a un evento, es decir, trata de ignorar los peligros los cuales se piensan controlados. La inmunidad subjetiva es una condición humana vital pues si “el agente racional prestara atención a todos los probables riesgos que reclaman su atención en cada paso, estaría paralizado”.<sup>19</sup>

Esta inmunidad subjetiva resulta ser necesaria y sana para la existencia humana, pero también provoca que se lleguen a subestimar diversos riesgos cotidianos que se creen poco probables, como el no hacer uso del cinturón de seguridad cuando manejamos un auto o el hecho de que miles de trabajadores de la industria ignoren el uso de equipo de protección personal en su trabajo. Por otro lado, es importante para nuestra reflexión, la percepción de los riesgos se puede modificar drásticamente cuando existe control de la información por parte de algún agente como pueden ser los medios de comunicación o el propio gobierno:

La gente subestima de ordinario los riesgos en situaciones familiares y los riesgos de baja probabilidad. Le impactan con fuerza los sucesos relatados por los medios de comunicación que parecen dramáticos (una catástrofe aérea con estrellas de cine a bordo) y se siente menos impresionada por pérdidas no dramáticas como las muertes por asma.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Glockner, Julio, *Los volcanes sagrados. Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccihuatl*, en Reguillo, Rossana, “Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo”, Colombia, *Revista de Estudios Sociales*, No. 5, 2000, p. 65

<sup>19</sup> Douglas, Mary, *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Barcelona, Paidós, 1996, pp.97-98

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 105

De esta forma, se concluye que si la cultura condiciona la percepción que se tiene del riesgo, entonces no existe un consenso en torno a su significado,<sup>21</sup> ya que éste resulta ser ambiguo y subjetivo al definirse por parámetros establecidos por cada matriz cultural y al poder ser influenciado por diferentes agentes sociales.

Otro autor fundamental es Luhmann, quien desde la perspectiva sociológica se dedicó profundamente al tema. En su obra conocida como *Sociología del Riesgo* retoma bases teóricas cimentadas en el funcionalismo y en la teoría de sistemas cuyo punto de partida recae en la distinción sistema-entorno. Sin detenerse en las diferencias culturales e interculturales, su análisis se caracteriza por atender la creciente complejidad de la sociedad, no sólo en los sistemas y la mayor cantidad de elementos que la constituyen, sino en su interacción con un entorno que demanda mayores enlaces e intercambios: “Esa abundancia obliga a la selección [...] En la medida en que no se pueden articular todos los elementos, tampoco se pueden controlar todos los eventos”.<sup>22</sup> De ahí que nuestras sociedades al ser más complejas, también estén más expuestas a las contingencias y a los riesgos.

Siempre estamos expuestos a eventos que rompen con lo normal, con lo cotidiano, a sucesos que devienen sorpresa o accidente. Existe un “lado oscuro de la vida”, una “carga de decepciones que acompaña a las expectativas”, dice Luhmann.<sup>23</sup> Nuestra normalidad siempre se puede ver amenazada por algún suceso que resulta sorpresivo, por alguna discontinuidad o simplemente por algo imprevisto que cambia radicalmente el curso de nuestra existencia. Pero los acontecimientos que perturban la normalidad en la que nos encontramos inmersos y que son contrarios a lo que habíamos previsto, no pueden ser explicados como simple resultado del azar. Su aparición no constituye una mera casualidad, no se trata ni de castigos divinos ni de consecuencias por prácticas mágicas: estos eventos poseen un orden propio y son el resultado de una decisión previa.

---

<sup>21</sup> Al destacar el carácter social del riesgo, Douglas evita que se caiga en etnocentrismos ya que reconoce que cada grupo social se encarga de definir lo qué es peligroso y lo que no.

<sup>22</sup> Millán, René “Incertidumbre y miedo: visiones sobre la modernidad”, en Pamplona Francisco, *Paradojas del Miedo*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009, p. 107

<sup>23</sup> Luhmann, Niklas, *Sociología del riesgo*, México, Universidad Iberoamericana, 1992, p. 35

Esta afirmación de Luhmann recoge las voces críticas de Rousseau ante el terremoto de Lisboa mencionado antes, al señalar que el riesgo no es algo que proviene de afuera del sujeto. Al contrario, señala Luhmann, es el resultado de sus propias decisiones y acciones, es decir, recae en las decisiones tomadas en el seno de la sociedad la probabilidad de que un evento no contemplado irrumpa en nuestras vidas y que conlleve un peligro o un daño. El riesgo, como dijimos previamente, se encuentra anclado a la concepción del futuro que puede derivarse de las acciones presentes, constituye una forma de buscar certezas frente a un horizonte plagado de contingencias que son propias de las sociedades complejas. Por tanto, la decisión resulta ser el punto medular de donde surge cualquier tipo de daño futuro:

[...] hablamos de riesgo únicamente cuando ha de tomarse una decisión sin la cual podría ocurrir un daño. El hecho de quién tome la decisión perciba el riesgo como consecuencia de su decisión o de que sean otros los que se lo atribuyen no es algo esencial al concepto [...] Tampoco importa en qué momento ocurre el daño, es decir, en el momento de la decisión o después. Lo importante para el concepto, tal y como aquí lo proponemos es exclusivamente que el posible daño sea algo contingente; esto es, evitable<sup>24</sup>

La concepción de Luhmann también se acerca en ciertos aspectos al enfoque técnico-científico, pero en lo general implica una perspectiva más compleja y diferente. Por un lado, al poner el acento en la decisión de los agentes sociales, da entrada a las explicaciones de que los riesgos pueden ser racional y cuantitativamente calculados y que a través de estudios de riesgo se puede llegar a tomar decisiones más adecuadas y con ello reducir en gran medida las posibilidades de adversidades o daños futuros, logrando con ello sustituir la incertidumbre por certeza y seguridad.

Pero, por otro lado, rebate totalmente la idea de que los riesgos puedan calcularse con un alto margen de control al afirmar que la misma idea de seguridad es algo intrínsecamente ligado a su opuesto, el riesgo, de la misma manera “como la sombra [está] en función de la luz”<sup>25</sup> En esta implicación mutua de las dos situaciones opuestas se revelan características tanto de uno como de otro, toda vez que “todo observador

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 59-60

<sup>25</sup> Martínez, Jesús I., “Pensar el riesgo. En diálogo con Luhmann” en *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, España, 2010, <http://ojs.uv.es/index.php/CEFD/article/view/273/310>, revisado en junio del 2012

debe servirse de una distinción pues de otra manera no podría caracterizar lo que pretende observar”.<sup>26</sup>

En su análisis del esquema binario riesgo-seguridad, Luhmann es contundente al afirmar que el concepto de seguridad, por sí mismo, es “un concepto vacío” pues alcanzar una seguridad absoluta es una “ficción social”. La seguridad total implicaría también la ausencia total de riesgo; y aunque la primera se nos llega a presentar como una opción o una alternativa que puede realmente caracterizar nuestras vidas, no puede significar que siempre habrá certezas absolutas frente a daños futuros, aún si optamos por tomar una decisión que suponemos implica menos peligro: “definitivamente no podemos renunciar con seguridad a una ventaja insegura, porque la renuncia posiblemente no es tal (aunque eso no lo podamos saber en el presente)”.<sup>27</sup>

Toda decisión resulta riesgosa al no existir mecanismos exactos que nos permiten conocer con anticipación las consecuencias que nuestras decisiones pueden traer. Al contrario de lo que suponen las técnicas de cálculo de riesgo –de las que se vale el pensamiento racional y técnico–, la posibilidad de que ocurra algo imprevisto cuando tomamos decisiones siempre se encuentra presente, por lo que no existe garantía alguna de que podamos evitar los daños que se puedan presentar en un futuro, ya que la única certeza que tenemos sobre éste es que será distinto de lo que hoy vivimos.

Frente a la ficción de la seguridad absoluta y con el propósito de incorporar aquellos factores que no dependen de las decisiones de los agentes, Luhmann propone una distinción entre la noción de peligro y de riesgo, la cual nos permite distinguir las amenazas que parecen no estar directamente relacionadas con nuestras acciones y decisiones; así como para hacer una serie de cuestionamientos sobre la toma de decisiones y los resultados de las mismas, es decir, entre “los que deciden y los que resultan afectados por los daños”.

Así, en primer lugar y para efectos de nuestra propia reflexión, adoptaremos el término de riesgo cuando los posibles daños que se puedan presentar se atribuyen a una decisión, es decir, cuando aparecen solamente a consecuencia de ésta y afectan

---

<sup>26</sup> Luhmann, Niklas, *Sociología del riesgo*, op.cit., p. 57

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 64

sólo a la instancia, un individuo o una organización, que ha hecho esa elección. El término peligro, en cambio, lo utilizaremos para hacer referencia a los daños cuyo surgimiento se le atribuye al entorno, aquellos que son provocados externamente y cuyas causas escapan de nuestro control pero, sin embargo, nos afectan. Un sismo, la erupción de un volcán o un huracán serían en esta lógica, peligros que impactan en el entorno tanto humano como material y ante los cuales el hombre poco o nada puede hacer.

Ya hemos hecho mención de los terremotos como el de Lisboa o la erupción de un volcán donde cabe esta diferencia entre riesgo y peligro.<sup>28</sup> Otro ejemplo es el mismo objeto de estudio del presente trabajo: la enfermedad infecciosa aparecida en el 2009 provocada por el virus A(H1N1) constituye por sí misma un peligro, ya que su presencia parece provenir de factores que están fuera de nuestro control y acciones, sin embargo, implica un riesgo toda vez que la decisión de tomar medidas precautorias como usar cubre bocas, evitar lugares con multitudes o vacunarse, constituyó una elección que cada individuo debía tomar.

Una consideración más que resulta de la distinción entre riesgo y peligro refiere a que éste último (el peligro) lo podemos asociar con algo concreto, con un mal que se encuentra en el presente inmediato y del cual constatamos, de alguna u otra forma, su presencia y su existencia. El riesgo, por lo que se ha dicho antes, nos habla más bien de un posible daño en el futuro, algo que todavía no sabemos realmente si sucederá, es intangible e inexistente.

En segundo lugar, también tomamos la diferencia planteada por Luhmann entre “Instancias de Decisión” y la que refiere a “los afectados”: las primeras implican a los tomadores de decisiones y los segundos a los receptores de daños ocasionados por terceros. En el caso de las instancias de decisión, nos dice el autor, éstas se enfrentan a un posible daño causado por la elección que ellas mismas toman; al contrario de aquellos que no tomaron ninguna decisión pero que sí reciben el daño y se ven

---

<sup>28</sup> Durante el año 2012, el volcán Popocatepetl presentó una fuerte actividad que puso en peligro a los habitantes de los pueblos aledaños. La exhalación de ceniza en sí misma es un peligro para las personas que no pueden controlarla, pero el uso del tapabocas, barrer la ceniza y tomar medidas con los contenedores de agua, o no hacerlo, es una elección que ellas pueden decidir o tomar el riesgo.

afectados por un ente externo y por tanto están expuestos a un peligro, resultando con ello una paradoja social: los riesgos constituyen peligros y los peligros son riesgos.

Así, los riesgos de unos son los peligros de otros. Tal es el caso de, por ejemplo, las decisiones económicas las cuales pueden ser atribuidas a algunas instancias gubernamentales o actores internacionales, pero que repercuten en amplias zonas del mundo y afectan a millones de personas, constituyendo el riesgo de unos (las instancias de decisión) el peligro de otros (la población mundial).

En conclusión, desde la perspectiva de Luhmann, el riesgo es considerado como la posibilidad de que existan daños futuros derivados de decisiones presentes, por lo que se trata de un fenómeno que tiene que ver con nuestro comportamiento respecto al futuro, respecto al tiempo. Vale volver a afirmar que el riesgo es inherente a cualquier tipo de selección o decisión: la toma de decisiones resulta elemental para comprender la particularidad de un riesgo determinado, así como los peligros que no dependen de elección alguna y el papel de las instancias tomadoras de decisión y quiénes son los afectados.

Giddens y Beck también conciben el riesgo de forma muy similar. Ambos reconocen, al igual que Luhmann, que este término no corresponde a lo que antiguas civilizaciones atribuían al destino, a la fortuna divina o a la voluntad de los dioses, sino que su aparición como concepto y palabra depende del reconocimiento de la acción humana en las consecuencias adversas. Para estos autores el riesgo resulta un componente característico de la llamada “segunda etapa de la modernidad”. Los riesgos de diversa índole que actualmente enfrenta la humanidad son derivados del desarrollo industrial y de la forma de organización que prima en el mundo, por lo que ambos autores enfatizan el hecho de que vivimos en una 'Sociedad del Riesgo'.

La diferencia tal vez más sustancial entre estos dos últimos autores resulta ser el hecho de que Beck se centra principalmente en un nivel de análisis más macro al poner énfasis en el papel de instituciones como el Estado, los organismos internacionales y las sociedades. Mientras que Giddens realiza un análisis centrado en las transformaciones que sufre el individuo, la vida cotidiana e instituciones como la familia y el matrimonio, y los cambios de la propia identidad.

De nueva cuenta, partiendo de que la modernidad constituyó un proyecto que pretendía romper con el pasado, con lo tradicional, para dar paso a un futuro abierto a diversas oportunidades –en el cual sería la acción consiente del hombre, a través de sus decisiones, la que trazaría el futuro de la sociedad y de sus propias vidas–, Giddens reconoce que el riesgo “se refiere a peligros que se analizan activamente en relación a posibilidades futuras”<sup>29</sup> (no hace distinción explícita entre los términos de riesgo y peligro), y que posee también dos aspectos, un lado negativo y uno positivo. Tomar un riesgo o arriesgarse puede ser favorable, puede acarrear diversos beneficios o ganancias; es más, nuestra economía moderna depende en muchos casos de tomar una decisión arriesgada pues ésta puede traer muchos beneficios y riquezas para quien la asuma.

Giddens afirma que han prevalecido hasta nuestros días las prácticas de aseguramiento (ligadas a las nociones de probabilidad en el comienzo de la navegación ya referidas antes por Luhmann) que buscaban proporcionar certeza a quienes afrontaban una situación riesgosa. De hecho, una de las funciones del Estado es operar como un mecanismo de distribución de riesgos, gestionando los costos de consecuencias indeseables y peligros a los que se enfrenta su población para poder dotar de certezas y bienestar la vida de los individuos. Tal como lo apunta el mismo autor:

El Estado de bienestar, cuyo desarrollo puede rastrearse hasta las leyes isabelinas de pobres en Inglaterra, es esencialmente un sistema de gestión del riesgo. Está diseñado para proteger contra peligros que antes eran considerados disposiciones de los dioses: enfermedad, incapacidad, pérdida del empleo y vejez.<sup>30</sup>

Giddens y Beck parten de la afirmación de que enfrentamos una época en la que se ha desarrollado un modelo industrial y tecnológico específico que ha conducido a la aparición de nuevos riesgos y su incidencia en la sociedad contemporánea es tal que su estudio y análisis deviene fundamental para cualquier diagnóstico y proyecto de solución. Y no es que vivamos una época más peligrosa o con mayores amenazas que las anteriores, sino que lo particular de estos nuevos riesgos radica en que ellos poseen

---

<sup>29</sup> Giddens, Anthony, *op. cit.*, p. 35.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 37

características que los hacen específicos de nuestra época, a saber: son modernos y son globales.

Los riesgos son modernos en tanto sus causas ya no son ubicadas y explicadas mediante agentes externos de la acción del hombre o en la naturaleza sino, también en concordancia con los autores antes citados, debido a las decisiones humanas y al curso que ha tomado el propio desarrollo de la sociedad industrial. Y son globales, porque su incidencia ya no se inscribe dentro de un territorio en específico sino trascienden fronteras, son supranacionales.

De ahí que surja la distinción entre “riesgos externos” y “riesgos manufacturados”, apunta Giddens. Los primeros son aquellos que surgen de la naturaleza, aquellos que provienen del exterior, y los cuales se refieren a situaciones como inundaciones, malas cosechas, deslaves, etc., riesgos que se han presentado a lo largo de la historia de la humanidad (son riesgos que de alguna manera comparten el significado que Luhmann da al término peligro). Los riesgos manufacturados son aquellos que surgen a partir del impacto de las acciones de los seres humanos en el mundo, es decir, que surgen desde adentro de las sociedades, siendo los que más han cobrado relevancia en la actualidad los riesgos medio ambientales derivados del desarrollo tecnológico y científico.

Sin embargo, estos riesgos manufacturados no se limitan únicamente a los que giran en torno a lo que las decisiones humanas han hecho a la naturaleza, sino que también impactan diversas dimensiones de nuestra vida cotidiana. En el mundo contemporáneo parecería que siempre estamos a expensas de perder nuestro trabajo, de comer algún alimento transgénico o contaminado, de enfermar de alguna extraña enfermedad infecciosa, de vernos afectados por una crisis económica o por un accidente nuclear, o de vernos involucrados en un acto de terrorismo. Lo característico de nuestra época es que los riesgos manufacturados han cobrado mayor relevancia y presencia que los riesgos externos, porque estos últimos tienen mucho que ver con el tipo de decisiones y acciones ligados a proyectos políticos y económicos concretos.

Otra característica de los riesgos manufacturados (y, agregaríamos, muchos de los riesgos externos, como por ejemplo aquellos provocados por el cambio climático y el cambio climático en sí mismo) es su incidencia global, en tanto que estos no respetan

las fronteras ni las soberanías nacionales debido a que su impacto no se delimita territorialmente a una parte del globo sino que se extiende a lo largo de él. Esto se debe en mucho, a la dinámica que trae consigo el mundo globalizado en el que nos encontramos inmersos.

Éste ha sido una de los elementos por los cuales el sociólogo alemán Ulrich Beck ha acuñado el concepto de “Sociedad del Riesgo Global”, el cual pretende describir una fase del desarrollo social en la cual se han puesto de manifiesto diversos riesgos derivados del triunfo del modelo industrial y tecnológico que prevalece y domina hasta nuestros días. Estos riesgos no sólo son ecológicos sino también políticos e individuales, y aparecen dentro de la nueva etapa de la modernidad que Beck denomina “modernidad reflexiva”.

El concepto de modernidad reflexiva alude a la existencia de una nueva fase de la modernidad en la que han caído y se han desvanecido muchos de los parámetros de la sociedad industrial — y así como ésta, a su vez, aniquiló siglos atrás a la sociedad agraria—, ahora es sustituida por la llamada sociedad del riesgo. En esta transición, la sociedad del riesgo ha surgido sin ser planeada, como parte del desarrollo y del curso que ha seguido el mismo proceso de modernización. Por otro lado, el adjetivo “reflexivo” —que acuña Beck para describir esta nueva etapa— alude a un proceso de “autoconfrontación” referido a un despertar de conciencia por parte de los miembros de la sociedad para reconocer y comprobar la existencia de los peligros producidos por la civilización:

Catalogamos de reflexividad —diferenciándose y oponiéndose al concepto de reflexión— al tránsito reflexivo de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo; por 'modernidad reflexiva' se entiende la autoconfrontación con los efectos de la sociedad del riesgo, efectos que no pueden ser medidos y asimilados por los parámetros institucionalizados de la sociedad industrial.<sup>31</sup>

Bajo el diagnóstico de la reflexividad moderna, las sociedades contemporáneas se caracterizan por tres condiciones generales:

1.- Una relación de depredación y de sometimiento con los recursos naturales y culturales.

---

<sup>31</sup> Beck, Ulrich. “Teoría de la sociedad del riesgo” en Beriain, Josetxo (comp), *op.cit.*, p. 203

2.- El desvanecimiento de las ideas y nociones de seguridad frente al nuevo tipo de problemas que enfrenta la sociedad. Es decir, las funciones de los sistemas sociales, encaminadas a brindar protección y seguridad a los individuos, han distado de cumplir dicho propósito frente a la complejidad de las nuevas amenazas y ante su inminente desintegración derivada, en mucho, por la globalización. La misma función del Estado en tales términos se esfuma frente a las exigencias del mercado.

3.- El desarrollo de una nueva faceta de los “procesos de individualización”, consistente en la desintegración del sentido de colectividad y en la desaparición de grupos que jugaron un papel determinante durante el transcurso de la sociedad industrial, los cuales de alguna forma dotaba de sentido de pertenencia y colectividad a los sujetos. Tal es el caso de los sindicatos cuyo papel histórico se desdibuja en la sociedad del riesgo, así como la conciencia de clase o los partidos políticos. Frente a esto, el individuo es “liberado” y dejado a la deriva en un mundo que se aprecia como incierto.

Hemos señalado ya que en esta nueva fase de la historia humana los daños se socializan a un nivel global, ya que estos no se delimitan espacialmente sino que rebasan fronteras territoriales así como comunidades políticas y económicas. Los daños, posibles y ocurridos, se generalizan y comparten, por lo tanto se deben de afrontar en conjunto con acciones que reflejen el interés de la sociedad internacional. Por esta razón, los organismos transnacionales juegan un papel fundamental en el contexto actual.

Esto no significa que desde los individuos o pequeños grupos no se puedan llevar a cabo acciones encaminadas a afrontar los riesgos globales, al contrario, tal vez sean estas las acciones más trascendentales, nos dice Beck<sup>32</sup>, sin embargo, es fundamental que desde los Estados se planteen escenarios para entretrejer acciones comunes, toda vez que “a los peligros globales corresponden 'de forma realista', modelos globales de percepción, foros mundiales de vida y acción públicas, y finalmente –si la supuesta objetividad da el suficiente impulso a la acción- actores e instituciones

---

<sup>32</sup> Ulrich Beck introduce en su teoría el concepto de *subpolítica* para referirse a la política que, en el marco de la sociedad del riesgo, trasciende las instituciones decimonónicas y representativas del sistema político como los estados-nación. Se refiere a la aparición de nuevas formas de autoorganización y participación de la sociedad civil para combatir los riesgos del mundo moderno.

transnacionales”.<sup>33</sup> Tal ha sido el caso de enfermedades infecciosas como la gripe A(H1N1), motivo de nuestra investigación, cuya incidencia, al alcanzar un nivel global, incitó a la participación tanto de Estados como organismos internacionales en acciones coordinadas encaminadas a la prevención y al control de dicha enfermedad.

Cabe señalar que en este contexto el papel de la racionalidad científica en la definición del riesgo se ve rebasada por los procesos sociales que lo definen. Intervienen así elementos como los intereses de grupo y sus percepciones, y también las posturas individuales; el saber en torno al riesgo se torna confuso y disperso, “sin embargo, la pluralidad de interpretaciones queda sobrepasada por un hecho: los gobiernos con el apoyo de la ciencia expiden permisos para la producción de venenos no peligrosos”.<sup>34</sup>

Para Beck los riesgos que se afrontan, a la par que globales, son también democráticos. Esto quiere decir que, si bien hay desigualdades sociales y económicas que influyen en la forma en cómo éstos son sufridos y afrontados, los riesgos manufacturados logran desintegrar los fundamentos y las premisas de las clases sociales, surgiendo así un efecto igualador y unificador respecto al impacto de los riesgos<sup>35</sup>. Por lo tanto, afectan por igual a quienes los producen y a quienes son meramente afectados, aquí cabría recordar la tesis planteada por Luhmann cuando distingue entre las *instancias de decisión* y los *afectados* y la paradoja social que se deriva de dicho binomio cuando señala que los riesgos de unos constituyen los peligros de otros y los peligros de unos son los riesgos de otros.

En este contexto, cabe señalar que los riesgos no son únicamente detonadores de efectos adversos sino que pueden repercutir en distintas dimensiones de la vida social como en la esfera económica. Al señalar esto, hacemos énfasis en el hecho de que no

---

<sup>33</sup> Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo global*, Barcelona, Forum, 2002, p. 36

<sup>34</sup> Beck, Ulrich, *et. al.*, *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 38 citado en Millán, René, *op.cit.* p.101

<sup>35</sup> Esta tesis planteada por el autor ha sido una de las más debatidas y criticadas por autores como Bauman y Castel quienes afirman que las clases sociales siguen influyendo determinadamente en el impacto de los daños, por lo que los riesgos se distribuyen de manera injusta. Desde América Latina existen también críticas al respecto (Ver Gutiérrez, Ileana, “América Latina ante la Sociedad del Riesgo”, Argentina, OEI, 2000). Por su parte, Castel afirma que “las industrias más polucionantes están ubicadas preferentemente en los países en vías de desarrollo y afectan a las poblaciones más desprovistas de medios para garantizar la higiene y la seguridad, la prevención o la reparación de esos daños.” (Castel, Robert, *op. cit.*, p. 80-81)

siempre hay *afectados* que se encuentran a expensas de sufrir las consecuencias de estos peligros sino que también hay quienes se benefician de la presencia de dichos riesgos:

Es muy equivocado decir que la exhibición de los peligros y los riesgos del desarrollo civilizatorio sea solamente una crítica. A pesar de toda oposición y todo malabarismo de demonización, también es un factor de impulso económico de primer rango. Esto se hará muy notorio en el desarrollo de los ramos y sectores de la economía, al igual que en los gastos públicos crecientes para la protección del medio ambiente, para la lucha contra enfermedades de la civilización, etc. el sistema industrial saca provecho de las irregularidades que produce y no lo hace del todo mal.<sup>36</sup>

Al respecto y para no perder de vista nuestro objeto de reflexión, cabe recordar que durante el episodio de la influenza A(H1N1) 2009, las farmacéuticas más importantes a nivel internacional actuaron de inmediato en la generación de una vacuna que salvaguardara la vida de millones de personas, lo que provocó que las utilidades de empresas como Novartis subieran hasta un 54% debido a las ventas de las vacunas. Sin olvidar que dicho grupo farmacéutico se negó a donar vacunas contra esta enfermedad a países pobres.

Como hemos tratado de dar a entender en el presente capítulo, en la actualidad, la expansión de las opciones y posibilidades para el hombre se ha visto contrastada por una expansión de los riesgos los cuales resultan no ser de tipo meramente ecológico, sino también político y económico. De esta forma, el riesgo se encuentra profundamente ligada a la noción de destino, pues son nuestras decisiones en el presente las que repercuten en la construcción de un futuro en donde no hay nada definitivo. Así, nos vemos lanzados constantemente hacia un futuro que se construye a partir de las decisiones que se asumen en el presente, por lo que la *contingencia* es una de las formas de entender nuestro mundo moderno ya que en él todo puede ser de otra manera y siempre existe la posibilidad de que suceda algo imprevisto. Dentro de nuestro horizonte, entonces, se inscribe la posibilidad de la aparición de amenazas futuras derivadas de decisiones presentes y no necesariamente decisiones individuales sino de instancias terceras. Cotidianamente nos vemos inmersos en un mundo que

---

<sup>36</sup> Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 62

cada vez nos parece menos seguro y controlable pues las amenazas modernas han irrumpido violentamente en nuestros marcos y referencias de seguridad.

Por el contrario, para varias generaciones todavía está presente el tiempo en que los miembros de una sociedad encontraban un cierto margen de seguridad y de certezas: el Estado brindaba cierta protección social, la pertenencia a grupos dotaba de sentido de colectividad al sujeto y aún no nos encontrábamos a expensas de los vaivenes del mercado. En cambio, actualmente los peligros se nos presentan como condición propia de nuestra existencia, la dinámica global ha cambiado los parámetros donde antes se establecían nuestros márgenes de certezas; los sistemas de seguridad social se han ido desvaneciendo al mismo tiempo que surgen nuevos riesgos que amenazan nuestras vidas, producto de decisiones económicas, políticas y sociales. Nos encontramos constantemente frente a ciertos peligros de tipo social, como la flexibilización del trabajo, de tipo técnico como el contacto con alimentos modificados y también, frente a problemas ecológicos como lo es el cambio climático. No sólo la tecnología y la ciencia, sino la política y la economía, que en su momento marcaron pautas para la construcción de un futuro prometedor, son puestas en duda frente a lo que parece ser el incumplimiento de dicha promesa y ante la aparición de una serie de situaciones cuyo control parecería escapar de nuestras manos.

La condición de vernos expuestos a un problema inesperado y estar en disposición a riesgos que consideramos están fuera de nuestra responsabilidad y previsión, no puede más que conducir a la aparición de preocupaciones y temores, por lo que podemos afirmar que estos son el tipo de sentimientos que nos anclan a nuestras sociedades. Las transformaciones correspondientes a los procesos de globalización han contribuido significativamente a generar ambientes de vulnerabilidad e incertidumbre: han modificado las condiciones sociales, provocado el debilitamiento de las estructuras políticas y sociales que regulaban y dotaban nuestras certezas, y que definían el sentido de la vida social y el ordenamiento de la vida de los individuos.

La configuración de un nuevo orden mundial que ha implicado la crisis del Estado-Nación, ha dado paso a la supremacía del mercado en el ordenamiento de la vida social así como a la fragmentación de los lazos sociales, de los sentimientos de comunidad, y en general, de aquellos mecanismos que garantizaban de una u otra forma la seguridad

de las personas. Los riesgos globales que las sociedades modernas enfrentan, allende del contexto impulsado por el proceso de globalización el cual ha dado paso al debilitamiento de estructuras que dotaban de cierta seguridad a los individuos, son elementos que han permitido la proliferación de sentimientos de inseguridad, dando paso al desarrollo de nuevas formas de vivir la incertidumbre y el miedo.

A continuación nos detendremos en la problemática que supone un mundo cuyos niveles de interconexión son cada vez mayores, haciendo que estos temores sean compartidos por millones de habitantes que, saturados por la información y discursos del miedo, llegan a sentirse vulnerables ante la desaparición de los medios de aseguramiento y la aparición de nuevos riesgos generalizados para los cuales están desprotegidos y parecería que también a la deriva.

### **1.3 La globalización de los miedos**

Para acercarnos al problema de los temores y miedos en el mundo globalizado es pertinente retomar la premisa inicial de que la vida del ser humano siempre ha transcurrido en medio de la incertidumbre. De hecho, podríamos arriesgarnos a señalar que ésta es inherente a su propia existencia pues la historia de la humanidad se ha caracterizado por una constante lucha para enfrentar las indeterminaciones que son inherentes a toda realidad y para encontrar márgenes de seguridad que le permita sobrevivir y desarrollarse. Desde los intentos por dominar su espacio inmediato hasta la constitución de religiones o la formación del mismo Estado, el hombre ha manifestado su necesidad de romper con aquello que lo amenaza.

Sabernos vulnerables, solos o tener conciencia de nuestra muerte son algunas de las fuentes más grandes de zozobra a las que ha tenido que enfrentarse el hombre. Autores como Freud han afirmado que “el sufrimiento humano –y la angustia que produce– surge del reconocimiento de la supremacía de la naturaleza, de la implacable caducidad de nuestro cuerpo y de la limitada eficiencia que mostramos al regular las relaciones humanas”<sup>37</sup>. Por ello, coinciden otros autores, “hay un fuerte vínculo entre tiempo e incertidumbre, y a ese vínculo lo hemos designado como futuro”,<sup>38</sup> su carácter

---

<sup>37</sup> Millán, René, *op. cit.* p. 89

<sup>38</sup> *Idem*

contingente lo vuelve en sí mismo indeterminado, lo que hace que el futuro se constituya igualmente como fuente de inseguridades.

Lo contrario a la incertidumbre, la certeza, constituye el “conocimiento seguro y claro de algo”.<sup>39</sup> Respecto a la oposición entre estos dos términos y su indiscutible determinación en la toma de decisiones, Bauman señala que la certeza implica conocer:

[La] diferencia entre lo razonable y lo insensato, lo confiable y lo engañoso, lo útil y lo inútil, lo correcto y lo incorrecto, lo provechoso y lo dañino, y todas las otras distinciones que nos guían en nuestras elecciones diarias y nos ayudan a tomar decisiones de las que esperamos no arrepentirnos; y conocer los sistemas, los presagios y los signos de advertencia que nos permiten saber qué debemos esperar y cómo podemos discernir una buena jugada de una mala.<sup>40</sup>

Así como en Luhmann seguridad y riesgo son interdependientes, en el acto de decidir también va implícita la correlación entre certeza e incertidumbre, entre aquello que no da lugar a dudas y aquello que no es verdadero sino dudoso. Sin embargo, el hecho de estar siempre bajo la posibilidad de que ocurran eventos no deseados tras la toma de una decisión, nos indica que el decidir es un acto, en sí mismo, riesgoso. “Disponerse a la creación, decidir y, por lo tanto, optar, ordenar, incluir y excluir, seleccionar y, dicho de otro modo, entrar al riesgo, en la no garantía de que coincidan el bien, la verdad y la belleza. Decidir es algo que se da en la incertidumbre”.<sup>41</sup>

Frente a la incertidumbre que implica la misma tarea de vivir, el hombre define marcos de protección que se asocian a su vez con una *seguridad ontológica* la cual está cimentada en sentimientos de *confianza en otros* y en la prevalencia de *rutinas y convenciones* admitidas tácitamente en nuestra vida cotidiana y en nuestro entorno social. La seguridad ontológica se trata, señala Giddens, de una especie de actitud de confianza y certeza respecto de la continuidad de nuestra identidad y la continuidad de nuestro mundo: “hace referencia a la confianza que la mayor parte de los seres

---

<sup>39</sup> DRALE en línea

<sup>40</sup> Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 25

<sup>41</sup> Marín Ardila, Luis F., “El poder de la incertidumbre. Destinos manufacturados o el retorno del destino”, en *Revista Académica de la Federación latinoamericana de facultades de comunicación social* No. 75, 2007, <http://www.dialogosfelafacs.net/revista/articulos-resultado.php?ed=75&id=53>, revisado en junio del 2012

humanos tenemos en la continuidad de nuestra identidad y en la continuidad de nuestros entornos sociales y naturales de acción”.<sup>42</sup>

La seguridad ontológica nos brinda esos esquemas de seguridad que necesitamos para nuestra supervivencia, sin embargo, ésta se puede ver trastocada por la irrupción de eventos ajenos a nuestro entorno y a nuestros hábitos impactando nuestros mecanismos de protección, lo que nos colocaría en una situación de disponibilidad para la angustia.

Al verse debilitada la *seguridad ontológica* por sucesos que amenazan con vulnerar sus entornos sociales o la permanencia de los individuos en el mundo, los ambientes de incertidumbre e inseguridad dentro de las sociedades se facilitan. En este sentido, un compañero históricamente inseparable de estos sentimientos, es el miedo y si bien donde hay incertidumbre no necesariamente hay miedo, ambos forman parte de una familia de emociones que han guiado, en diversas coyunturas, el comportamiento humano y que nos remiten al afán de seguridad que el hombre ha perseguido a lo largo del tiempo.

A lo largo de la reflexión nos iremos extendiendo más en el papel del miedo. Por el momento solamente diremos que esta emoción es inherente a la existencia humana, porque está asociada primariamente a la preservación de su supervivencia; por ello puede empujar al hombre a utilizar los conocimientos y saberes disponibles en un momento dado para afrontar toda clase de amenazas y peligros.

El miedo, nos dice Delumeau, es una “emoción-choque, frecuentemente precedida de sorpresa, provocada por la toma de conciencia de un peligro presente y agobiante que [...] amenaza nuestra conservación”.<sup>43</sup> Sin embargo, la amenaza no necesariamente tiene que ser física, ni siquiera real, pues también puede ser imaginaria o desconocida. De ahí que los estudiosos lleguen a diferenciar entre lo que es el *miedo* y la *angustia*, propiamente hablando: la angustia referirá a un sentimiento generalizado que no reconoce la causa de su aparición, junto a la *ansiedad* es considerado como un

---

<sup>42</sup> Beriain, Josetxo, “El doble 'sentido' de las consecuencias perversas de la modernidad” en Beriain, Josetxo (comp), *op. cit.*, p. 26

<sup>43</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.*, 1989, p. 28

“miedo difuso sin objeto determinado”.<sup>44</sup> El miedo en cambio está asociado a una causa reconocida y, por tanto a un objeto identificado; es la objetivación de la angustia, una respuesta a ella que necesita contar con un objeto, situación, o persona en donde depositarse y, por tanto canalizarse.

Posteriormente volveremos a este mecanismo de objetivación de la angustia en el miedo, en el marco concreto de los peligros y riesgos asociados a las nuevas enfermedades del mundo actual. Por ahora, cabe señalar que el miedo es un sentimiento invariable de la naturaleza humana el cual está asociado a una reacción que es ciertamente fisiológica pero también psicosocial.

Ante una situación de peligro que sea detonadora de miedo, los mecanismos biológicos nos predisponen a paralizarnos, a huir, o a luchar, haciendo uso de la fuerza. Sin embargo, el miedo no sólo es una emoción individual: es un sentimiento social que puede conducir a comunidades enteras a quedar inmersas en éste; se trata de “una reacción determinada, pero vivencial e históricamente condicionada”<sup>45</sup>.

Los historiadores del miedo, los estudiosos de las emociones y los científicos sociales coinciden en esa cualidad del miedo para constituirse en uno de los fenómenos colectivos que marcan momentos de excepción en el transcurso histórico de una sociedad o bien se instalan como condición general y “normal” de la vida cotidiana. Por ejemplo, Delumeau (haciéndose eco de los aportes de la filosofía, la biología, la historiografía y la psiquiatría) y posteriormente Marina (tomando el trabajo de Delumeau y de los estudios de las emociones desde la psicología cognitiva) nos hablan de los miedos innatos, “a ras del suelo”, referidos a aquellos que cargamos al venir al mundo y

---

<sup>44</sup> Para André, la ansiedad es una clase de vivencia respecto a algo que no se sabe pero que se espera o presiente que pueda ocurrir; la angustia es un tipo de ansiedad “con numerosos signos físicos. Los dos son “miedos sin objeto”: el peligro todavía no existe pero ya tenemos miedo”. Cfr. André Christophe, *Psicología del miedo*, Barcelona, Kiarós, 2004 p 34; y Lechner, Robert, *Las patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 87

<sup>45</sup>Rodríguez Kauth, Ángel, “El miedo, motor de la historia individual y colectiva” en *Nómadas: Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 2003, Universidad Complutense de Madrid, <http://www.ucm.es/info/eurotheo/arkauth/4.htm>, revisado en enero de 2012

que de cierta forma son universales porque forman parte de nuestra herencia evolutiva.<sup>46</sup>

Junto a ellos están los miedos aprendidos, los que se mueven a “mayor altura”, eminentemente sociales: aquellos que adquirimos a medida en que nos desarrollamos y convivimos, son resultado de la experiencia de vivir en sociedad y de la forma como las normas y valores de una cultura establecen los límites de lo que es normal y anormal, peligroso, permitido o prohibido, familiar o extraño. Respecto a estas dos modalidades del miedo se pueden diferenciar los que se consideran de alguna manera “normales”, por ejemplo los que pueden llegar a ser útiles para la supervivencia, y los “patológicos” que representan un grado de exageración respecto a la peligrosidad de un evento, situación, persona u objeto. Entre estos dos polos puede desarrollarse una serie de sentimientos que refieren a la intensidad de la respuesta pero cualquiera que ésta sea, las sensibilidades al miedo dependen de elementos subjetivos y simbólicos (para recordar a Mary Douglas respecto al sentimiento de riesgo), de la experiencia y del juicio del sujeto: el miedo “es una palabra imprecisa respecto a la gravedad del peligro o a la intensidad, por lo que admite diminutivos, y tiene que ser calificada si queremos expresar su intensidad”.<sup>47</sup>

Las mismas palabras que utilizamos para hacer más precisas nuestras emociones (terror, pánico, susto, alarma, peligro, riesgo, angustia) indican los distintas intensidades y matices con que llegamos a experimentar la presencia de un peligro o amenaza.<sup>48</sup>

Sea como sea, el miedo innato o aprendido, individual o colectivo, normal o patológico, puede ser manipulado, intencionado y provocado con un fin, pues éste nos “impulsa a obrar de determinada manera y es utilizado en todas aquellas relaciones

---

<sup>46</sup> Ejemplo de ellos, son las reacciones que nos despiertan los estímulos repentinos como un ruido estruendoso o el hecho que alguien nos toque repentinamente, así como el miedo que experimentamos cuando presenciamos un terremoto, un incendio o una epidemia

<sup>47</sup> Marina, José Antonio, *op. cit.*, p. 246

<sup>48</sup> Para comprender estos “matices sentimentales” que se expresan en el lenguaje, haremos un breve acercamiento al significado de los términos referidos: por pavor y terror entendemos un miedo muy intenso; pavor es miedo con espanto y sobresalto, pánico es un miedo grande que no tiene fundamento. Por susto entendemos la alteración que se toma de una cosa repentina, alarma es la percepción de una señal que advierte un peligro mientras que amenaza constituye la acción o palabras con que se intenta infundir miedo a otra persona. La angustia, por su parte, designa un miedo sin objeto. Marina, José Antonio, *op. cit.*, p. 244-250

humanas en las que el afán de poder está presente, es decir, en casi todas”.<sup>49</sup> Por ello no escapa de los procesos de construcción social ni de los procesos de determinación histórica. Por ejemplo, puede usarse políticamente como un mecanismo de disciplinamiento social, ya que “mientras más miedo exista, más atrapados y sujetos estamos a la ola de inseguridad que se produce en la sociedad; cuanto más inseguridad existe, más miedo tendrá la población y cuanto más miedo en la población, más aceptable y deseable se vuelven los sistemas de control”.<sup>50</sup>

Estas funciones y mecanismos del miedo, como vimos con la noción y vivencia del riesgo, también pueden ser rastreadas en las etapas históricas que hemos tomado de referencia para hablar de los cambios habidos en el transcurso hacia la modernidad. Una muestra es Norbert Elias quien plantea el papel del miedo en los procesos de creciente interdependencia funcional que resultan en la “psicologización” de los comportamientos, es decir, del surgimiento de un patrón de comportamientos, modales y costumbres acordes con la complejización de las estructuras sociales que se venían desarrollando. En este marco, la necesidad de liberarse del sobresalto y de los actos de violencia cotidianos se acompaña no sólo de mecanismos de centralización del poder y de la creación de institutos monopólicos de la violencia, también se intercala con “una nueva estructura emocional o aparato de autocontrol”, orientado a dominar las reacciones impulsivas y las emociones espontáneas, así como a ampliar la reflexión a largo plazo para erradicar la posibilidad de aterrorizar o torturar a otros.

Todo este proceso civilizatorio del que somos herederos, demanda que el hombre tenga que “resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos”,<sup>51</sup> pues la nueva dinámica social requiere que exista una cooperación desapasionada y más racional. El papel del miedo deviene en un mecanismo fundamental de disciplinamiento interno y de comportamiento que Elías explica de la siguiente manera: las coacciones que los hombres ejercían unos sobre otros disminuyen y se transforman en

---

<sup>49</sup> Marina, José Antonio, *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Barcelona, Anagrama, 2011, pp. 45-44

<sup>50</sup> Constante, Alberto “Una Ética del Miedo” en Pamplona, Francisco *Paradojas del miedo*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009, p. 140

<sup>51</sup> Elias, Norbert, *op. cit.*, p. 547

autocoacciones, “en cierto sentido, lo que sucede es que el campo de batalla se traslada al interior”.<sup>52</sup>

El miedo en el proceso de cambio que tiende hacia la modernidad ya no deriva de peligros exteriores que caracterizaron las etapas anteriores (cosa que ya no puede asegurarse en la actualidad) sino que forma parte de la constitución interna de los individuos y es trasminado a lo largo del desarrollo histórico de las sociedades, como condición de la vida humana en sociedad que es afectada por múltiples factores:

Ninguna sociedad puede subsistir sin canalizar los impulsos y las emociones individuales, sin una regulación muy concreta del comportamiento individual. Ninguna de estas regulaciones es posible sin que los seres humanos ejerzan coacciones recíprocas y cada una de estas coacciones se transforma en miedo de uno u otro tipo en el espíritu del hombre coaccionado. No hay porqué hacerse ilusiones: la producción y reproducción continua de los miedos humanos por medio de los hombres es algo inevitable e inexcusable siempre que los hombres traten de convivir de una u otra forma, siempre que sus anhelos y sus acciones se interrelacionen, ya sea en el trabajo, en la convivencia o en el amor.<sup>53</sup>

Tanto el análisis del riesgo como este breve rastreo histórico basado en el enfoque de Norbert Elias, nos brinda un punto de vista para comprender la forma en la que se constituye la subjetividad moderna ante los peligros, incertidumbres y amenazas que enfrentan los individuos y las sociedades de la actualidad, ya que nos habla de un punto de inflexión en el que la estructura emocional se transforma radicalmente, situando la interiorización de los miedos como motor de los comportamientos y de la manera de gestionar la vida social.

Miedo, incertidumbre y riesgo no constituyen una novedad en el andar humano y a pesar de que no “son sinónimos, ni términos intercambiables, el miedo y el riesgo pueden implicar incertidumbre o al menos remitir a ella”.<sup>54</sup> En recientes décadas, estos sentimientos han cobrado relevancia porque obedecen a la aparición y propagación de circunstancias derivadas de un entorno hostil que parece salir de nuestro control:

---

<sup>52</sup> *Idem*

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 562

<sup>54</sup> Millán, René, *op.cit.*, p.87

“Sociológicamente, la incertidumbre —su percepción y experiencia—es producto de la conciencia de que no controlamos el mundo.”<sup>55</sup>

Y es que las diversas transformaciones que ha traído consigo el proyecto de civilización impulsado por la modernidad han colocado a los seres humanos y a sus sociedades en diversas situaciones plagadas de ambigüedad, confusas, inciertas, al romper con los esquemas de seguridad establecidos. Durante la transición a la modernidad y hasta nuestros días, los seres humanos se han desprendido de las pequeñas agrupaciones —como los clanes, los gremios y las comunidades— que antaño brindaban marcos de seguridad para la satisfacción de sus necesidades básicas, instalándose paulatinamente dentro de grandes conglomerados más urbanizados que se caracterizaron por su complejidad y por la centralización de poderes.

A diferencia del mundo contemporáneo, debemos de reconocer que en etapas anteriores, al ocupar cada hombre un sitio determinado dentro del orden social —aunque éste no fuera elegido por él— los individuos se encontraban dotados de cierta seguridad al tener cada uno un futuro inmutable en donde no había lugar para dudas (además de contar con el referente divino como rector del destino que señalamos líneas atrás). La modernidad terminó con la estabilidad brindada por dichas estructuras y con el orden social que permitía que:

[...] aun cuando una persona no estuviera libre en el sentido moderno, no se hallaba ni sola ni aislada. Al poseer desde su nacimiento un lugar determinado, inmutable y fuera de toda discusión, dentro del mundo social, el hombre se hallaba arraigado en un todo estructurado, y de este modo la vida poseía una significación que no dejaba ni lugar ni necesidad para la duda. [...] El orden social era concebido como un orden natural, y el ser una parte definida del mismo proporcionaba al hombre un sentimiento de seguridad y pertenencia. [...] dentro de los límites de su esfera social el individuo disfrutaba realmente de mucha libertad para poder expresar su yo en el trabajo y en su vida emocional <sup>56</sup>

De esta forma se dio paso al diagnóstico antes señalado respecto al riesgo y la incertidumbre. Los miedos colectivos y personales que ahora experimentamos son herederos de un largo trayecto histórico que ha transformado en diferentes etapas las

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 89

<sup>56</sup> Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós Contextos, 2006, p. 63

estructuras sociales que dotan de seguridad a los miembros de la sociedad como el rompimiento de las formas de organización social y de la estructura de las comunidades tradicionales y la exacerbación de los fenómenos derivados de la Revolución Industrial basados en la creciente división y especialización del trabajo. También el desmantelamiento de la acción protectora de entidades político-económicas, como los sindicatos, y la pérdida de identificación con formaciones que ofrecían un sentido de pertenencia y de futuro, como las clases sociales, las cuales han sido sustituidas por organizaciones que no sólo son más amplias e impersonales, como señala Giddens,<sup>57</sup> sino tan impersonales que sólo se atienden los intereses corporativos de carácter macroestructural y generalmente internacional.

La misma apuesta al hombre racional con capacidad de tomar y asumir decisiones cotidianamente, y por tanto único responsable de la construcción de su destino ya no se liga con la promesa de un futuro que puede ser previsto y controlado. Al contrario, se ha generado un contexto de incertidumbre al que hay que enfrentarse con propios recursos y prácticamente de manera individual y aislada. De esta forma, el hombre se percibe como una entidad apartada y autónoma, con pocos vínculos comunitarios: “el individuo despojado de los vínculos comunitarios que le daban seguridad e identidad genera una experiencia de soledad y desamparo, [...] Individuos desarraigados que se ven obligados a tomar decisiones que cotidianamente van modelando su existencia”.<sup>58</sup>

Actualmente el futuro se presenta como algo contingente, es decir, en él puede suceder algo que no es necesario pero tampoco imposible, algo que puede ser o no ser o que “puede ser otra cosa”.<sup>59</sup> Vivimos en medio de una contingencia que evidencia no sólo “el carácter transitorio de la historia”, sino una indeterminación permanente “del orden social y político (...). Los hombres se encuentran sin saber claramente a qué atenerse, están constantemente sujetos al riesgo y a la inseguridad.”<sup>60</sup>

---

<sup>57</sup> Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época moderna*, Barcelona, Península, 1997, p. 50

<sup>58</sup> Guitián, Mónica, “Riesgo e incertidumbre. Contornos sociológicos de la modernidad”, en Guitián y Zabudovsky, *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, Juan Pablos-UNAM, 2003, p. 291

<sup>59</sup> Beriain, Josetxo. “El doble 'sentido' de las consecuencias perversas de la modernidad” *op. cit.*, p.19

<sup>60</sup> Guitián Mónica, *op. cit.*, p. 288

La misma confianza de controlar el futuro incierto a través de la ciencia y la técnica ha desaparecido. La idea de erradicar de la vida social todo peligro, cualquier tipo de desorden e inseguridad resulta actualmente inconcebible. Las diversas dificultades que el mundo moderno afronta han generado una profunda crisis de las ideas que sostienen que el mundo debe estar cimentado en la razón, en la técnica, en la fe por el progreso y en una organización política y económica basada en el Estado nacional y en la economía capitalista.

La transición hacia la modernidad, y de ésta al mundo globalizado, ha implicado movimientos de perturbación social derivados del resquebrajamiento de los marcos de seguridad que en cada momento se consideraban como algo difícil, si no imposible, de desaparecer. Por una parte, podemos ver que la sociedad industrial estuvo basada en generar una serie de esquemas orientados a dar certeza la vida de los hombres. Esta nueva seguridad ontológica fue diferente a aquella basada en colocar los referentes simbólicos dentro de los esquemas de la pequeña comunidad o del gremio artesanal. Se contaba en este nuevo orden con instituciones más complejas, encaminadas a diferentes formas de acción colectiva que aunque basadas en el papel capital de los individuos les permitían articularse alrededor de fines comunes y enfrentar situaciones de necesidad personal, familiar, laboral, educativa, entre otras.

Estas formas de vida social se anudaron en la familia nuclear, el Estado-nación, los sindicatos y en la conciencia de clase. Como se ha venido señalando, el Estado-nación se convirtió en uno de los referentes más importantes para la organización de la sociedad y protección de sus miembros, ya que además de brindar un marco de identificación, el nacional, tenía entre sus deberes y obligaciones el gestionar los principales riesgos a los que se puede ver expuesta la población como lo es la enfermedad, la vejez, el desempleo, un accidente; así como generar un Estado de derecho que permitiera garantizar la seguridad de los bienes y de las personas. Por otra parte, las formas de organización colectiva, como los sindicatos, en esta etapa jugaron un rol determinante en la consecución de derechos para los asalariados y como mecanismo de seguridad para millones de trabajadores en el mundo, cuya conciencia de clase constituye de igual forma, una manera de acción colectiva y un cuadro de referencia para su vida. A nivel laboral, y como afirma, Castel:

Existía una suerte de círculo virtuoso entre las relaciones de trabajo estructuradas de modo colectivo, la fuerza de los sindicatos de masas, la homogeneidad de las regulaciones del derecho laboral y la forma generalista de las intervenciones del Estado que permitía una administración colectiva de la conflictividad social.<sup>61</sup>

En el paso hacia la globalización este modelo se desmorona. Por ejemplo, dejan de operar las funciones protectoras del Estado, y en lugar de las clases trabajadoras de la primera modernidad, las cuales compartían objetivos y porvenires comunes, las clases de nuestros tiempos se han disgregado y su única característica común es que “comparten la miseria del mundo”.<sup>62</sup>

La incertidumbre, el riesgo y el miedo adquieren nuevas formas cuando dejan de operar instituciones y sistemas considerados lineales, estables y perdurables; se convierten en fenómenos generalizados cuando Estado, sindicatos, nación, conciencia de clase, familia nuclear, dejan de ser los referentes que pueden vincular al individuo con sus semejantes; esos estados y sentimientos adoptan características específicas cuando este tipo de formaciones sociales ya no son ejes que le dan a los individuos un lugar dentro del mundo en el que viven o que los dota de marcos de referencia a los que acudir en caso de necesidad

Ya no puede hablarse de una seguridad ontológica inscrita dentro de instituciones sólidas y de gran raigambre que puedan generar sentimientos de protección y defensa. No hay duda que este tipo de seguridad existencial se ha visto fuertemente trastocada por la serie de transformaciones surgidas en diversos ámbitos de la vida social, originadas por el proceso de globalización: término cada vez más utilizado para referirnos a la transición que han experimentado las sociedades en los últimos años, derivada de una serie de innovaciones macroestructurales que han impactado determinadamente nuestra vida cotidiana. “Se trata de cambios sin precedentes que ya no pueden ser entendidos partiendo de marcos locales, regionales o nacionales y que conllevan al quebranto del principio de territorialidad como patrón organizador de la vida cultural y social”.<sup>63</sup>

---

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 57

<sup>62</sup> Castel, Robert, *op. cit.*, p. 63

<sup>63</sup> Zabudovsky, Gina, *Modernidad y Globalización*, México, Siglo XXI, 2010, p. 164

Esto es así porque, en términos generales, puede decirse que la globalización constituye un proceso complejo que tiene que ver con un modo de organización del mundo caracterizado por una creciente interconexión entre economías, sociedades y Estados. Implica también un nuevo nivel de interacción entre diversos ámbitos como lo son el legal, el organizativo y el administrativo; así tanto el Derecho Internacional como los organismos internacionales, juegan un rol trascendental en este proceso. Muchas de sus implicaciones se deben en gran parte a los importantes avances tecnológicos de los medios de transporte, de los medios informáticos y de los medios de comunicación masiva. Parecería que las fronteras geográficas antes trazadas se difuminan, pues nuestra percepción espacial se ha transformado y los eventos sucedidos en algún lugar del mundo repercuten en otros lugares o son conocidos de manera inmediata:

La globalización, dicho llanamente, designa la escala ampliada, la magnitud creciente, la aceleración y la profundización del impacto de los flujos y patrones transcontinentales de interacción social. La globalización remite a un cambio o transformación en escala de las organizaciones humana que enlaza comunidades distantes y expande el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes de todo el mundo [...] La irregularidad de la globalización impide que sea un proceso universal que se experimenta de forma uniforme en todo el planeta<sup>64</sup>.

Una de sus dimensiones más importantes se ubica en la esfera económica puesto que se ha generado una integración cada vez mayor de las economías y de los sectores financieros. El proceso de producción y la expansión del capital se despliegan a nivel global, en suma, podemos observar que el mercado ha pasado a jugar un rol fundamental para las sociedades actuales regido por una premisa trascendental para su realización: el libre comercio. La economía se ha ido liberando progresivamente del control político, el Estado poco o nada puede entrometerse en la gestión de la vida económica, “ante cualquier intento de hacerlo, los mercados mundiales responden con medidas punitivas inmediatas y feroces”.<sup>65</sup>

Esta nueva realidad ha traído consigo diversos retos pues ante la preponderancia del mercado y el debilitamiento y fragmentación del Estado-nación la, para algunos, llamada segunda modernidad ha generado un nuevo estado de incertidumbre y miedo.

---

<sup>64</sup> Held, David, *et. al.*, *Globalización/Antiglobalización*. Sobre la reconstrucción del orden mundial, Barcelona, Paidós, 2003, p. 13

<sup>65</sup> Bauman, Zygmunt, *La globalización. Consecuencias humanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 90

Una de las metáforas más recurrentes dentro de las ciencias sociales que podría ayudarnos a comprender este estado de cosas en el marco de la globalización, es la acuñada por Zygmunt Bauman cuando califica nuestra época como “modernidad líquida”. Con esta metáfora se intenta dar cuenta del tránsito de una modernidad “sólida” que primó durante el desarrollo de la sociedad industrial –y caracterizada en los términos arriba señalados– a una “líquida” que resulta ser flexible, dispersa, no consolidada. Esta nueva modernidad da lugar a una época de incertidumbres, en donde la vida social apoyada por los códigos políticos y culturales heredados de la primera modernidad es sustituida por una “vida líquida [que] es una sucesión de nuevos comienzos”.<sup>66</sup>

Esta sociedad moderna líquida (que pierde los patrones e instituciones en donde se pueden anclar las certezas y los mecanismos para enfrentar los peligros y las consecuencias indeseables de los riesgos) obliga a las personas a cambiar constantemente de referentes, a abandonar compromisos, a ser flexibles en el contexto de esquemas no fijos e inestables, a tomar decisiones constantemente (con todo lo que ello implica en los términos antes señalados sobre el riesgo y su relación con el tipo de decisiones que se toman) y a enfrentar por lo mismo situaciones y problemas que se suceden muchas veces sin resolverse: “las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinada”.<sup>67</sup>

Esta “liquidez” moderna junto a los cambios acarreados por la globalización, tales como el triunfo del mercado sobre el Estado de bienestar —el cual se ha ido desdibujando a partir de la década de los ochentas— y la transformación de las nociones del espacio y del tiempo, nos remiten a una vida en condiciones constantes de incertidumbre, y por tanto de inseguridad, ansiedad y miedo, lo cual se ha convertido en una experiencia básica para los individuos, sus familias y los colectivos que llegan a organizarse.

Tales fenómenos de desestabilización personal y social que trastoca los márgenes de seguridad en todas las áreas de la vida cotidiana pasan fundamentalmente por la

---

<sup>66</sup> Bauman, Zygmunt, *Vida líquida*, Barcelona, Paidós Estado y Sociedad, 2006, p. 10

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 9

cuestión laboral y salarial, la cual se ve profundamente afectada por regulaciones que dan primacía al mercado y a la especulación financiera, por sobre los intereses y necesidades de los trabajadores, los profesionistas, empleados y servidores de todo tipo. Así, nos vemos a expensas del desempleo masivo, de la precarización de las relaciones laborales y de la casi nula protección estatal ante las empleadoras transnacionales y nacionales que no ofrecen los recursos materiales para que las personas, las familias y las instituciones comunitarias puedan cubrir sus necesidades y menos aún enfrentar las situaciones de necesidad y de crisis que son intrínsecas al sistema.

A nivel profesional (otro criterio moderno basado en la apuesta de la educación como factor de movilidad social) estamos impedidos de hacernos de prácticas laborales permanentes y sólidas, las propias trayectorias profesionales se han vuelto móviles y ya no aseguran un futuro más o menos estable y claro: “una carrera se desarrolla cada vez menos en el marco de una misma empresa, siguiendo etapas pautadas hasta la jubilación”.<sup>68</sup> El individuo se ha vuelto errante, Bauman utiliza la paradoja del “vagabundo”: nunca sabe cuánto tiempo se quedará, sólo sabe que su estancia tiene pocas posibilidades de durar.

Si bien la primacía del individuo se ha tomado como categoría básica desde los comienzos de la sociedad moderna, para autores como Beck nos encontramos actualmente inmersos en un proceso más extremo de individualización consistente en que las consecuencias de la desintegración de las certezas, las situaciones de riesgo y los escenarios hostiles resultantes se convierten en responsabilidad de un individuo obligado a conformar su propia identidad y a hacerse cargo de sí mismo. Bajo esta dinámica cada uno de nosotros somos los encargados de nuestra propia biografía, debemos afrontar por nuestra propia cuenta las contingencias que se nos presenten, debemos elegir, decidir y escoger : “Las oportunidades, los peligros y la incertidumbre biográfica, que antes estaban predefinidas dentro de la asociación familiar o de la comunidad rural, o a tenor de las normativas de los estados o clases asistenciales,

---

<sup>68</sup> Castel, Robert, *op. cit.*, p. 59

deben ahora percibirse, interpretarse, decidirse y procesarse por los propios individuo”.<sup>69</sup>

Nos convertimos en responsables de enfrentar cualquier tipo de amenaza que podamos sufrir, tengamos o no recursos para ello, puesto que han ido desapareciendo las instancias orientadas a salvaguardar la seguridad como serían, según Castel, las civiles (aquellas implícitas en un Estado de Derecho) y las protecciones sociales que nos protegen contra situaciones como la enfermedad, el desempleo o la vejez. Es precisamente en torno a éstas necesidades que los esquemas de seguridad clásicos, encargados de lidiar con estos riesgos han desaparecido como consecuencia del desvanecimiento del Estado social y de la primacía de los intereses del mercado en un mundo globalizado.

En tales escenarios los sentimientos de vulnerabilidad e incertidumbre se maximizan y tienen un impacto exponencial debido a que los riesgos ya no quedan circunscritos a una determinada región geográfica o espacio social: ahora se expanden gracias a la interconexión que se desarrolla en múltiples niveles entre sociedades que pueden estar a miles de Kilómetros de distancia:.

Si estar protegido es estar en condiciones de hacer frente a los principales riesgos de la existencia, este seguro hoy parece estar doblemente en falta: por el debilitamiento de las coberturas 'clásicas', pero también por un sentimiento generalizado de impotencia ante nuevas amenazas que parecen inscriptas en el proceso de desarrollo de la modernidad.<sup>70</sup>

Nuestra vida actual podría ser descrita con el término empleado por Bauman, *Unischerheit*, el cual fusiona y denota tres elementos, a saber: incertidumbre, inseguridad y desprotección. No sólo por el lado de la pérdida de derechos sociales y la consecuente desprotección en ámbitos básicos, sino que la aparición de nuevos riesgos propios de nuestra época generan miedos que se pueden propagar en extensas zonas del globo.

Actualmente afrontamos incertidumbres y miedos prácticamente en todos los ámbitos de nuestra vida cotidiana, en el trabajo, en la familia, en nuestras relaciones

---

<sup>69</sup> Beck, Ulrich, *et. al.*, *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, España, Paidós, 2003, p. 42

<sup>70</sup> Castel, Robert, *op. cit.*, pp. 76-77

personales. Quedamos vulnerables ante riesgos y peligros que aparecen como venidos de fuerzas incontrolables (esos “riesgos externos” señalados por Giddens) y que los medios de comunicación masiva se encargan de difundir con todos los detalles, como pueden ser las catástrofes naturales generadas por el cambio climático, los ataques terroristas, la contaminación de los productos alimenticios o los riesgos sanitarios.

Han quedado muy atrás las promesas de una sociedad armoniosa, dotada de plenas seguridades y certezas, propuesta por los filósofos de la Ilustración. Al contrario de lo proyectado para el futuro –es decir, nuestro mundo actual–, vivimos una época colmada de consecuencias no planeadas e indeseables, derivadas de decisiones y acciones sociales que durante décadas se gestaron y desarrollaron con todas sus contradicciones en el seno de las sociedades modernas. La consideración de Habermas de que la modernidad es un proyecto inacabado, pero susceptible de perfeccionamientos y mejoras, para Bolívar Echeverría tiene que ser entendido en términos de un proyecto “siempre incompleto [...] como si algo en ella la incapacitara para ser lo que pretende ser: una alternativa civilizatoria 'superior' a la ancestral o tradicional”.<sup>71</sup>

El miedo, considerado sentimiento dominante en etapas anteriores al desarrollo de las sociedades modernas, y que se supone han quedado a atrás, vuelve a aparecer en la vida social actual como parte de sus características fundamentales. Nuestros tiempos, afirma Bauman, vuelven a ser tiempos de miedo. Esto no quiere decir que este sentimiento dejara de existir en algún momento del transcurso histórico, o que no se le tomara en cuenta. Un ejemplo nos lo aporta Norbert Elías en sus “investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas” sobre el proceso civilizatorio de Occidente que hemos venido mencionando.

El miedo y sus sentimientos asociados no son una dimensión nueva en las reflexiones sobre la sociedad y sus múltiples aspectos. Éste ha estado presente desde la antigüedad hasta nuestros días, incluso forma parte de los problemas del poder y del gobierno que enfrentan prácticamente todas las sociedades. Como afirma Corey Robin,

---

<sup>71</sup> Echeverría, Bolívar, “Un concepto de modernidad”, México, <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Un%20concepto%20de%20modernidad.pdf>, revisado en junio de 2012

es una constante “el temor de la gente a que su bienestar colectivo resulte perjudicado [...] o bien la intimidación de hombres y mujeres por el gobierno o algunos grupos. Lo que hace políticos, más que personales, a ambos tipos de temor, es que emanan de la sociedad o que tienen consecuencias para ésta”.<sup>72</sup>

Una muestra del carácter político del miedo y sus variadas contradicciones en la gestión de la vida social la podemos encontrar en varios pensadores que reflexionaron sobre el tema en los siglos XVI al XIX (nacimiento y despliegue de la modernidad). Para Hobbes, por ejemplo, el miedo es un elemento básico para que una sociedad o un sistema de gobierno puedan sobrevivir. Esto es así porque la única forma de salir del llamado “estado de naturaleza” —aquel en el cada hombre era su propio juez y en donde existía un permanente conflicto de todos contra todos— es el miedo a la muerte. El principio de autopreservación que cada hombre posee y la necesidad de paz, hacen del sometimiento algo necesario en toda sociedad. Por ello, afirma Hobbes con ecos que llegan hasta nuestros días, el miedo debe ser creado, y a veces necesariamente magnificado por el mismo Estado, ya que no sólo es útil para la supervivencia de los gobernantes, sino para la supervivencia de los mismos gobernados.

En el mismo sentido podemos recordar a Montesquieu, quien consideraba el terror como el principio que rige las formas del gobierno despótico en su transición a un Estado liberal, más civilizado. Tanto él como Hobbes pensaban que el miedo debía de emanar de arriba, desde el Estado y quizá nunca imaginaron que llegaría un época en que este miedo pudiera pasar también a otras manos, a otras formas de gestión de la violencia, manejarse desde otras instancias capaces de un ejercicio del poder extensivo y muchas veces descentralizado: un miedo que pertenece a una constelación de sentimientos relacionados, como son la ansiedad y la angustia que, se afirma por los estudiosos modernos, no tienen un objeto identificado sino que se hacen presentes en una forma difusa y extendida, y por tanto abierta a toda clase de elaboraciones.

Se trata de nuevas caras del miedo que incluso se han extendido al campo de una de las aspiraciones más sentidas de la vida occidental, la democracia. Como se dejaba ver desde tiempos de Tocqueville, el miedo (más bien la angustia, para recobrar las

---

<sup>72</sup> Robin, Corey, *El miedo. Historia de una idea política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 15

puntualizaciones actuales) es más un estado permanente en la psique del hombre moderno que un instrumento político de control. Esta ansiedad o angustia se asocia a la desaparición de las viejas estructuras de la época premoderna y como parte del nuevo ritmo político que adoptan las sociedades frente a la revolución democrática. La ansiedad se deriva de la propagación de la doctrina ideológica de la igualdad y el secularismo: “el miedo dejó de interpretarse como herramienta de poder, más bien era un estado psíquico permanente de las masas”<sup>73</sup>, una característica del yo democrático.

Como se ha dicho, parece ser que este grupo de sentimientos y sus funciones de control ha prevalecido, pero también ha adoptado nuevas caras conforme transcurre la transformación histórica, política, económica y cultural que llega hasta nuestros días. Como se ha venido afirmando a lo largo de todo este capítulo las oportunidades para sentir temor en nuestro mundo moderno son diversas, no sólo como reacción ante el debilitamiento de las estructuras que daban certeza a nuestra vida, sino ante el auge de diversas “alertas globales” que día con día entran a nuestras vidas.

Historiadores, politólogos, antropólogos y sociólogos han tratado de rastrear las huellas de estos sentimientos de miedo y angustia, y junto a estudiosos de la psicología y la psiquiatría intentan detectar lo central de nuestros miedos actuales. Ya hemos mencionado a Delumeau y a un grupo significativo de autores de las ciencias sociales que, a pesar de no dedicarse a este tema específico, necesariamente incluyen esta gama de emociones y sentimientos sociales en sus diagnósticos sobre el mundo contemporáneo. Por otro lado hay autores que, en términos de un análisis comparativo, rastrean la permanencia en la actualidad de ciertos miedos ancestrales, por ejemplo, el historiador George Duby al analizar los miedos del año 1000 y compararlos con los del nuevo milenio que comenzamos desde hace más de una década, encuentra que ellos remiten a circunstancias vitales que parecen no desaparecer con el paso de tantos siglos: el miedo a la miseria, el miedo al otro, a las epidemias (objeto de este trabajo), a la violencia y realidades “del más allá”, es decir que no tienen explicación con los recursos cognoscitivos operantes.<sup>74</sup>

---

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 148

<sup>74</sup> Duby, Georges, *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1995

Norbert Lechner, desde la sociología,<sup>75</sup> también identifica algunos miedos sociales que dominan la subjetividad del hombre moderno, a saber: *el miedo al otro* (en concordancia con Duby respecto a los ajenos, pero ahora depositado en figuras anómicas y como ingrediente típico de las relaciones sociales), *el miedo a la exclusión económica y social* (ligado otra vez al temor a la miseria señalado por el historiador pero, como se verá más abajo, relacionado con los sistemas de protección y seguridad, y con la movilidad social) ; y, el más difuso de todos, *el miedo al sinsentido* derivado de las experiencias modernas que crean la sensación de una situación caótica y los procesos que remueven certezas. No hay duda, por todo lo que se ha venido reseñando, que todos estos miedos están fuertemente asociados a las condiciones que imperan en nuestro mundo globalizado.

Puede decirse, tomando a Lechner, que el miedo al otro, aunque ha adoptado nuevas condiciones y se ha depositado también en otros actores, es un factor crucial en las sociedades globalizadas, cuya premisa basada en la interconexión y el acceso a la información de comunidades y pueblos lejanos y diferentes, las mezclas interculturales y raciales supondría una mayor familiaridad, tolerancia a las diferencias y disminución de la incertidumbre respecto a la identidad de los otros. Pero no ha desaparecido el miedo a las invasiones, a los extranjeros, a convivir con personas de costumbres extrañas, todo ligado a la amenaza de barbarie con que Duby caracteriza a la Edad Media. Al contrario, todos estos temores tienen nuevas ediciones y se asocian con el auge del terrorismo, las guerras interraciales y religiosas, las migraciones internacionales, entre otras cosas.

El miedo al otro ha tomado como figura amenazante y peligrosa al delincuente, pero también implica la percepción que se tiene en torno a la inseguridad, sobre todo en las grandes urbes. Se trata de un miedo generalizado hacia el otro, apunta Lechner, derivado de una crisis de confianza que hunde sus raíces en el principio de una sociedad competitiva y dentro de la cual se han debilitado los contextos de confianza y de cohesión social.

---

<sup>75</sup> Lechner, Norbert, "Nuestros miedos", en Villa Martínez, Marta (comp.) *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Medellín, Corporación Región, 2002, p.136

Al contrario del miedo al otro, “el miedo a la exclusión social y económica” no se explica dentro del marco de las relaciones interpersonales o interculturales, sino en el terreno de las relaciones entre las personas y los sistemas funcionales que los rodean. Dentro de éste se incluye el temor a quedar fuera del resguardo de los derechos sociales elementales y de no obtener protección adecuada frente a las adversidades que pudieran presentarse.

Como recuerda Duby y algunos de los autores aquí citados, en la Edad Media –a excepción de las hambrunas generalizadas que dejaban a todo mundo en la más precaria de las situaciones– la mayoría vivía en la pobreza extrema pero las relaciones de solidaridad y fraternidad, emanadas de un espíritu de comunidad hacían que no existiera “la espantosa soledad del miserable que vivimos en nuestros días”.<sup>76</sup> En cambio, actualmente este miedo a la exclusión social y económica es producto de las condiciones de abandono, de las implicaciones de la “modernidad líquida”, de la individualización extrema que, entre otras cosas, hemos tratado con base en diagnósticos y tipificaciones de las sociedades contemporáneas. Lechner (en concordancia con esos diagnósticos) vuelve a afirmar que se trata de un miedo derivado sobre todo de los cambios asociados al problema laboral, como son la flexibilización del trabajo, a la subcontratación, a los contratos individuales y al resquebrajamiento de los derechos laborales, lo que genera constantes incertidumbres a las personas que, al menos, tienen acceso a un trabajo remunerado. Cuando no lo tienen, agregaríamos aquí, se convierten en esos “vagabundos” de los que habla Bauman, en “indigentes trashumantes”, expulsados de sus comunidades y países “como el rostro de la exclusión extrema [...] [que] comparte los rasgos comunes a una experiencia de exilio: desarraigo y pérdida de horizontes temporales y espaciales, así como la transformación o la anulación de expectativas laborales o de relaciones personales”.<sup>77</sup>

El desmoronamiento de los marcos de sentido y de las posibilidades vitales, el acelerado ritmo que expresan los cambios, estar expuestos a un incesante ir y venir de contingencias, la desorientación temporal y espacial, todo ampliando el rango de la

---

<sup>76</sup> Duby, Geroge. *op cit.*, p. 27

<sup>77</sup> Carretero Reyna y León Emma, *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 2009, pp.88-89

incertidumbre, conduce a un miedo, quizá el más difuso, que Lechner denomina “miedo al sinsentido”. Este tipo de miedo surge de la impresión de estar inmersos en un ambiente caótico que sale de nuestro control, pues día con día nos vemos inmersos en cambios vertiginosos en el orden y rutina de nuestra vida, presenciando diversos y constantes sobresaltos en casi todas las esferas. Estamos expuestos y sufrimos una angustia generalizada, producto de condiciones objetivas pero tan variadas y extendidas que no es posible identificar un objeto preciso sobre el cual depositar las explicaciones e impulsar acciones colectivas determinadas.

Incertidumbres, riesgos y miedos, pueden ciertamente movilizarlos para desarrollar acciones personales y colectivas, pueden llegar a ser una oportunidad para la transformación de condiciones amenazantes y peligrosas, para convocar fuerzas y relaciones sociales que nos extraigan de la soledad, el abandono y el desamparo. Pero dadas las dinámicas contemporáneas y globalizadas antes descritas, resulta difícil que este conjunto de sentimientos pueda conducir a la acción colectiva y a la cohesión social. Al contrario, a forma como se han producido estas formas de angustia y miedo incita a la atomización y a los actos solitarios, pues todo nos hace tener la impresión de que sólo podemos confiar en las habilidades individuales para eludir los riesgos. Y no sólo esto, tales sentimientos personales, y generalizados socialmente, se convierten en materia prima para toda clase de invenciones imaginarias que pueden servir de soporte a maniobras de control y ejercicio del poder: “pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana. Pueden producir parálisis. Pueden inducir al sometimiento. Los miedos (como el miedo al SIDA) son presa fácil de la manipulación”.<sup>78</sup>

La angustia y los miedos ante riesgos y peligros inminentes inundan el panorama de la vida contemporánea con continuos sobresaltos para los que no estamos preparados. El “gran salto adelante: el que nos alejaría del miedo y nos aproximaría a un mundo libre de la ciega e impermeable fatalidad”<sup>79</sup> no se ha realizado.

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 138

<sup>79</sup> Bauman, Zygmunt, *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, España, Paidós, 2007, pp. 10-11

La creciente integración e interconexión en ámbitos tan diversos propician una propagación global del miedo, influida en mucho por las nuevas tecnologías que permiten que se genere una percepción común en torno a los peligros, lo cual disemina sentimientos de miedo y alarmismos que alcanzan un nivel mundial, como fue el caso de la anunciada pandemia del virus H1N, objeto de nuestra reflexión.

Si partimos de que el miedo no sólo es una emoción que surge de meros condicionamientos biológicos y mentales, sino que la misma dinámica de la vida social nos determina qué y porqué temer, no cabe duda que el habitar en un mundo con canales de intercambio tan variados y extensivos es factor fundamental en nuestra percepción, como en el tratamiento que le damos a los riesgos y a las amenazas que se nos presentan. Como hemos venido reiterando, ya no vivimos en las mismas circunstancias de hace siglos o décadas en que los miedos se gestaban dentro de circunstancias específicas y generalmente su propagación no iba más allá del ámbito regional o local. Los riesgos y los peligros, como su percepción, se han globalizado.

La construcción local de los miedos se ve influida cada vez más por peligros y temores externos, puesto que la interconexión con sociedades y geografías remotas permite que se puedan desplazar por todo el mundo sin restricción alguna. Como señala Ordoñez:

(...) por una parte, los miedos locales pueden ahora alcanzar una dimensión global que nunca habían tenido, al tiempo que, por otra, los miedos globales inciden en los escenarios locales de constitución del miedo. En otras palabras: la elaboración cultural del miedo ya no tiene lugar sólo a nivel local sino también a nivel global.<sup>80</sup>

La percepción que tenemos de los riesgos y peligros puede no ser proporcional a los daños objetivos que estos podrían ocasionar (Mary Douglas fue enfática en las mediaciones subjetivas y culturales del sentimiento de riesgo). Es decir, con frecuencia se genera un miedo mayor respecto a algunas amenazas que pueden llegar a ser no tan peligrosas, su nivel objetivo es sustituido por una percepción alarmista cuando en realidad su impacto resultaría poco nocivo. En un mundo donde prevalece la angustia generalizada y difusa, así como una gama de miedos concretos y tangibles, es factible

---

<sup>80</sup> Ordoñez, Leonardo, "La globalización del miedo" en *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá, No. 25, 2006, pp. 96-97

que gane terreno la circulación distorsionada de la información, los rumores y la manipulación comunicativa. Los medios de comunicación masiva juegan un papel determinante en la socialización de este fenómeno, pues en su búsqueda incesante de *rating* no dudan en el engrandecimiento de este tipo de sucesos. Con ello se convierten en actores principales en la construcción de la percepción del riesgo, pues tienen la capacidad de definirlos y de orientar de determinada manera a la opinión pública en su conjunto.

Empujados por esta búsqueda de ser los primeros en captar la atención del público y en ampliar sus audiencias, los llamados *mass media* operan bajo una serie de contradicciones: por un lado, se vuelven medios importantes para informar y dar a conocer masivamente medidas de protección, nombres de desaparecidos, lugares de resguardo, etc. Pero por otro lado, al optar por dinámicas alarmistas y sensacionalistas, la localización específica de los riesgos y los peligros dejan de dimensionarse, haciendo sentir a los receptores de sus mensajes como probables víctimas de un daño inminente. En lugar de que la información y el conocimiento proporcionado ofrezcan elementos para propiciar escenarios de control y certeza, provocan sentimientos de vulnerabilidad, miedo e inseguridad. Dichos sentimientos se exacerban aún más si vemos disminuida nuestra capacidad de poder contar con los mecanismos que permitirían defendernos contra dichos peligros.

Estos fenómenos se hicieron presentes durante la pandemia de 2009, periodo durante el cual fuimos testigos de cómo en un mundo interconectado por los medios de comunicación los discursos entorno al riesgo se globalizaron lográndose generar una percepción de la amenaza que no concordó con el nivel del riesgo objetivo. Durante la contingencia, proliferaron los escenarios alarmistas que encontraron sustento en la amenaza latente y en condiciones ya presentes antes de la aparición del virus. Sin duda, en 2009 presenciamos una nueva edición de un miedo presente desde hace siglos pues como bien apunta George Duby desde tiempos remotos, el miedo y la incertidumbre se han manifestado cuando una enfermedad irrumpe en el plano social por lo que el caso que nos concierne no resultó ser la excepción.

Para ahondar más en este tema, la pandemia de 2009, en el siguiente capítulo se abordará con detenimiento el trayecto de las enfermedades infecciosas, desde su

origen hasta nuestros días en los que fenómenos como la globalización han impuesto nuevos retos y han influido en el comportamiento de las enfermedades contagiosas ocasionadas por virus. El recorrido histórico que se presenta a continuación aborda el cómo las enfermedades infectocontagiosas han constituido acontecimientos que han logrado repercutir en la historia del hombre, y se ha buscado hacer particular énfasis en la construcción social del riesgo y en la forma en la que se establecen los mecanismos para enfrentarlo a partir del conocimiento disponible en cada época histórica. Y es que si bien las epidemias han sido históricamente detonadoras de miedos sociales, éstos han ido adquiriendo matices distintos ya que se transforman a la par que lo hacen las sociedades.

## Capítulo 2

### **Del surgimiento a la globalización de enfermedades infectocontagiosas: representaciones sociales, progreso sanitario y nuevos riesgos**

---

En el capítulo anterior ha quedado asentado que tras la aparición de riesgos subyace la toma de decisiones, por lo que éstos no resultan ser eventos fortuitos ni deliberados sino que tienen que ver con la concepción del tiempo e incluso con el lugar que ocupa el hombre en el mundo. Asimismo, hemos visto que los riesgos y peligros que han tenido que enfrentar los grupos humanos a lo largo de su historia han ido de la mano de las transformaciones sociales, en cuyo marco se han modificado también la forma de conceptualizarlos y enfrentarlos. Así, se ha transitado de las inclemencias del medio ambiente y la violencia física en las sociedades pre-modernas, hasta aquellos fenómenos derivados de los proceso de modernización y globalización, como son los riesgos económicos y sociales.

A pesar de la evidente transformación de los riesgos y peligros a lo largo de la historia, existe uno que siempre ha acompañado la historia del hombre y ha sido objeto de temor por todas las sociedades dado que tiene que ver con la propia sobrevivencia de sus miembros. Nos referimos a las enfermedades contagiosas de carácter masivo. Retomando los conceptos abordados con anterioridad, puede decirse que estas enfermedades por sí mismas constituyen un *peligro* de índole biológico, en tanto su amenaza no plantea la disyuntiva de una elección consciente entre estar sano o enfermo; pero también son *riesgos* que dependen de las formas de intervención y organización social, como de las decisiones tomadas dentro de un específico modelo económico, político y cultural.

La humanidad no sólo ha estado a merced del daño objetivo que representan dichas enfermedades contagiosas sino que ha tenido que enfrentar la incertidumbre y los miedos que ellas provocan con las herramientas que ha tenido a su mano en cada ocasión. De allí que los riesgos y peligros que presentan tales enfermedades contagiosas hayan tomado modalidades particulares en cada época como es el caso de la contemporánea, la cual es heredera del impulso generado por la modernidad y que, paradójicamente, experimenta hasta límites antes impensables notables avances en la

medicina, en las políticas sanitarias y, sobre todo, experimenta una rígida cultura de higiene vertida en la vida cotidiana.

Para acercarnos a esta trayectoria y poder arribar a los actuales fenómenos sociales vinculados con este tipo de enfermedades, en este capítulo abordaremos ciertas condiciones ligadas a su surgimiento y desarrollo; algunos de sus efectos sociales, demográficos, económicos y políticos en ciertos momentos históricos; así como diversas respuestas sociales y comportamientos colectivos que se desarrollaron con su aparición. Esto con el fin de ver cómo en el mundo actual su condición compleja de peligros biológicos y de riesgos muchas veces "manufacturados" que se traducen en la edición de nuevas enfermedades masivas,<sup>81</sup> no hace desaparecer los miedos milenarios que provoca su aparición. Al contrario, todo parece indicar que tales miedos y temores, como sus comportamientos asociados, se actualizan y re-editan en el marco de nuevas condiciones contextuales y fenómenos socio-económicos y ambientales.

De esta manera, la trayectoria aquí presentada acaba en un esbozo general de los factores que a nuestro juicio son básicos para entender porqué los brotes epidémicos son sucesos con capacidad para atravesar fronteras geográficas, económicas, políticas y sociales, sin importar las barreras tradicionales que ellas imponen. Su propagación se facilita en un mundo donde la alta movilidad espacial, la forma en la que nos relacionamos con el medio ambiente y el intenso intercambio comercial, generan condiciones propicias para una mayor vulnerabilidad y contagio. A esto se suma el crecimiento demográfico que se manifiesta en las grandes concentraciones poblacionales en las megalópolis y la producción intensiva de alimentos. Todo lo cual se convierte en un elemento más de inseguridad que exige medidas comunes y respuestas colectivas. Se trata entonces de nuevas condiciones y enfermedades que hacen resurgir los temores que asolaron a las sociedades del pasado, pero enmarcadas en ese ambiente generalizado de incertidumbre con que se ha diagnosticado al mundo contemporáneo, tal y como hemos señalado en el capítulo anterior.

---

<sup>81</sup> Como la influenza AH1N1 aparecida en el 2009 en México, que es motivo de esta reflexión

## 2.1 Algunas condiciones para el surgimiento y propagación de las enfermedades contagiosas masivas

Como se sabe, las enfermedades contagiosas se caracterizan por la rápida transmisión entre una persona infectada y una persona sana. Dependiendo del tipo de patógeno (en nuestro caso principalmente los virus) radica la gravedad del daño que puede ocasionar en la salud. Pero en términos generales puede decirse que el patrón común consiste en que sus síntomas aparecen en un breve lapso de tiempo, en el cual, si no se da la atención debida o no existe el fármaco correspondiente, el enfermo puede morir o, en otras ocasiones, recuperarse al desarrollar los anticuerpos necesarios para contraer la inmunidad, impidiendo así la reaparición de la enfermedad en su organismo.

En función de los patrones de vida prevalecientes, el surgimiento y dispersión de enfermedades contagiosas puede provocar o evitar que grandes capas de una población se encuentren expuestas a contraerla. Así, aunque los virus causantes de tales enfermedades están sujetos a procesos de evolución biológica endógenos (cuestión que no interesa tratar aquí), sus brotes y propagación coinciden y dependen de los cambios que se producen en el seno de la vida social y del comportamiento humano, incluyendo factores demográficos o de movilidad humana (guerras, migración); económicos ligados a las actividades productivas, estilos de vida y patrones de consumo; y por supuesto la condición del huésped (malnutrición u obesidad), por mencionar algunos.<sup>82</sup>

Por ende, su surgimiento no resulta ser un acontecimiento aislado ni espontáneo, sino producto de una larga trayectoria de relación entre los agentes contagiosos y las particulares formas de hacer vida social. A continuación señalamos dos factores decisivos que han sido identificados en los registros históricos: los cada vez más numerosos y concentrados asentamientos humanos, y la forma de interacción con los animales.

---

<sup>82</sup> Algunos de estos factores pueden verse en la obra de McMichael, A.J., "Environmental and social influences on emerging infectious diseases: past, present and future", en *Philosophical Transactions of the Royal Society of London Series B*, vol. 359, 2004, p. 1051

### 2.1.1 La concentración poblacional y el desarrollo de las ciudades

Los historiadores coinciden en que el surgimiento y propagación de enfermedades contagiosas y epidemias tiene una relación directa con el desarrollo de asentamientos humanos permanentes dentro de un espacio determinado. Tales asentamientos sólo fueron posibles con “el nacimiento de la agricultura a partir de hace unos 10.000 años, y el posterior nacimiento de las ciudades hace varios miles de años”.<sup>83</sup> Como se sabe, con la invención y desarrollo de la agricultura los grupos humanos (antes recolectores y cazadores con un estilo de vida más bien nómada) fueron volviéndose cada vez más sedentarios, lo que, a su vez, permitió la proliferación de asentamientos cada vez más grandes y poblados, y en consecuencia con un contacto más frecuente y de mayor duración entre sus habitantes.

Sin duda, la aparición de las ciudades se encuentra ligada al hecho de que los humanos pudiesen recoger, almacenar y distribuir el excedente agrícola, permitiendo con ello ofrecer medios de subsistencia a un número mayor de personas. El avance en las técnicas de producción contribuyó al progreso material de las sociedades y a un crecimiento notable de la población que diversificó sus actividades productivas y de consumo: actividades asociadas con un creciente desarrollo de espacios habitacionales y de servicios centralizados en centros urbanos permanentes. No hay duda de que las rutas comerciales desarrolladas desde la antigüedad, ampliadas en la Edad Media, expandidas con la Revolución Industrial y vertiginosamente diseminadas hasta nuestros días también han jugado un papel fundamental en el crecimiento de las ciudades, conjugando la concentración poblacional con el riesgo de la propagación de las enfermedades contagiosas, sobre todo las de transmisión viral.

Si bien todo parece indicar que siempre han existido tales enfermedades, es con el crecimiento de poblaciones humanas numerosas asentadas en ciudades con deplorables sistemas sanitarios, que los gérmenes encuentran mejores condiciones para su evolución. Si nos colocamos en las épocas que anteceden la transición hacia la modernidad, veremos que el mejor ejemplo proviene de las ciudades medievales y renacentistas de Europa, donde la recolección y eliminación de heces y orina, el

---

<sup>83</sup> Diamond, Jared, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Editorial Debate, 1998, p. 234

amontonamiento en las calles de lodo, basura y escombros, de desechos alimenticios de “carniceros, cocineros, panderos [...] polleros, taberneros”,<sup>84</sup> forman parte de las condiciones insalubres que padecían los pobladores en esta región del planeta. Un ejemplo ilustrativo lo proporciona Norbert Elias con las fondas alemanas del siglo XVI, descritas por Erasmo:

[...] de 80 a 90 personas se sientan juntas (...) todos mezclados (...) Uno lava sus vestimentas y cuelga los trapos húmedos cerca de la estufa. Otro se lava las manos; pero el barreño está tan sucio que sería preciso un segundo barreño para limpiarse a su vez con agua del primero. [...] Cada cual escupe donde le parece. Uno se limpia las botas en la mesa. Entonces se sirve la mesa. Todos mojan su pan en la fuente común, lo muerden y vuelven a mojarlo. Los platos están sucios [...] En el local hace demasiado calor. Todo mundo suda y transpira y se seca el sudor con la mano. Seguramente hay varias personas que tienen alguna enfermedad oculta. [...] “la mayoría tiene sífilis, lo cual es más temible que la lepra” [...] “¿Y qué van a hacerle? Están acostumbrados a ello y, además los hombres íntegros no alteran sus costumbres”.<sup>85</sup>

La problemática crece cuando los habitantes de los centros urbanos aumentan, ya que los desperdicios de un número mayor de personas tienen que ser tratados. Esto queda reflejado en el edicto promulgado por Francisco I en noviembre del 1539, en donde se describen las condiciones insalubres que en ese entonces prevalecían en París:

[...] hago saber a los presentes y venideros que habiéndonos apercebido de que nuestra buena villa y ciudad de París y sus alrededores están en muy mal estado y arruinados y abandonados [...] y que la tal ciudad y sus alrededores llevan así largo tiempo y sigue todavía tan sucia, tan llena de lodos, basuras, escombros y otros desperdicios que cada uno va dejando y abandonando diariamente ante su puerta contra todo buen juicio [...] de modo que causa gran horror y disgusto a toda persona de bien y de honor y provocan estas cosas un gran escándalo y vituperio humanos de los habitantes y transeúntes de nuestra dicha villa y alrededores, los cuales, por la infección y la fetidez de los dichos lodos, excrementos y otros desperdicios, están expuestos con el paso del tiempo<sup>86</sup>

En este edicto se refleja la urgencia de implementar una política sanitaria, instando a la población, so pena de recibir severos castigos, a seguir las órdenes establecidas en el mandato. Así, el artículo 4 establece:

<sup>84</sup> Laporte, Dominique, *Historia de la mierda*, Valencia, Pre-textos, 1980, p. 12-13

<sup>85</sup> Elias, Norbert, *op. cit.*, pp. 117

<sup>86</sup> Laporte, Dominique, *op. cit.*, pp. 10-11

Prohibimos vaciar o arrojar a las calles o plazas de la citada ciudad y sus barrios, basuras, aguas de colada, agua infectada o cualesquiera otras aguas, así como retener durante tiempo en las casas orines y aguas corrompidas o infectas; así, les instamos a acarrearlas y vaciarlas de inmediato al arroyo y a echar luego un cubo de agua limpia para darles curso<sup>87</sup>

Los registros anteriores permiten comprender los estilos de vida y condiciones higiénicas de alto riesgo ligados a las prácticas cotidianas prevalecientes, en cuyo marco surgieron verdaderas epidemias de enfermedades infecciosas que asolaron a las sociedades europeas de su tiempo.

Así, dos siglos después en Londres, las malas condiciones sanitarias y la densidad poblacional jugaron un papel capital en las dos epidemias de cólera que asolaron a la población entre 1848-1849 y 1853-1854. Aunque las tareas de limpieza estaban mejor organizadas que en otras ciudades europeas, “las condiciones de vida y trabajo de las clases subalternas, los barrios pobres de las ciudades, los lugares públicos de reunión de multitudes (iglesias, mercados, teatros, etc.), aparecen (...) como focos o agentes de procesos patógenos”<sup>88</sup>. Los desechos de excrementos pululaban en los ríos, al grado que “alrededor de 1830 ninguna de las grandes ciudades manufactureras tenía agua segura para beber, y los ríos en esas áreas [Londres y Bristol] estaban tan contaminados que los peces nos sobrevivían.”<sup>89</sup> Además, la expansión significativa de las ciudades, gracias a la creciente migración proveniente del campo, derivada en mucho de la Revolución Industrial, condujo a un incremento significativo de la población total del país que pasó de 8.9 a 17.9 millones de habitantes entre 1801 y 1851<sup>90</sup>. De esta forma, la epidemia de cólera ocurrida entre 1848-49 cobró la vida de 53,292 personas y la de 20,099 entre 1853-54 en toda Inglaterra y Gales. Como es de preverse, son las grandes ciudades del momento las que contribuyeron con el mayor número de muertes: entre 1848 y 1849 murieron en la ciudad de Londres 14,601

---

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 11

<sup>88</sup> Arteaga, Luis, “Misericordia, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX”, en *GEO-CRITICA*, Año V, Núm. 29, en <http://www.ub.edu/geocrit/geo29.htm>, revisado el 17 de febrero del 2013

<sup>89</sup> Cartwright, Frederick, *et. al. Grandes pestes de la historia*, Argentina, Editorial el Ateneo, 2005, p. 140

<sup>90</sup> *Idem*

personas y en Liverpool 5,308, mientras que en poblados pequeños como Plympton St. Mary se registraron 151 decesos, y 171 en Stonehouse.<sup>91</sup>

La escasa higiene en las viviendas y en las calles, aunada a la contaminación de los ríos provocada por la inadecuada evacuación de aguas residuales, hacen que en pleno siglo XIX las ciudades sean un verdadero foco de infección. Además, agudizan el impacto de las epidemias las precarias condiciones de vida, la desnutrición y variadas creencias sobre la salud y la enfermedad ligadas al papel de los desechos corporales. Tal es el caso de las virtudes que se les atribuían a la orina y al excremento para fines médicos o el hecho de que los pobladores de Londres prefirieran el agua “centelleante y espumosa, [...] cualidades que se debían a su alto contenido de amonio, el cual era desprendido durante el proceso de putrefacción de materias orgánicas”.<sup>92</sup>

El problema no se remite a unas cuantas, sino a prácticamente todas las ciudades de ésta y otras épocas: el aumento de la población y su asentamiento en urbes con condiciones poco higiénicas se convierten en las mejores condiciones para facilitar el contacto directo de miles de personas, muchas de ellas posibles portadores de enfermedades. Esto se recrudece en el caso de los virus que se mantienen activos en periodos más largos de tiempo.

Ya se sabe que desde la Revolución Industrial se aceleraron los procesos de densidad poblacional y de urbanización, asociados con el desarrollo de las actividades productivas, hecho que ha impactado hasta nuestros días pues, en la actualidad más de la mitad de la humanidad reside en centros urbanos y se estima que en veinte años dicha cifra se elevará al 60%.<sup>93</sup> Si bien durante este trayecto los sistemas y las políticas sanitarias se fueron perfeccionando y se optimizó el manejo de los desechos y el acceso al agua potable (constituyendo mejoras que impactaron en el saneamiento de las ciudades), las nuevas formas de vida urbana y de producción económica fueron

---

<sup>91</sup> Ashworth, E., “The History of Cholera in Great Britain”, en The Royal College of Physicians of London, 1948, en <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2184374/pdf/procrsmed00524-0035.pdf> revisado el 18 de febrero de 2013

<sup>92</sup> Sabine, E.L., “Latrines and Cesspools of Mediaeval London”, *Speculum* IX, en Reklaityte, Ieva, “Las condiciones higiénico-sanitarias en las ciudades europeas: introducción al análisis”, *Saldvie*, no. 4, 2004, p. 233

<sup>93</sup> Naciones Unidas, “Agua y Ciudades”, [http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/water\\_cities.shtml](http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/water_cities.shtml), revisado el 6 de febrero de 2013

generando una serie de condiciones que volvieron más vulnerables a las poblaciones a toda clase de enfermedades, incluyendo a las infecto-contagiosas. Miles de chimeneas contaminando el aire, autos que van abarrotando las vías de tránsito, desechos industriales arrojados a los ríos y que hacen pulular canales de aguas negras, los grandes cinturones de pobreza alrededor de fábricas y tiraderos de basura son imágenes constantes de las grandes ciudades. Aunado a esto, la aglomeración, la movilización y el intercambio entre personas es un fenómeno cotidiano: nuevos complejos multifamiliares ponen en contacto directo a cientos de personas, miles de ellas transitan apretujadas en toda clase de transportes colectivos, y conviven en centros de trabajo y de esparcimiento.

Más adelante se dedicará un espacio concreto a las condiciones que prevalecen en el mundo contemporáneo. Por lo pronto cabe reiterar que el crecimiento y concentración poblacional en ciudades marcadas por un clima de progreso económico, científico y tecnológico, ha hecho que el factor de riesgo biológico se revista de dos valoraciones encontradas. Por una parte, el impulso optimista que alimentó el despliegue de la modernidad (y sus fenómenos de urbanización y avance productivo, apoyados en el papel de la razón, la ciencia y la tecnología) desarrolló un sentido de confianza para dejar atrás los obstáculos y peligros del pasado, y una mayor capacidad para aventurarse a innovar en toda clase de ámbitos. Así, se asumió que los avances médicos, las mejoras sanitarias, la invención de nuevos fármacos y las crecientes políticas de salud pública -como los programas de vacunación general de salubridad- ofrecerían a la población recursos y remedios para combatir diferentes tipos de enfermedades infecciosas, sobre todo aquellas de carácter epidémico. Pero al mismo tiempo, tales fenómenos y avances encaminados a brindar mayor seguridad para la vida humana y el progreso social, fueron generadores de condiciones para el surgimiento riesgos y peligros, como es el caso de nuevas enfermedades infectocontagiosas o la reaparición de otras que se consideraban superadas.

Esta doble valencia del factor de riesgo nos vuelve a la afirmación de Luhmann de que no hay seguridad absoluta ni ausencia total de riesgos,<sup>94</sup> y que las certezas contempladas en un momento dado no sólo no protegen de cualquier daño futuro, sino

---

<sup>94</sup> Cf. Capítulo 1

que pueden producir su contrario: incertidumbre. Así, las ventajas de vivir en centros poblacionales concentrados, como la aplicación de avances científicos y tecnológicos en todas las áreas de la actividad humana, se fueron convirtiendo en “ventajas inseguras” productoras de nuevos riesgos para la salud, que llenan de incertidumbre el presente y el futuro, desatando de nueva cuenta los sentimientos de angustia, temor y vulnerabilidad.

Por ello estamos afirmando que, si bien no todas las enfermedades contagiosas masivas actuales son nuevas, su aparición está ligada con el tipo de decisiones que se toman en el marco de modelos económicos, sociales y ambientales particulares. Estas enfermedades conservan su carácter de *peligros* biológicos concretos que, como se señala en el capítulo anterior, pueden provenir de fuentes externas ante las que no se tiene ningún control y cuya aparición no ha sido prevista por las “técnicas de cálculo de riesgo”. Por otro lado, también son el resultado de procesos producidos e intervenidos por la acción humana y social; son riesgos asociados a “instancias de decisión” como las económicas, científicas y políticas orientadas a diseñar la vida social del presente con base a proyecciones futuras. La densidad poblacional en espacios urbanos concentrados es parte de esta paradoja, ya que todo parece indicar que no se pudieron anticipar las consecuencias de su desarrollo exponencial en relación con las nuevas ediciones de enfermedades contagiosas masivas.

### **2.1.2 El papel de los animales en la evolución, transferencia y propagación de patógenos**

La otra condición ligada con el surgimiento y propagación de las enfermedades contagiosas es más antigua que el desarrollo de los asentamientos humanos en ciudades densamente pobladas, y remite al origen biológico de las mismas. Los estudiosos señalan que muchos de los microorganismos patógenos, específicamente los virus, que afectan a los seres humanos evolucionaron a partir de enfermedades de origen animal y como resultado de años de contacto con ellos. Dichos patógenos debieron, como particular requisito, desarrollar mejores capacidades de sobrevivencia y reproducción para poder pasar a otras especies: pasar de un huésped animal a uno humano, para desde ahí transmitirse a otras personas.

Para ver cómo opera el papel de los animales en la aparición y propagación de enfermedades contagiosas masivas (sobre todo las ocasionadas por virus, objeto de esta reflexión) es necesario recordar, aunque sea brevemente, que entre las formas de transmisión se encuentran aquellas que se dan por contacto directo entre personas (como el rotavirus que se da entre los niños o el VIH que se transmite por contacto sexual o por exposición a sangre contaminada); por contacto con fluidos y excrecencias (diversas formas de gripe o los llamados norovirus que se contagian por vía fecal-oral o mediante manos, alimentos y agua contaminados). Pero también están otras formas de transmisión que no requieren del contacto físico entre personas, sino de otros organismos que les sirven de vectores, tal es el caso de los llamados insectos hematólogos (como moscos, pulgas, garrapatas y piojos), varios de los cuales toman a los seres humanos o a otros animales (ejemplo, las ratas) como sus huéspedes

La convivencia y contacto entre humanos y animales es ancestral (los propiamente domésticos y los que sirven de vectores de transmisión), con todo lo que ello implica en la evolución y propagación de patógenos. Pero toma una dimensión crítica con el creciente desarrollo poblacional, concentrado en espacios habitacionales marcados con serios problemas sanitarios, como los arriba mencionados. Si volvemos a colocarnos en las formas de vida de la Edad Media, veremos que en las casas rurales (conocidas como casas mixtas o largas) los animales para el consumo o el servicio forman parte del espacio doméstico. Si bien estas casas tenían dos entradas, una para personas y otra para animales, el contacto es continuo y las pulgas, piojos, garrapatas y ratas son una constante general.

En el caso de las ciudades, por su parte, los animales orientados al consumo y a otras actividades productivas ya no conviven en la misma casa, pero su tránsito, manejo y comercialización sigue formando parte de una dinámica citadina, y dada la concentración demográfica, las pulgas, piojos y ratas aumentan su presencia por las condiciones insalubres que la caracterizan. Es tan fuerte el problema sanitario que en 1481 en Frankfurt se prohíbe que los cerdos circulen por las calles. Lo mismo se trata

de imponer en Valladolid pero sin resultado alguno.<sup>95</sup> El edicto francés de 1539 nos habla de lo mismo, de tal suerte que el artículo 29 sentencia: “Ordenamos a todos los que [...] mantienen y alimentan cerdos, cerdas, puercos, aves, ocas, conejos, que, sin ningún género de excusa, conduzcan, lleven o manden llevar dichos cerdos, cerdas, puercos, aves, ocas y conejos a alimentarse fuera de la citada ciudad y sus alrededores, bajo pena de confiscación [...] y de castigo corporal.”<sup>96</sup>

El problema no son los animales por sí mismos: es la forma como las sociedades se han relacionado con ellos para diversos fines la que tiene que ver con la evolución y propagación de patógenos.<sup>97</sup> Ahora se sabe que la tasa y la velocidad de la transmisión de infecciones víricas dependen de factores como la densidad de la población, el número de individuos susceptibles (los que no son inmunes), y por supuesto la calidad del sistema sanitario. Así, los mismos patrones de vida social, cotidiana y productiva prevalecientes en las ciudades medievales, renacentistas y de comienzos de la era moderna desarrollaron condiciones concretas para el surgimiento de enfermedades masivas donde el papel de ciertos animales fue fundamental. Éste es el caso de los vectores de transmisión arriba mencionados y los cuales son cruciales para la aparición de algunas de las epidemias que más impacto tuvieron entre la población (como la peste bubónica o el tifus). Como se dijo antes, su presencia, sobrevivencia y propagación aumentó exponencialmente con el desarrollo de los asentamientos humanos concentrados, hasta convertirse en verdaderas plagas que caracterizan las formas de vida hasta prácticamente el siglo XX.

Cabe señalar que el papel de los animales en el surgimiento y propagación de enfermedades contagiosas masivas en éste y otros contextos comporta ciertas paradojas pues, por ejemplo, todo parece indicar que la misma convivencia con ciertos animales, generadora de enfermedades infectocontagiosas, puede desarrollar el mecanismo contrario: el de la inmunidad.

---

<sup>95</sup> Molina, Nuria “Un breve estudio de la ciudad medieval y el desarrollo de la vida en ellas”, Historia social. Historia medieval, en [www.csi-sif.es/andalucia/.../NURIA\\_MOLINA\\_AGUILERA01](http://www.csi-sif.es/andalucia/.../NURIA_MOLINA_AGUILERA01), revisado el 6 de febrero de 2013

<sup>96</sup> Laporte, Dominique, *op. cit.*, p.13

<sup>97</sup> Por ejemplo y dando un salto en la historia, cabe recordar que en el mundo contemporáneo la comunidad científica ha conjeturado que tanto la llamada influenza aviar como la llamada influenza porcina evolucionaron de virus presentes tanto en aves como en cerdos: una evolución propiciada, entre otras cosas, por el mismo manejo en la producción masiva de alimentos.

En el caso específico de los virus, los hallazgos científicos contemporáneos sugieren que ellos “coevolucionan” junto a sus organismos huéspedes. Esto es así porque los virus son una especie de “parásitos” intracelulares que requieren de la sobrevivencia de su huésped para sobrevivir (también se ha observado que cuando un virus se multiplica en su huésped original tiende a no provocarle la enfermedad o a que ésta se manifieste en forma atenuada).<sup>98</sup> Por esto no resulta descabellada la afirmación de que los primeros hombres que domesticaron a los animales fueron los primeros en caer víctimas de enfermedades, pero también fueron estos mismos los primeros en desarrollar resistencia e incluso inmunidad.

Esta paradoja parece operar en diferentes momentos de la historia de las epidemias. Por ejemplo, el registro más estudiado es el de la conquista de América por los europeos: “cuando aquellas personas parcialmente inmunes entraron en contacto con otras que no habían estado expuestas previamente a los gérmenes, el resultado fueron epidemias en las que murió hasta el 99 por 100 de la población no expuesta previamente. Los gérmenes adquiridos así [...] desempeñaron un papel decisivo en la conquista por los europeos de los indígenas.”<sup>99</sup> Para Jared Diamond la falta de inmunidad de los indígenas americanos puede deberse a que sus animales domesticados no constituyeron fuentes para la evolución de enfermedades masivas; caso contrario a los animales domesticados en Europa, en particular, la vaca y el cerdo. De modo que los pobladores de América no llegaron nunca a contraer ni a desarrollar resistencias previas a las enfermedades de las que los conquistadores eran portadores.

El episodio de la conquista constituye sólo un ejemplo de la forma en la que los gérmenes actuaron en la definición de grandes sucesos de la humanidad la cual fue desafiada constantemente por la presencia de estos patógenos. Su importancia es tal que el mismo autor los incluye como uno de los factores decisivos que definieron el curso de la historia moderna: junto al desarrollo de armas de fuego y herramientas, los europeos también obtuvieron ventaja porque adquirieron enfermedades infecciosas – y

---

<sup>98</sup> Estas observaciones han llevado a la conclusión de que muchos virus asociados con enfermedades contagiosas están en un constante proceso de adaptación a nuevos huéspedes, la cual, una vez lograda, hace que el virus no afecte al organismo que lo ha hospedado como una de sus principales estrategias de perpetuación y propagación.

<sup>99</sup> Diamond, Jared, *op. cit.*, p. 101

con ello ciertos grados de inmunidad – antes que otros pueblos con los que entraron en contacto.

En consecuencia, si bien la domesticación fue una de las condiciones para el origen y evolución de los gérmenes causantes de epidemias, por sí sola no da cuenta de la complejidad del problema. Volvemos a repetir, el factor principal radica en los patrones de vida derivados de los modelos sociales, políticos y culturales de cada época y sociedad, los cuales determinan la forma de relación y convivencia con los animales, así como el papel que ellos tienen en la transmisión de ciertos patógenos.<sup>100</sup>

Sin continuar una revisión exhaustiva de todos los casos registrados en la historia y dando un salto a nuestros días, podemos decir que las relaciones actuales entre seres humanos y animales se derivan de condiciones directamente vinculadas con los procesos de modernización desarrollados desde los comienzos de la Revolución Industrial y llevados a límites inimaginables en el mundo contemporáneo. Tales procesos han puesto en el horizonte nuevas problemáticas que derivan en el surgimiento de nuevos brotes epidémicos relacionados con los animales para el consumo o con aquello que sirven de vectores de transmisión. Más adelante nos detendremos otra vez en este problema y su relación con el desarrollo de nuevos brotes epidémicos de enfermedades antes desconocidas y de la reemergencia de otras. Ahora sólo recordamos que varios de estos brotes están relacionados directamente con las exigencias de producción masiva de alimentos que requieren de la cría intensiva en condiciones insalubres y de confinamiento.

Este es el caso de la epidemia de Influenza aviar (H5N1) que se desarrolló en Hong Kong en 1997, la cual estuvo asociada a la crianza y manejo industrial de pollos, uno de los principales consumos alimentarios en esta región. Otro caso, el que aquí nos ocupa, es el brote de Influenza en México en 2009, conocido por algunos como la influenza porcina, la cual estuvo relacionada también con las gigantescas granjas porcícolas transnacionales que se encuentran asentadas en la región.

---

<sup>100</sup> Como en la actualidad, en donde la influencia antropogénica ha llegado al punto de romper equilibrios biológicos fundamentales para la supervivencia de animales y de humanos, impactando su salud y afectando a unos y otros.

A lo largo de este capítulo continuaremos dando otros ejemplos específicos, pero no cabe duda que los patrones de vida social y económica están basados en una forma de relación con los animales. Un ejemplo es el deterioro ecológico que ha llevado a la pérdida del hábitat de algunas especies, las cuales si bien parecen no tener contacto cotidiano con los seres humanos tienen un papel fundamental en el equilibrio natural de las cadenas de relación entre los seres vivos. Otro fenómeno está basado en las nuevas tendencias económicas que coadyuvan al tráfico internacional de fauna silvestre entre regiones, permitiendo con ello el posible intercambio de patógenos antes desconocidos en ciertos lugares.<sup>101</sup>

En suma, a pesar de las transformaciones que se han producido en el tipo de contacto entre los seres humanos y los animales, éste sigue siendo un factor fundamental para el nuevo desarrollo de brotes epidémicos o para la reemergencia de enfermedades supuestamente superadas. Las enfermedades contagiosas de carácter masivo (y por supuesto las de transmisión viral) asociadas a los animales conllevan el carácter de riesgos manufacturados, pues no sólo se trata de patógenos a los que son susceptibles biológicamente ciertas especies animales, sino a la manipulación de la que son objeto por la misma actividad humana.

## **2.2 Efectos sociales, políticos y económicos de las epidemias**

Las enfermedades contagiosas masivas se encuentran registradas desde tiempos remotos. Ya la Biblia y el mismo Corán hacen referencia a los estragos causados por la lepra. En China los textos más antiguos que datan del siglo XII a.C. nos hablan de su aparición, cuando un antiguo gobernador de Anyang se preguntaba “¿Habrá este año pestilencia y muertes?”<sup>102</sup> En Egipto, la cabeza momificada de Ramsés V que murió en 1157 a.C., mostraba una erupción posiblemente provocada por la viruela.

---

<sup>101</sup> Tal es el caso del virus del Nilo que, originario de África, fue introducido a América del Norte en 1999 a través de mosquitos transportados por aviones y diseminado no sólo en Estados Unidos, sino que también en Canadá, América Central y parte de América del Sur.

<sup>102</sup> Mc Neill, William, *Plagas y pueblos*, España, Siglo XXI, 1984, p. 80

También conocemos algo del papel que han jugado las infecciones y epidemias en ciertos momentos cruciales de la historia política y económica de la antigüedad. Este es el caso del impacto que tuvo la peste en los resultados de las Guerras de Peloponeso en el 430 a.C., cuando Atenas y Esparta se enfrentaron por el control del Mediterráneo: una extraña enfermedad, ahora se sabe que fue una epidemia de fiebre tifoidea, acabó con un tercio de la población de Atenas la cual se vio asolada durante cuatro años. Los estragos se hicieron sentir en el ejército y en la población civil, provocando la reducción de las acciones militares por parte de Atenas en contra de su enemigo; lo anterior, junto a una creciente oposición hacia el mandato de Pericles, precipitó su destitución del cargo de estratega. Así pues, se dice que “la enfermedad marcó el final de la Edad de Pericles en Atenas [y] junto con la guerra con Esparta pudo haber acelerado el fin de la Edad Dorada en Grecia.”<sup>103</sup>

Otro tanto se observa con el Imperio Romano durante la llamada Plaga de Justiniano en 541 d.C., la cual provino de Etiopía mediante los contactos comerciales y las expediciones en búsqueda de oro en África. Los primeros focos de contagio fueron los puertos, en donde miles de mercancías eran descargadas diariamente. La peste arrasó la ciudad de Constantinopla en el año 542 durante cuatro meses, época en la que se llegó a una mortalidad sin precedentes que llegó a contabilizar “entre cinco y diez mil muertos diarios”<sup>104</sup> en los momentos más álgidos de su azote. Esta crisis sanitaria marcó el porvenir de una época y contribuyó a la caída de una civilización. El mismo contagio del emperador Justiniano, quien cayó presa de dicha enfermedad, permitió diversas invasiones bárbaras, por lo que fue éste “el último de los emperadores romanos, ya que después de la epidemia, el Imperio Romano de Oriente se desplomó. Sus sucesores fueron bizantinos y el griego reemplazó al latín como idioma oficial.”<sup>105</sup>

---

<sup>103</sup> Iglesias-Gamarra, Antonio, *et. al.*, “Historia de la autoinmunidad. Primera Parte. La inmunología ¿desde dónde y hacia dónde?”, *Revista Colombiana de Reumatología* [en línea], 2009, vol. 16, [http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-81232009000100002&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-81232009000100002&script=sci_arttext), revisado el 8 de febrero de 2013

<sup>104</sup> Fuentes, Pablo, “Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la Península Ibérica”, Universidad Complutense de Madrid, 1992 <http://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/viewFile/ELEM9292110009A/23583>, revisado el 7 de febrero de 2013, p. 16

<sup>105</sup> Pèrgola, Federico, “Miseria y Peste en la Edad Media ¿Estamos Frente a una Nueva Época Medieval?”, Buenos Aires, 2006, <http://www.ciencias.org.ar/user/files/Pergola.pdf>, revisado el 8 de febrero de 2013, p. 4

Los efectos económicos, políticos y sociales, resultado de los azotes epidémicos, se han presentado también en otras latitudes y épocas históricas. En la época medieval y en los albores de la era moderna, por ejemplo, se registra otro segmento importante cuando una verdadera catástrofe sanitaria afectó a toda Europa en varias ocasiones, debido a la peste negra, también conocida como peste bubónica. Esta enfermedad, causada por una bacteria propia de los roedores y que pasa de rata en rata a través de las pulgas, se transmite al hombre por la picadura de una pulga infectada (uno de los animales hematófagos arriba señalados). Se estima que la enfermedad tenía una altísima tasa de mortandad, alcanzando el 90 por ciento de los casos.

La peste bubónica (cuyas causas eran desconocidas en esa época) atacó a una población que carecía de defensas para combatirla. Llegó de Asia por la ruta de la seda, haciendo una escala primera en el sur de Italia al contagiar la ciudad de Sicilia en 1347, y diseminándose después a otras regiones. Sus efectos fueron devastadores, “parece (pues no existen estadísticas) que durante el verano del año 1348, entre los meses de junio y septiembre, sucumbió casi un tercio de la población europea.”<sup>106</sup> Los estudiosos señalan que los efectos de esta terrible enfermedad y sus posteriores rebrotes fueron paradójicos, pues sus efectos implicaron una tremenda baja demográfica que desencadenó una serie de fenómenos como “la caída de la producción de alimentos o el descenso de las rentas señoriales”<sup>107</sup> pero a la vez, propició el resquebrajamiento de las estructuras feudales y dio paso a una nueva forma de organización social y económica.

Y es que, como consecuencia de las altas tasas de mortalidad, la producción agraria se detuvo, los campos quedaron abandonados y frente a esto vinieron numerosas hambrunas. Las tierras de quienes disponían de grandes hectáreas no podían ser trabajadas debido a la carencia de mano de obra, hecho que generó una demanda elevada del trabajo de quienes no habían caído enfermos y no disponían de recursos (ni tierra ni equipamiento), lo que desencadenó un alza en los salarios y una mejora del bienestar material.

---

<sup>106</sup> Duby, Georges, *op. cit.*, p. 84

<sup>107</sup> Cf. “La Crisis del siglo XIV”, *El Historiador*, 2 de abril de 2013  
[http://www.elhistoriador.com.ar/aula/medieval/crisis\\_xiv.php](http://www.elhistoriador.com.ar/aula/medieval/crisis_xiv.php)

La creciente valoración de la mano de obra permitió una producción más eficiente y una organización distinta del trabajo además de que el incremento en las ganancias obtenidas generó transformaciones en el consumo pues el excedente económico permitió disponer de mayores bienes. Por otro lado, las clases altas y las élites atestiguaban la caída de sus rentas señoriales, el reparto de sus tierras y la transformación de sus lujosos modos de vida.

Así, los historiadores señalan que estos estragos provocados por la peste fueron paradójicos porque el desastre demográfico contribuyó a dar un giro abrupto en el desarrollo civilizatorio, al propiciar mejoras en las condiciones de vida y contribuir al resquebrajamiento de la estructura económica del feudalismo:

La Peste Negra aceleró la evolución y transformación de la sociedad y la civilización europeas medievales hacia su forma histórica moderna. Al generar un gran déficit de mano de obra impulsó la modernización económica, tecnológica, social y administrativa, que halló su expresión en una cultura más secular y urbana asociada al Renacimiento. También aceleró el hundimiento de las estructuras y mentalidades económicas feudales y la aparición de una dinámica económica de mercado preponderantemente capitalista y de las actitudes y mentalidades innovadoras que la acompañaron.<sup>108</sup>

La peste negra no es la única epidemia que ha tenido efectos de largo alcance en la historia de la humanidad. Antes se mencionaron las enfermedades que se propagaron durante el tiempo de la conquista de América, las cuales jugaron un papel crucial no sólo para el sometimiento de sus pobladores, sino para una reconfiguración geopolítica y cultural mundial que alcanza hasta nuestros días.<sup>109</sup>

Como se sabe, los barcos españoles que comenzaron a llegar a partir de 1493 al continente no sólo transportaban personas, armas, animales y plantas. También eran portadores de microorganismos patógenos que resultaron extremadamente nocivos para la población del “nuevo mundo”, al grado de generar una de las mayores catástrofes sanitarias registradas. Enfermedades virales y por bacterias –como la viruela, principalmente, pero también el sarampión, la gripe, la neumonía, el tifus, el cólera y la fiebre amarilla– fueron introducidas en el continente americano, en donde

---

<sup>108</sup> Benedictow, Ole, *La Peste Negra, 1346-1353. La Historia Completa*, Madrid, Editorial Akal, 2011, p. 521

<sup>109</sup> Pues es posible que sin estas epidemias se hubiera escrito otra historia para el continente americano.

eran prácticamente inexistentes. De tal magnitud fue el daño, que es posible que ni el cañón, ni los arcabuces, hayan sido los factores decisivos para que un grupo reducido de extranjeros diezmará a la población, sino la muerte de miles de nativos, indefensos desde el punto de vista inmunológico.

Concretamente en México, la viruela que fue introducida por un esclavo de Pánfilo de Narváez en 1520, desembarcado en Veracruz proveniente de la Cuba española, fue la enfermedad más letal presentando una cadena de transmisión bastante interesante: “la viruela ayudó primero a los mexicas, porque los tlaxcaltecas y cempoaltecas que ayudaron a los castellanos ya venían contagiados, pero no lo supieron, y lucharon estando enfermos, lo cual, en buena parte hizo que perdieran la batalla, haciendo huir a Cortés en su 'Noche Triste’.”<sup>110</sup> A su vez, los mexicas contrajeron la enfermedad, de tal suerte que cuando Cortés regresó con aliados a tomar México-Tenochtitlán, encontraron una ciudad casi despoblada en donde casi la mitad de los aztecas, incluido el emperador Cuitláhuac, había muerto. Se sabe que en 1531 se dio una segunda epidemia y así posteriores rebrotes de la enfermedad acaecieron en 1545, 1564 y 1576.<sup>111</sup>

Se calcula que en 1518 la población ascendía a 25.2 millones en el país, disminuyendo a 6.3 millones en 1548, alcanzando un punto crítico en 1605 con 1 millón de personas.<sup>112</sup> Este drama demográfico no podría ser entendido sin la viruela que azotó la región y sin las patologías posteriores que se sumaron al cuadro de enfermedades contraídas a partir de la llegada de los españoles. El “teozáhuatl” (grano divino), como llamaron los mexicas a la viruela, tuvo consecuencias no sólo físicas sino psicológicas. No sólo enfrentaban un padecimiento desconocido, sino que además, éste parecía ser selectivo ya que atacaba únicamente a los nativos quienes deducían que sus dioses, molestos, los habían abandonado. El efecto desmoralizador que devino al ver favorecidos a los invasores, quienes no caían enfermos, resultó devastador.

---

<sup>110</sup> Malvido, Elsa, *La población, siglos XVI al XX*, México, UNAM/Océano, 2006, p. 34

<sup>111</sup> Cartwright, Frederick, *op.cit.*, p. 59

<sup>112</sup> Borah, Woodrow, “Conquest and Population: A Demographic Approach to Mexican History”, en *American Philophical Society*, 1969, en <http://f11.middlebury.edu/ECON0224A/borah69.pdf>, revisado el 8 de febrero de 2013

Durante los siglos subsecuentes diversos brotes siguieron apareciendo en diferentes latitudes del mundo, tal es el caso de la Gran plaga de Londres en 1666 que terminó con la vida de 100,000 personas en dicha ciudad y la plaga registrada en Viena en 1670, ambas causadas por la peste bubónica, y las cuales no sólo causaron grandes bajas demográficas sino que fueron la causa de una disminución dramática en las exportaciones y afectaron, en general, al comercio.

Como se verá más adelante en una tabla de registro<sup>113</sup> de epidemias modernas, también el siglo XX y lo que va del XXI han sido testigos de importantes brotes causados por bacterias y virus (la mayoría asociados a las dinámicas sociales como las guerras, las hambrunas o las modificaciones ambientales), con diversos tipos de efectos, por supuesto primeramente demográficos. Un ejemplo es la pandemia de influenza de 1918 considerada como la “primera pandemia del mundo globalizado” y la primera del siglo XX. Conocida como “gripe española” (mal llamada así por ser España el único país en darle atención mediática), o “muerte púrpura” (“peste roja” en México) su aparición se da en el marco de la Primera Guerra Mundial, causando más muertes que este enfrentamiento. Se estima que perecieron de 40 a 60 millones de personas en todo el mundo a causa de dicha patología, es decir, de 25 a 30 por ciento de la población mundial:<sup>114</sup>

Esta pandemia constituyó tal vez una de las mayores crisis, en materia sanitaria, que sufrió la humanidad por el costo en vidas y por el impacto que tuvo en diversas esferas de la vida cotidiana. En Estados Unidos, país que se vio particularmente afectado por este virus, se registraron diversos efectos económicos derivados del creciente ausentismo laboral que llegó a reducir la producción en minas de carbón y en plantas industriales. Además de afectar sectores productivos como en Estados Unidos en donde el virus se diseminó en granjas de cerdos.<sup>115</sup> En México, este virus también tuvo repercusiones teniendo efectos sociales y económicos que se produjeron tras el cierre de escuelas, empresas e instituciones públicas.

---

<sup>113</sup> Ver en este capítulo: “La paradoja moderna: progreso sanitario e incertidumbre”

<sup>114</sup> BBC, “The bird flu that killed 40 million”, 2005, <http://news.bbc.co.uk/2/hi/health/4350050.stm>, revisado el 10 de febrero 2013

<sup>115</sup> Garrett, Thomas, “Pandemic Economics: The 1918 Influenza and Its Modern-Day Implications”, 2008, en <http://research.stlouisfed.org/publications/review/08/03/Garrett.pdf>, revisado el 13 de marzo de 2013

En 1991, se calcula que una epidemia de cólera en Perú generó pérdidas por \$770 millones en comercio y turismo. Y en 1994, en la India, una epidemia de peste produjo pérdidas por \$1700 millones en dichos rubros.<sup>116</sup>

Tampoco aquí podemos hacer un recuento de los efectos sociales, políticos y económicos de cada una de las epidemias que se han presentado a lo largo de la historia. Sólo para ubicarnos en nuestro tiempo recordamos que en el mismo siglo XX aparecen nuevas enfermedades totalmente desconocidas con efectos hasta la fecha en proceso de evaluación. Una de ellas de naturaleza pandémica ha tenido un significativo impacto no sólo a nivel de la salud pública, sino en los mismos valores y comportamientos asociados a las relaciones sociales y humanas: el SIDA.

Este virus (que, como se ha dicho, parece tener un origen animal) ha ocasionado la muerte de alrededor de 25 millones de personas en el mundo, desde su detección en 1981, y ha logrado evolucionar a tal grado que ha presentado más ciclos de réplicas virales que la propia influenza.<sup>117</sup> Esta enfermedad ha acarreado diversos efectos que impactan en la esfera económica y social pues, al golpear con más fuerza a los sectores más pobres de la sociedad, se tienen que afrontar altos gastos sanitarios que implican una pérdida de ingresos, hecho que provoca que “las familias recurran a diversas estrategias de 'afrontamiento' que a la larga tienen efectos negativos, como la emigración, el trabajo infantil, la venta de bienes y el gasto de los ahorros”.<sup>118</sup> Además, se reconoce que “los efectos acumulativos de la epidemia podrían tener consecuencias catastróficas en el crecimiento económico a largo plazo y menoscabar gravemente las perspectivas de reducir la pobreza [...]. Varios estudios nacionales indican que la epidemia de VIH/SIDA recorta el producto interno bruto (PIB) un 1% aproximadamente”.<sup>119</sup>

---

<sup>116</sup> OMS, *Informe sobre las enfermedades infecciosas. Eliminar obstáculos al desarrollo saludable*, 1991, <http://www.who.int/infectious-disease-report/idr99-spanish/pages/textonly.html>, revisado el 28 de abril de 2013

<sup>117</sup> Milenio Diario, “El sida ha causado la muerte de 25 millones de personas: UNAM”, México, 2009, <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8682520>, revisado el 16 de febrero de 2013.

<sup>118</sup> OMS, *Informe sobre la salud en el mundo 2004. Cambiemos el rumbo de la historia*, 2004, en <http://www.who.int/whr/2004/chapter1/es/index4.html>, revisado el 3 de abril de 2013

<sup>119</sup> *Ibidem*

Otras enfermedades contagiosas de carácter masivo que han tenido impactos sociales y económicos en el siglo XXI son la epidemia de SARS en 2003, la gripe aviar de 2005 y la influenza de 2009, motivo de esta reflexión, las cuales tuvieron como parte de uno de sus efectos el cierre de fronteras y la parálisis de actividades productivas y relaciones comerciales. Ya es conocido el impacto en la producción avícola y de huevo que resulta de sacrificar millones de aves contagiadas o que están en riesgo de contagio: encarecimiento, inflación en los precios de estos productos dentro del mercado interno, así como pérdidas enormes en los precios de exportación. En el capítulo dedicado a la influenza AH1N hablaremos más en detalle del asunto. Por lo pronto cabe mencionar que su asociación con la cría intensiva de puercos disminuyó el consumo de su carne y de productos derivados, además de provocar el sacrificio de miles de estos animales en países como Egipto en donde se ordenara dicha acción con el fin de evitar un posible brote en el país. Estos fenómenos se dieron, a pesar de la reiterada información vertida que señalaba que el consumo de carne de cerdo no implicaba riesgos.

En estas y otras coyunturas históricas, la vida social y económica sufren grandes perturbaciones, porque además de que las epidemias tienen efectos demográficos, económicos y políticos, cuando amenazan con asolar una población o a una sociedad entera tienen el poder de generar periodos de incertidumbre y miedos generalizados que surgen como reacciones naturales ante la toma de conciencia de un peligro. Inmersas en estos periodos, las sociedades advierten el desarrollo de comportamientos colectivos encaminados a lidiar con la angustia y el temor que provoca la posibilidad de sucumbir, víctimas de extrañas enfermedades. Tales sentimientos, representaciones y comportamientos colectivos están condicionados por las pautas culturales que operan en cada ocasión;<sup>120</sup> las cuales, en el marco de las condiciones económicas y sociales prevalecientes, influyen en el tipo de respuesta que se considera como más adecuada. A continuación mencionamos algunas de estas respuestas.

---

<sup>120</sup> Para retomar los señalamientos de Mary Douglas expuestos en el primer capítulo

### 2.3 Respuestas sociales frente al riesgo

Para comprender los comportamientos colectivos que se desarrollan durante los brotes epidémicos volvemos a señalar que la irrupción de un peligro que amenaza la misma existencia –y el cual somete a las personas a una red compleja de sentimientos y estados de alerta sostenidos–, trastoca las estructuras de la vida cotidiana y la sensibilidad generando una serie de reacciones diversas. De la misma manera como hemos procedido antes, tomamos de ejemplo algunos pasajes de la historia en donde las enfermedades infecciosas asolaron regiones enteras y volvieron presas del miedo y la ansiedad a sociedades enteras.

Deteniéndonos en el mismo arco histórico que hemos manejado desde el inicio (Edad Media y Renacimiento) podemos ver que el mejor ejemplo proviene de los episodios de las pestes que azotaron Europa durante los siglos XIV y XVIII principalmente. Se trata de episodios que asolaron con furia a poblaciones enteras por largos periodos de tiempo, dejando a su paso miles de muertos, para luego retroceder y volver a aparecer años después. El azote de la peste bubónica nos permite ver cómo las estructuras sensibles y los comportamientos colectivos se transforman radicalmente. El siguiente pasaje que nos ubica en Milán durante 1630, nos hace llegar el horror provocado por una de las más terribles enfermedades en la historia de la humanidad,

Los 'vapores malignos' salen de las casas donde se pudren los cadáveres y se alzan de las calles llenas de colchones, de mantas, de ropas de cama, de harapos y de toda clase de porquerías corrompidas. Las tumbas llenas de cadáveres muestran cuerpos monstruosos, unos hinchados y negros como el carbón, otros también hinchados, azules, violáceos y amarillos, todos hediondos y reventados, con los rastros de la sangre podrida.<sup>121</sup>

Como sucede en cada momento histórico, los conocimientos, las creencias y mentalidades imperantes juegan un papel capital en la explicación de tales males. Así podemos ver que en estas épocas el origen de la peste se llega a explicar por medio de la acción de un dios colérico, un castigo divino venido del cielo. La iconografía de los siglos XV y XVI asimiló la peste como un ataque provocado por flechas lanzadas desde el cielo (los artistas de la época así lo representan): un ataque inesperado del que nadie

---

<sup>121</sup> C. Carrière, "Marseille, ville morte", en Delumau, Jean, *Historia del miedo en occidente*, Madrid, Taurus, 1989, p. 160

podía escapar. En este sentido podríamos afirmar que la peste comportó varias de las características que Luhmann define para la noción misma de peligro, a saber, que su causa es externa. Es decir, para las creencias del momento, si bien los actos humanos eran responsables de la cólera divina, ellos no intervenían en su surgimiento: se trata de una muerte súbita provocada por una flecha divina, fulminante.

La impresión de no poder hacer nada ante un mal terrible cimbra el comportamiento colectivo e individual, más aún cuando se desconoce su origen y cura. Ayer como hoy, el enfrentamiento con lo desconocido empuja a los seres humanos y sus sociedades a explorar diversas interpretaciones que intentan explicar las causas y, a partir de esto, desplegar acciones con capacidad para detener el avance de tan temidas enfermedades. No hay duda que en este marco, las explicaciones y prácticas se desarrollan en medio de sentimientos de ansiedad, ese miedo difuso y sin objeto que inunda todo el espectro de posibilidades.

En el periodo que se toma de ilustración, el desconocimiento de la procedencia de la amenaza y la razón por la cual la gente caía enferma, hace que los episodios de peste envuelvan en el caos a sociedades enteras. En tales situaciones se dispara una suerte de mecanismos orientados a determinar las supuestas causas de la enfermedad, los cuales además de canalizar la incertidumbre y el miedo posibilitan ciertos cursos de acción relacionados con las creencias y conocimientos prevalecientes. Como señalan los estudiosos tales mecanismos tienen la función de objetivar la angustia, pero también dan paso a una serie de fenómenos complejos en el plano de la coexistencia social.<sup>122</sup>

### **2.3.1 Las explicaciones como armas psicológicas**

Uno de estos mecanismos refiere a la manera como las explicaciones sobre la enfermedad se convierten en verdaderas armas psicológicas que guían los comportamientos colectivos. En este sentido, la percepción e interpretación de los riesgos y peligros está fuertemente condicionada por el tipo de información que ofrece el marco de conocimiento disponible, y la cual es difundida por los agentes legitimados en cada sociedad y en cada momento histórico. Por ejemplo, y como se señaló antes,

---

<sup>122</sup> Como señala Mary Douglas, la percepción del riesgo es ambigua y subjetiva, y es influida por diferentes agentes sociales. Cf. Capítulo 1.

en el caso de las pestes medievales fue la iglesia uno de los agentes encargados de reafirmar la creencia de que la enfermedad era producto de un castigo divino por las malas acciones. Esta furia de un dios que, como está escrito bíblicamente puede castigar a la humanidad, dio pie al reforzamiento de visiones apocalípticas ante las cuales no había capacidad y voluntad humana para revertir el desastre.

Pero las autoridades religiosas no fueron los únicos agentes sociales con fuerte influencia sobre la población. Los científicos y médicos de la época, como en otros momentos asolados por epidemias, jugarán un papel central. Por ejemplo, la Facultad de Medicina de París, en 1350, daba la siguiente explicación respecto a la Peste Negra: “la causa lejana y primera ha sido y lo es aún alguna constelación celeste [...], la cual conjunción, con otras conjunciones y eclipses, causa real de la corrupción absolutamente mortal del aire que nos rodea, presagia la mortandad y el hambre.”<sup>123</sup> Si la comunidad científica de la época imputa la terrible enfermedad al aire viciado y a los astros, resulta lógico que se tomasen precauciones muy específicas (ahora sabemos que inútiles), como el uso de perfumes para desinfectar personas, hacer hogueras en las ciudades infectadas o el uso de una máscara en forma de cabeza de pájaro cuyo pico contenía sustancias aromáticas. Disposiciones que no tenían ningún impacto real ya que no alteraban en nada la supervivencia de los transmisores por excelencia de la enfermedad, es decir, las pulgas y las ratas.

Otra causa señalada serán las emanaciones venidas del suelo provocadas por los cadáveres no enterrados, por lo que había que eliminar los cuerpos y aislar a los enfermos: de hecho la palabra “cuarentena” surge en este contexto ya que, a finales del siglo XIV, en el puerto de Ragusa, el aislamiento por un periodo de cuarenta días era obligatorio para quienes provenían de zonas infectadas. Pero se establece también otra disposición, la de matar a los animales sospechosos. Aquí se expresa claramente la intuición sobre el papel de los animales transmisores en el surgimiento y propagación de las enfermedades que más arriba hemos señalado. Pero resulta paradójico que no se ponga atención precisamente en las ropas y casas infestadas de pulgas o en las ratas que pululan por todos lados y que, por el contrario, los animales considerados peligrosos sean aquellos que no tienen pulgas, tal es el caso del caballo.

---

<sup>123</sup> M. Mollat, “Genèse médiévale”, en Delumau, Jean, *op. cit.*, p. 167

Por otro lado, no hay duda que un factor ligado directamente con las enfermedades contagiosas refiere a las maneras como es considerado el cuerpo y las creencias y prácticas asociadas a su prevención e higiene. En el caso de la peste y otras enfermedades padecidas durante el periodo señalado, el surgimiento y tratamiento de la enfermedad están asociados a una imagen específica del cuerpo.

Los consejos emitidos por las autoridades, y circulados también dentro de la opinión general eran contrarios al baño: el agua, sobre todo la caliente, no sólo se infiltra en el cuerpo, los poros se abren dejando el paso libre a toda clase de invasiones externas. Con mayor razón en caso de enfermedad: vuelve vulnerables a hombres y mujeres ante un aire infectado que puede penetrar con mayor facilidad. Estamos ante la idea de un cuerpo penetrable, en el que el agua y el calor hacen que el mal pueda contagiarse sin impedimentos. De ahí que desde el siglo XV, sobre todo en tiempos de peste, se proscriban los baños públicos y se afirmara que el baño “fuera de la utilización médica en caso de imperiosa necesidad, es no sólo superfluo, sino también muy dañino para los hombres (...). El baño extermina el cuerpo y lo vuelve sensible a la impresión de las malas cualidades del aire”.<sup>124</sup> Independientemente de la eficacia de todas estas medidas, todas ellas juegan el papel de poderosas armas psicológicas que guían los comportamientos y fungen como mecanismos para tratar de disminuir la ansiedad de las poblaciones.

De nueva cuenta dejamos hasta aquí las ilustraciones históricas para señalar que por supuesto las explicaciones y creencias sobre las enfermedades y epidemias han ido cambiando con el tiempo.<sup>125</sup> Los pocos episodios señalados tienen el propósito de ilustrar una de las tesis centrales de este trabajo que aquí se presenta: reiteramos, cuando se experimenta una falta absoluta de control, las poblaciones se hunden en la ansiedad, la angustia y el miedo, y se orientan a buscar salidas para tales estados. Esto es uno de los mecanismos que prevalecen hasta la actualidad, sobre todo tratándose de los virus, los cuales hasta la fecha siguen siendo un desafío en cuanto a su

---

<sup>124</sup> Vigarello, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 27

<sup>125</sup> Ver en este capítulo “La paradoja de la modernidad”

capacidad de mutación y combate (hablaremos más de ello en el rubro correspondiente).<sup>126</sup>

Además, cuando los peligros traspasan a la sociedad entera, “sus fronteras, su orden y sus valores”;<sup>127</sup> cuando se desbaratan todos los esquemas de seguridad necesarios para la supervivencia y sumergen a capas enteras de la población en una inseguridad ontológica tal,<sup>128</sup> se dispara otro de los de los mecanismos fundamentales para soportarla: identificar algún objeto, situación o persona sobre el cual se puedan depositar y canalizar tales sentimientos, de tal forma que se puedan delinear espacios para la pérdida de capacidad de acción.

Estos complejos mecanismos de identificación tienen en los llamados chivos expiatorios una de las principales formas para encontrar salidas a la ansiedad producida por esa inseguridad ontológica en que se hunden las poblaciones cuando su supervivencia se ve amenazada.

### **2.3.2 Identificando a los culpables**

Para los estudiosos, la fabricación de culpables o chivos expiatorios es uno de los fenómenos enmarcados en los problemas que tienen que ver con el contacto y la convivencia con grupos o culturas que son ajenos o diferentes a los propios marcos de pertenencia. Si bien en la historia de la humanidad no son críticamente conflictivas todas las experiencias de convivencia y contacto con grupos y culturas diferentes, lo cierto es que cuando un grupo, comunidad o sociedad se ve inmersa en una situación problemática, aquellos que son percibidos como extraños tienden a despertar toda clase de sentimientos generalmente negativos. Se les percibe como un Otro que, al no ensamblar y pertenecer al propio “orden de familiaridad” (ese que dota de sentido a nuestras vidas), puede ser portador de toda clase de daños, la más de las veces ocasionados voluntariamente. Incluso su sola presencia puede volverse monstruosa,<sup>129</sup>

---

<sup>126</sup> Ver en este capítulo “Resistencia a los antimicrobianos”

<sup>127</sup> Retomamos los señalamientos de Zinn Jens, “A comparison of Sociological Theorizing on Risk and Uncertainty”, *op. cit.*, mencionados en el capítulo anterior.

<sup>128</sup> Cf. Capítulo 1 para el concepto de seguridad ontológica

<sup>129</sup> “La monstruosidad se presenta cuando personas y comunidades tienen que relacionarse con realidades que de suyo no le pertenecen y las perturban hasta romper con todo sentido de lo que creían y sentían como posible de darse. La manera altamente corrosiva que inunda este tipo de experiencia

al poner en duda las estructuras que definen la existencia y las reglas de un grupo social, al contravenir críticamente aquello que se cree es lo natural, lo normal o lo correcto; de ahí que los ajenos tiendan a generar aversión o causen miedo.

Lo anterior se magnifica cuando los miembros de un grupo, comunidad o sociedad se encuentran involucrados en situaciones de excepción que ponen en riesgo su sobrevivencia, tal y como el caso que aquí nos ocupa, el de las epidemias. En circunstancias tan agobiantes que llevan a la pérdida de seguridad ontológica y el riesgo de muerte se manifiesta como fenómeno recurrente: buscar culpables en aquellos que por su calidad de extraños, ajenos y sospechosos, son motivo de amenaza, sospecha y descrédito; los cuales se llegan a convertir, a los ojos de una población angustiada, en monstruos capaces de ocasionar toda clase de daños. En la época en la que las enfermedades masivas asolaron Europa, por ejemplo, la creencia más extendida era que la enfermedad provenía de una “nube devoradora venida del extranjero”.<sup>130</sup>

Como veremos en un siguiente capítulo (dedicado al brote de influenza A(H1N1) en México), este fenómeno parece mantenerse también como una constante general en el mundo contemporáneo. Por lo pronto cabe señalar que tal imputación de monstruosidad culpable se encuentra rodeada por diferencias ideológicas, religiosas, culturales, políticas y económicas. De ahí que el sujeto percibido como amenaza no sólo sea el extranjero, el que viene de fuera, también puede encontrarse dentro de grupos ubicados en la misma sociedad, los cuales, por diferentes motivos, se han convertido en objeto de aprehensión e incluso odio. Los momentos de emergencia biológica y sanitaria se convierten de esta manera en el marco ideal para que se pongan en operación los prejuicios y estereotipos establecidos. En tales circunstancias los sujetos percibidos como sospechosos y, por tanto, peligrosos, se convierten en los mejores candidatos para imputarles la causa de tales males.

Tomemos el antecedente de la epidemia de lepra (ésta, causada por una bacteria) que precedió a la aparición de la peste en Europa en el siglo XIV. Como se sabe, en

---

sigue intoxicando la mayoría de las relaciones de socialidad”. Cf. León, Emma, *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana*, España, Sequitur-UNAM, 2011, p. 65

<sup>130</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 135

esta época las ciudades medievales también estaban pobladas por asentamientos de grupos pertenecientes a diferentes culturas y regiones. Cuando surgió el brote de peste, y en el marco de la angustia generalizada, una de las explicaciones que cobraron sentido radicó en señalar dentro de tales grupos a “sembradores” de la enfermedad que envenenaban las fuentes y los pozos, con el fin de enfermar a los sanos. Así, el *locus* fue imputado a grupos humanos que, aunque ya eran conocidos, se les consideraba ajenos, y/o ya cargaban con una serie de estigmas negativos desde la antigüedad. Se trata precisamente de los judíos, quienes supuestamente pagaban a los leprosos para propagar la enfermedad. Sobre ellos recayeron los más crueles castigos los cuales iban desde la segregación hasta la muerte. Un cronista anónimo cuyo relato se escribió entre los años 1321 y 1328 en Francia, escribe:

Se decía que los judíos eran cómplices de los leprosos en este crimen: y por eso muchos de ellos fueron quemados junto a los leprosos. El populacho se tomaba la justicia por su mano, sin llamar al preboste ni al bailío: encerraban a la gente en su casa, junto con el ganado y los muebles, y los quemaban.<sup>131</sup>

El hecho de someter a judíos y leprosos a cruentas torturas para confesar sus crímenes, y una vez confesos, quemarlos, confirma su calidad de monstruos peligrosos: su culpabilidad no sólo consiste en participar en el envenenamiento del agua. Ambos grupos son catalogados de impuros, sea porque los leprosos son portadores de una enfermedad estigmatizada, o porque los judíos son infieles que se declaran contrarios a la verdadera religión, renegando de la fe y, supuestamente, haber pisado la cruz. En los registros de la época “se entrevé el temor suscitado por el mundo desconocido y amenazador que había más allá de los límites de la cristiandad. Cualquier acontecimiento inquietante o incomprensible era atribuido a las maquinaciones de los infieles”.<sup>132</sup>

La identidad monstruosa, nos dice Emma León, representa “una negación absoluta de todo el sentido de la vida, la naturaleza, la humanidad”,<sup>133</sup> que puede establecerse a partir de prácticas, formas de vivir y hasta de la apariencia física, consideradas

---

<sup>131</sup> Ginzburg, Carlo, *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, España, Muchnik editores, 1991, p. 43

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 59

<sup>133</sup> León, Emma, “El Monstruo”, en León, Emma (editora), *Los rostros del Otro: reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, España, Anthopos-UNAM, 2009, p. 67

peligrosas porque pueden contaminar el orden natural y normal. En el ejemplo anterior, tanto leprosos como judíos cumplen con estos criterios por diferentes razones: la deformación física de los primeros que prácticamente disuelve su aspecto humano y, en el caso de los judíos, sus supuestos crímenes religiosos se convierten en la mejor prueba de su culpabilidad y capacidad para provocar otra enfermedad tan terrible como ellos mismos.

Pero éstos no son los únicos chivos expiatorios que se designan durante los diversos episodios de peste. Como en otros momentos de la historia se ponen en la mira a otros grupos sociales y personas para atribuirles la causa de las enfermedades, sobre todo las contagiosas. Como se dijo antes, entre los favoritos a ser responsables se encuentran los venidos de fuera. Así, en la época de la peste bubónica, las ciudades medievales cierran sus puertas para impedir la entrada de extranjeros, pues su presencia resulta ser una amenaza directa. También los pueblos vecinos de los lugares azotados por las epidemias rechazan todo tipo de comunicación y comercio; tal y como sucedió en Barcelona, cuando fue atacada por la peste en 1546, en donde “el Consejo de Ciento envía una flota a Mallorca para obtener un hipotético abastecimiento, pero esta flota se ve rechazada a cañonazos”.<sup>134</sup> Quienes intentaban huir de sus ciudades a causa del padecimiento, eran recibidos con desprecio y desconfianza. Incluso se llegaba a amenazar con quemar lugares a quien osase salir de su ciudad infectada.

Los prejuicios ideológicos, económicos y políticos que influyen en el miedo al contagio, así como este “cierre de puertas”, también se llegan a expresar entre sociedades completas. Las imputaciones de monstruosidad e incluso prácticas que pueden llevar a la aniquilación recaen sobre sociedades estigmatizadas, las que se les desprecia o que están en condiciones de desigualdad. Una muestra nos la ofrece el siguiente relato:

En 1596-1599, los españoles del norte de la península Ibérica están convencidos del origen flamenco de la epidemia que les asalta. Creen que ha sido traída por navíos procedentes de los Países Bajos. En Lorena, en 1627, la peste es calificada de 'húngara' y en 1636 de 'sueca'; en Toulouse, en 1630, se habla de la 'peste de Milán' [...] En Chipre, durante la Peste Negra, los cristianos acabaron con los esclavos musulmanes. En Rusia, [...] culpaban a los tártaros [...] los ingleses se mostraron unánimes en

---

<sup>134</sup> Vigarello, Georges, *op. cit.*, p. 19

acusar a los holandeses, con los que Inglaterra estaba entonces en guerra.<sup>135</sup>

Pero esta designación de culpables con la que se pretende objetivar la angustia y hacerla manejable (fuera o dentro de la comunidad o de la sociedad de pertenencia) no surge de la nada. Para que sea posible se requiere que toda una colectividad se involucre y en este terreno cobra importancia la invención y propagación de rumores encaminados a darle peso a las creencias establecidas. *Los rumores* se convierten de esta manera en otro factor asociado a la producción y difusión de herramientas explicativas para causas que desconocemos. En el periodo histórico que nos sirve de apoyo, por ejemplo, entre los rumores esparcidos están aquellos donde la gente de ciudades diversas aseguraba haber visto venenos poderosos untados en puertas y murallas, por tal motivo, miles de personas fueron acusadas de diseminar la peste a causa de mínimas sospechas.

El mecanismo de designación de culpables, ligado con identidades sociales diferentes, tiende a generalizarse en diferentes momentos de la historia de las enfermedades infectocontagiosas masivas. Como en el caso de los leprosos y judíos, arriba señalado, no sólo los extranjeros o los pertenecientes a otros espacios sociales se vuelven blanco de las acusaciones. La difusión y ambigüedad de la angustia es tan grande, y muchas veces los esfuerzos para detectar las causas son tan infructuosos, que la búsqueda de chivos expiatorios termina contaminando el tejido social, convirtiendo a cualquier miembro de la sociedad, conocido o desconocido, cercano o lejano en sujeto sospechoso y amenazante. Los “sembradores” pueden ser cualquier habitante, más aún cuando está involucrado en conflictos doctrinarios, habitacionales, comerciales, sentimentales o de otra clase.

Como hemos venido procediendo con los rubros anteriores, podemos señalar que estos procesos de búsqueda para encontrar el equilibrio perdido y recobrar “la seguridad ontológica” no atañen a momentos particulares del pasado. Forman parte de experiencias de miedo e incertidumbre que llegan hasta nuestros días, provocadas por enfermedades contagiosas masivas, sobre todo cuando su causa nos es desconocida o no sabemos cómo combatirlas (como en el caso de muchas enfermedades virales).

---

<sup>135</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.* p. 171

El último capítulo de esta reflexión se dedicará precisamente a presentar algunos alcances sobre la forma como se expresaron tales mecanismos de fabricación de culpables y el papel de los rumores en el brote de influenza A(H1N1) en México. Por lo pronto es necesario dejar asentado que estos dos aspectos tienen un papel fundamental para las sociedades que han perdido certidumbre en su vida cotidiana y se encuentran en terrenos frágiles e inciertos, en los cuales su propia supervivencia y la de aquellos que aprecian peligran. Así, mientras la fabricación de culpables permite convertir la angustia difusa en un miedo con objeto identificado, “el rumor aparece como la confesión y la explicitación de [esa] angustia generalizada y, al mismo tiempo, como el primer estadio del proceso de liberación que provisionalmente va a liberar a la multitud de su miedo”. Ambos son mecanismos de identificación “de una amenaza y clarificación de una situación que se ha vuelto insoportable.”<sup>136</sup>

### **2.3.3 La cotidianeidad trastocada**

Las respuestas sociales que se producen por la presencia de enfermedades contagiosas masivas peligrosas no sólo disparan mecanismos de búsqueda sobre sus posibles causas (los cuales se traducen en el manejo de las creencias y conocimientos disponibles, en la fabricación de culpables y la diseminación de rumores); sino que pueden llegar a trastornar amplias zonas de la vida personal, familiar y colectiva. La percepción del riesgo y el temor correspondiente, más allá de la magnitud real y objetiva del daño, altera todos los comportamientos, hábitos y costumbres que se desarrollan en diferentes espacios de la vida cotidiana. Los lazos sociales y las prácticas sufren impactos tan profundos que vulneran todavía más los más básicos principios de convivencia. La incertidumbre se convierte en la atmósfera general y en una condición de vida de la que nadie puede escaparse.

Como en tiempos de la peste, las ciudades azotadas por una epidemia tienden a transformarse en una especie de ciudades fantasma en las que se aprecia la detención de la vida urbana (como señalamos para los periodos aludidos, se interrumpió el comercio, las actividades artesanales, se prohibieron todo tipo de diversiones, las calles

---

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 223

se encontraban desiertas. También se prohibieron todo tipo de diversiones, las calles e iglesias se vaciaron y se convirtieron en postales recurrentes).

Es común que en tales situaciones, el miedo vaya impregnando la atmósfera y hombres y mujeres procuren evitar todo contacto; se apartan unos de otros por el temor al contagio. Sin duda, la desconfianza se vuelve recíproca. Los saludos se otorgan con la debida distancia y hay quienes pueden recurrir a la violencia física para detener a cualquiera que sea objeto de sospecha.<sup>137</sup> Todo parece indicar que operan los mismos fenómenos desarrollados durante las pestes medievales en donde “los contactos se van limitando de manera progresiva, ciertos lugares quedan aislados o condenados [...] los notarios no pueden acercarse a las casas contaminadas; los testamentos se dictan a distancia ante testigos y desde lo alto de los balcones”.<sup>138</sup>

Incluso los propios parientes se apartan de aquellos hijos o familiares que han caído enfermos, los médicos no se acercan a los enfermos si no es con las debidas precauciones (como ya señalamos, durante la peste los médicos se rociaban de vinagre y usaban máscaras con perfume). Ya no hay espacio para la compañía personal que da consuelo y los mismos guías espirituales modifican su prácticas y oficios (los curas absolvían y confesaban a la distancia). No hay duda que en tiempos de epidemias con efectos devastadores y con altísimos grados de temor y angustia por el contagio, “las relaciones humanas [quedan] totalmente alteradas: precisamente en el momento en el que la necesidad de los otros se vuelve más imperiosa [...] El tiempo de peste es el de la soledad forzada.”<sup>139</sup>

Otros de los aspectos de la vida cotidiana, como los rituales, tradiciones y costumbres que rodean la muerte de los seres queridos, quedan trastocados hasta casi desaparecer. En ocasiones donde miles de personas contagiadas mueren, como en tiempos de la peste, el fallecimiento se despersonaliza no sólo por el miedo de estar junto a cuerpos contaminados, sino también para proceder con rapidez en deshacerse de los difuntos. Cuando las epidemias se salen de control y lo que importa es velar por la propia vida se reduce o acaba el tiempo para las ceremonias y ritos fúnebres

---

<sup>137</sup> Tal y como se ha dicho con respecto a los que por diferentes razones se les identifica como posibles culpables.

<sup>138</sup> Vigarello, Georges, *op. cit.*, p. 20

<sup>139</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 148

colectivos, lo que urge es sacar los cadáveres de las casas y deshacerse de ellos. Tal es la complejidad de esta situación que “todas las relaciones sobre epidemias del pasado mencionan los cadáveres en las calles”.<sup>140</sup>

Las historias alrededor de la muerte en época de peste resultan ser particularmente dramáticas, dan cuenta de los cuerpos apilados y las carretas atestadas que los transportan. Y sin duda, el hecho de abandonar todos aquellos ritos que tranquilizaban a los vivos fue un difícil acontecimiento y una gran desdicha. Con sus propias características otras experiencias históricas registran parecidos efectos que afectan a las personas y a las colectividades, provocando un quiebre general de los patrones de vida. El encierro, el alejamiento y el sentimiento culpable de abandonar a los seres queridos y allegados, conducen a un horizonte por demás incierto y aniquilante. Una de las más claras afirmaciones al respecto la hace Delumeau: “la inseguridad no nace sólo de la presencia de la enfermedad, sino también de una desestructuración de los elementos que integra(n) el entorno cotidiano”.<sup>141</sup>

Sin detenernos en otras experiencias marcadas por el azote de enfermedades contagiosas masivas, podemos decir que las respuestas sociales y los comportamientos colectivos reseñados arriba se presentan con sus variaciones a lo largo del siglo XIX durante las pestes de cólera y viruela,<sup>142</sup> y también es el caso de otras epidemias que han azotado a regiones completas durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI (en el cual se incluye la epidemia motivo de nuestra reflexión).

Ciertamente en cada ocasión ha sido crucial el tipo de conocimiento disponible, como las medidas adoptadas para enfrentar las enfermedades infecciosas y contagiosas. Pero todo parece indicar que permanece el manejo, muchas veces sesgado, de las creencias y de la información por los agentes sociales legitimados del

---

<sup>140</sup> *Ibidem*, pp. 150-151

<sup>141</sup> *Ibidem*, p. 145

<sup>142</sup> Respecto a la epidemia de cólera en México en 1833, Guillermo Prieto escribe: “Las calles silenciosas y desiertas en que resonaban a distancia los pasos precipitados de alguno que corría en pos de auxilios; las banderolas amarillas, negras y blancas que servían de aviso de la enfermedad, de médicos sacerdotes y casas de caridad; las boticas apretadas de gente; los templos con las puertas abiertas de par en par con miles de luces en los altares, la gente arrodillada con los brazos y derramando lágrimas. A gran distancia el chirrido lúgubre de carros que atravesaban llenos de cadáveres.... Todo eso se reproduce hoy en mi memoria [...] y me hace estremecer” Martínez, Bernardo, “El cólera en México durante el siglo XIX”, en <http://www.ejournal.unam.mx/cns/no25/CNS02506.pdf>, revisado el 18 de febrero de 2013.

momento; que se dispara la tendencia a imputar a los ajenos las causas de los daños y a difundir rumores también muchas veces sin fundamento; y, sobre todo, que la dinámica de vida cotidiana se ve presa de un resquebrajamiento general. Todo esto producto de los temores, angustias y miedos que desde antaño ha provocado el peligro objetivo que constituyen tales enfermedades, pero también de las formas socialmente construidas para manejar la incertidumbre y la pérdida de seguridad ontológica; formas que, como hemos venido repitiendo desde el inicio, se encuentran en interdependencia directa con las estructuras sociales, económicas y culturales prevaletes de cada momento histórico.

No hay duda que actualmente las sociedades cuentan con impresionantes avances y medidas para el tratamiento de las enfermedades contagiosas masivas, pero también es cierto que tales avances y medidas no son suficientes para enfrentar muchos patógenos (como los virus). Para dar paso al capítulo dedicado a las respuestas sociales y comportamientos colectivos que se dispararon específicamente durante el brote de la influenza A(H1N1) acaecido en México en 2009, a continuación cerramos el presente capítulo con dos rubros finales orientados, primero, a algunos fenómenos que forman parte del horizonte de incertidumbre biológica que viven las sociedades contemporáneas; y segundo, y último, a un breve repaso sobre algunos factores que no sólo minan la capacidad orgánica para enfrentar las enfermedades contagiosas, sino que llegan a estar directamente relacionadas con su surgimiento y propagación.

#### **2.4 La paradoja moderna: progreso sanitario e incertidumbre**

No es posible hacer una reseña general de los avances que, en materia sanitaria, se desarrollaron durante la trayectoria moderna. Sólo para ilustrar sus alcances iniciales recordamos uno de los eventos científicos que cambiaron la historia del tratamiento de las enfermedades contagiosas: en 1796 el inglés Edward Jenner se percató de que los pacientes previamente expuestos a la viruela de la vaca, eran inmunes a la viruela de transmisión humana. Así que inculcó el virus de la vaca a un niño de 8 años, quien posteriormente fue inyectado con la viruela humana, sin llegar a desarrollarla. Con este descubrimiento, se dio un gran paso en uno de los más importantes métodos de inmunización preventiva, la vacuna: nombre que si bien proviene de los estudios originales con las vacas, se tomó como nomenclatura universal para la prevención de

otras enfermedades. En el caso de la viruela, si a principios del siglo XX se producían por año 50 millones de casos en el mundo y 15 millones de muertes debido a ella, con la aplicación de la vacuna las cifras fueron cayendo a 15 millones de casos y 3 millones de muertes para 1967. De tal suerte que para el año 1979 se logró certificar la erradicación mundial de esta enfermedad.<sup>143</sup>

Otro dato interesante de avance sanitario es el caso del cólera: enfermedad que, ahora se sabe, se debe al agua contaminada y a condiciones insalubres en general. Pero en el siglo XIX lo anterior era desconocido y la observación atenta de John Snow representó una verdadera revolución. En la epidemia de Londres en 1854, este médico inglés registró los casos ocurridos en la ciudad y elaboró un mapa de las zonas en donde se presentaban más habitantes enfermos, observando que estos lugares se asociaban con la presencia de una fuente de agua común de donde brotaba, según los habitantes, un mal olor. Al interrumpir el uso del agua, los casos fueron disminuyendo paulatinamente y se evidenció entonces la importancia del saneamiento del agua para prevenir dicha enfermedad.

En el mismo siglo XIX se establecieron los primeros conocimientos sobre una variedad de patógenos que hasta la fecha sigue representando uno de los desafíos cruciales para comprender los mecanismos y debilidades de enfermedades masivas: los virus. Estos microorganismos fueron descubiertos por el biólogo ruso Dimitri Ivanovski quien en 1892 investigaba la causa de la enfermedad “mosaico de tabaco”. Tras varios experimentos, encontró que dicha enfermedad era causada por una toxina u organismo mucho más pequeño que las bacterias, esto tras encontrar que los microorganismos causantes de la enfermedad podían atravesar con facilidad un filtro de porcelana con poros pequeños diseñado para retener bacterias. Cinco años más tarde, y basado en este trabajo, el holandés Martinus Beijerinck introduce el término *virus* para indicar la naturaleza no bacteriana del agente causante de la enfermedad mosaico de tabaco además de comprobar que este organismo, más pequeño que las bacterias, era capaz de reproducirse. Las investigaciones continuaron a cargo de los alemanes Frederick Loeffler y Paul Frosch quienes descubrieron que este microorganismo

---

<sup>143</sup> Organización Mundial de la Salud, *Informe sobre la salud en el mundo 2007: un porvenir más seguro. Protección de la salud pública mundial en el siglo XXI*, Ginebra, WHO, p. 6

también afectaba a los animales al descubrir que la fiebre aftosa del ganado era producida por un virus.

En 1881, el cubano Carlos Finlay sugirió que la fiebre amarilla era transmitida por mosquitos que portaban el organismo causante de dicha enfermedad, esta hipótesis fue confirmada por Walter Reed en 1899 quien identificó el primer virus humano, el de la fiebre amarilla. En los años siguientes continuaron los descubrimientos, sobre todo aquellos que giraban en torno a las diversas especies de virus encontradas tanto en animales como en vegetales.

Estos hallazgos constituyeron un gran avance para la ciencia y, sin duda, tuvo profundas implicaciones clínicas ya que a partir de su detección, se generaron esfuerzos en la búsqueda de estrategias y fármacos que mitigaran los efectos de los virus en la salud humana. Sin embargo, lejos se encuentra la ciencia de desarrollar un mecanismo eficaz y contundente contra las enfermedades provocadas por los virus sobre todo por la constante, y a veces interminable, mutación que los hace más aptos para su sobrevivencia. Sin embargo, el conocer la forma en la que éstos se comportan ha permitido alertar sobre las medidas necesarias para controlar o evitar su contagio.

Como se dijo antes, los descubrimientos científicos y las prácticas sanitarias que se fueron desarrollando sobre las enfermedades contagiosas desborda la historia de muchas ciencias y disciplinas. La mención de hallazgos como los arriba mencionados tiene el propósito de recordar el espíritu de exploración empírica que diferenció la instauración de la modernidad con respecto a etapas anteriores (como la medieval antes reseñada también brevemente)

Pero este espíritu no operó en el vacío, pues cada vez se hizo más evidente que las enfermedades contagiosas masivas, en su calidad de peligros generales para todos, requieren ser enfrentadas de manera conjunta. Así, desde el mismo siglo XIX se vio la necesidad de impulsar procesos de cooperación internacional para promover políticas mundiales de prevención y tratamiento sanitario. Un ejemplo son las diez Conferencias Internacionales que se celebraron entre 1851 y 1900 “en las que participaron unos 12

países o Estados europeos”<sup>144</sup> enfocadas a emprender acciones conjuntas para encarar una posible pandemia de cólera o peste. La primera de estas Conferencias se llevó a cabo en París y su importancia radica en el establecimiento del principio que reconoce que la protección de la salud concierne a la comunidad internacional.

En 1892 se firmó la primera Convención Sanitaria Internacional que se ocupaba únicamente del cólera, pero más tarde, en 1897 se firmó un tratado similar enfocado a la peste. En el continente americano también surgieron políticas de cooperación internacional: en el decenio de 1880, algunos países sudamericanos firmaron el Primer Conjunto de acuerdos internacionales de salud pública en las Américas y en 1902, once países asistieron a la Primera Conferencia Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas en Washington D.C., la cual desembocó en la creación de la Organización Panamericana de la Salud. Pero como se ve en la siguiente tabla las epidemias no pararon de brotar y propagarse

### Algunas epidemias del siglo XX y XXI<sup>145</sup>

<b>Epidemias</b>	<b>Lugar</b>	<b>Fecha</b>
FHSR debida a Hantavirus (*)	Manchuria (Guerra Ruso –Japonesa)	1904-05
FHSR debida a Hantavirus	Corea (Guerra de Corea)	1951-53
Tifus exantemático	1° Guerra Mundial y Revolución Rusa	1914-18
Tifus exantemático	2° Guerra Mundial, Nápoles, África del Norte	1939-45
Influenza, Gripe “española” (H1N1)	Pandemia	1918-19
Influenza (H2N2)	Pandemia	1957-60
Influenza (H3N2)	Pandemia	1968-72
Influenza (H1N1)	Pandemia	1977-78
Influenza aviar (H5N1)	Brote limitado, con peligro pandémico	1998 a ?
Peste	Último brote en India (1995)	Permanente
Cólera VII Pandemia. V cholerae O1	Pandemia, inicio Indonesia llegó a América	1961/91-95
Cólera V cholerae O139	India, sudeste asiático	1991 a ?
Dengue	América, África y Asia (pandemia)	dec1950 a ?
Encefalitis del oeste del Nilo	Mundial. Brote en USA (1999)	1930 a ?
VIH / sida	Pandemia	dec1980 a ?
Fiebre hemorrágica Argentina	Argentina (Pampa húmeda)	dec. 1950
Fiebre hemorrágica Ébola y Marburg	África Occidental y Oriental	dec. 1970
Viruela	Pandémica, controlada en 1977 en Somalia	hasta 1977
Viruela del mono	África, brote en USA enfermedad importada	2003

<sup>144</sup> *Idem*

<sup>145</sup> Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires, “Epidemias en el siglo XX y XX” en *Boletín Temas de Salud*, Año 16, No. 144, Argentina, 2009, [http://www.medmun.org.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=261..&limitstart=4](http://www.medmun.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=261..&limitstart=4), revisado el 16 de febrero de 2013

Paramixovirus (Hendra, Nipah) (SARS) Sínd. Agudo Respirat. Severo	Australia y Sudeste Asiático	1999
Poliomielitis	Sudeste Asiático	2003
Legionelosis	Asia y África	No erradicada
Leptospirosis	Brotos en USA, Europa, etc.	Dec. 1970
Leptospirosis	Brotos en Sudeste Asiático	Permanente
Leptospirosis	Brotos en Brasil, Nicaragua, Argentina	Permanente

Específicamente los brotes de tifus, fiebre tifoidea y, por supuesto, la gripe española, desencadenaron la creación de la Organización de la Salud en la Sociedad de Naciones, cuya actuación ante los problemas sanitarios surgidos en el marco de la Segunda Guerra Mundial<sup>146</sup> dio la pauta para la creación de la Organización Mundial de la Salud en el seno de la ONU en 1946. Ésta se convirtió en la primera agencia especializada de las Naciones Unidas que sigue operando hasta nuestros días como la instancia mundial con autoridad para, entre otras cosas, determinar los niveles de riesgo de los brotes epidémicos, marcar las pautas a seguir, la aplicación de los avances científicos y médicos y su viabilidad económica.

Volvemos a repetir, es poco lo que se pueda decir respecto a los avances y programas desarrollados durante la trayectoria moderna (especialmente a fines del siglo XIX en adelante), para proteger a las poblaciones de las enfermedades contagiosas masivas. Pero los pocos ejemplos arriba reseñados nos permiten ver la lucha incesante para encontrar explicaciones eficaces sobre el origen de muchas enfermedades, así como para poner al alcance medidas de contención que impidan, al menos, la transferencia y propagación de un brote epidémico de una región a otra.

El vertiginoso despliegue científico y de innovación tecnológica y farmacológica, como el desarrollo de políticas urbanas, medidas sanitarias y programas de prevención a nivel nacional e internacional,<sup>147</sup> generaron una mayor confianza y también la creencia de que las epidemias eran más probables en situaciones de excepción como las guerras o en sectores, regiones y sociedades subdesarrollados y pobres incapaces

<sup>146</sup> En donde “eran más numerosas las víctimas de guerra que morían a causa de microbios contraídos durante la guerra que de heridas sufridas en combate”. Cf. Diamond, Jared, *op. cit.*, p. 226

<sup>147</sup> En palabras de Ulrich: “a los peligros globales corresponden acciones globales [...] en la búsqueda de soluciones. Así, los procesos de cooperación internacional que se despliegan para enfrentar conjuntamente las epidemias masivas implican ; “modelos globales de percepción, foros mundiales de vida y acción públicas,” <sup>147</sup> Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo global*, Barcelona, Forum, 2002, p. 36

de sumarse al desarrollo civilizatorio que promueve la modernización: ya que “[...] la disposición a afrontar riesgos depende de qué tanto contemos con tener las riendas en la mano en situaciones precarias, con poder controlar una tendencia a causar daños [...]”.<sup>148</sup>

Pero tal confianza se fue desmoronando no tan paulatinamente pues, como dijimos en el primer capítulo, las promesas que representaban la ciencia y la tecnología, como los modelos de desarrollo económico y político, mostraron su debilidad para construir condiciones que aseguren la sobrevivencia general y el bienestar social, tanto en el presente como en el futuro. Al contrario, cada vez se hizo más evidente que los mismos fenómenos y procesos derivados de la trayectoria moderna generaron condiciones no sólo para que tales avances y políticas resultaran insuficientes: dieron pie a la emergencia de nuevos riesgos biológicos que han dejado de expresarse contingentemente en situaciones de excepción dentro de una sociedad particular, para devenir en una constante más de la incertidumbre generalizada que varios autores diagnostican para el mundo contemporáneo.

La misma trayectoria de la experimentación científica ha entrado en contradicción con el principio moderno que establece la absoluta libertad para ejercerla, al desarrollarse la convicción (cada vez más cuestionada) de que se puede experimentar indiscriminadamente en cualquier terreno y sobre cualquier ser vivo. Tal y como sostiene Edgar Morin: “[...] la experimentación científica constituye una técnica de manipulación (una <manip>), y el desarrollo de las ciencias experimentales desarrolla los poderes manipuladores de la ciencia sobre las cosas físicas y los seres vivientes”.<sup>149</sup>

Uno de los registros más claros que anteceden la manipulación de agentes patógenos es la inoculación intencional de la sífilis y gonorrea, entre los años 1946 y 1948, que un grupo de médicos provenientes de Estados Unidos aplicaron a campesinos, prostitutas, niñas de orfanatos y prisioneros guatemaltecos sin previo consentimiento y sin haber sido informados. Este hecho no sólo causó estragos en la

---

<sup>148</sup> Luhmann, Niklas, *op.cit.*, p. 160

<sup>149</sup> Morin, Edgar, *Ciencia con conciencia*, Barcelona, Anthropos, 1984, p. 35

salud física y emocional de las víctimas y también en su descendencia, también abrió la brecha para otras posibles formas de manipulación de patógenos en seres humanos.<sup>150</sup>

No obstante que la experimentación científica es el más importante medio para conocer los mecanismos que causan, controlan o curan las enfermedades, no logra resolverse el problema del uso dado a, por ejemplo, la biología molecular o el hecho de experimentar en animales y seres humanos, métodos cuestionables no sólo en el plano ético, sino porque no existe certeza respecto a las consecuencias de la aplicación y manipulación de agentes químicos y biológicos, no sólo “liberados” por motivos científicos, sino también económicos, políticos y militares:<sup>151</sup> “[...] los científicos producen un poder sobre el que no tienen poder, que depende de instancias ya todopoderosas, aptas para utilizar a fondo todas las posibilidades de manipulación y destrucción surgidas del propio desarrollo de la ciencia”.<sup>152</sup>

Con ello los avances científicos y tecnológicos, como las mismas políticas sanitarias, se sumergen en un contexto lleno de incertidumbre, cuyas contingencias pueden aparecer sin “previo aviso”,<sup>153</sup> y las cuales aunque hayan surgido en un espacio determinado dan señales de su posible emergencia en otras latitudes. El ejemplo más claro de los fenómenos que han plagado de incertidumbre a las sociedades de todo el planeta es el uso de la energía atómica, la cual ha dejado de ser la panacea por sus beneficios para el campo de la medicina o para el desarrollo productivo y de servicios. Aparte de ser un riesgo en el campo de los conflictos militares entre países, con los accidentes y consecuencias terribles que se han presentado, ha quedado en cuestionamiento su consideración de fuente de “energía limpia”.

<sup>150</sup> Elías, José, “Fueron los experimentos del diablo”, Diario El País, Marzo 2011, en [http://elpais.com/diario/2011/03/26/sociedad/1301094003\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/03/26/sociedad/1301094003_850215.html), revisado el 7 de enero 2013

<sup>151</sup> Recordemos cuando son usados como mecanismos de agresión en conflagraciones internacionales. Sus antecedentes pueden encontrarse en el uso de gases tóxicos como el gas mostaza y fosgeno durante las Guerras Mundiales; o el 'agente naranja' utilizado por las tropas estadounidenses durante la Guerra de Vietnam, país cuyos valles y planicies fueron rociados con alrededor de 75 millones de litros de este químico. Las consecuencias fueron fatales: cáncer, problemas respiratorios, quemaduras, abortos y malformaciones entre los vietnamitas, estragos que siguen estando presentes hasta nuestros días. Como resultado de las nuevas condiciones de riesgo global surgidos por la liberación de agentes biológicos y químicos, la OMS consideró no suficiente el Sistema Mundial de Alerta y Respuesta Internacional ante Brotes Epidémicos, aprobado en el año 2000; y en el año 2002 se estableció un Sistema Mundial de Alerta y Respuesta ante Incidentes Químicos.

<sup>152</sup> Morin, Edgar, *op. cit.*, p. 34

<sup>153</sup> Como se señala en el primer capítulo, tomando a Josexto Beriain y a Mónica Guitián: vivimos en medio de un mundo marcado por la indeterminación y las contingencias que llevan a las personas a no saber a qué atenerse.

Basta recordar la explosión de la planta nuclear de Chernobyl en Ucrania en 1986 o más recientemente las afectaciones de las plantas nucleares de Fukushima en Japón, por los sismos y tsunamis ocurridos el 11 de marzo del 2011. Este último caso ocasionó niveles de radiación en un radio de 40 kilómetros de la central, además de que se encontró agua con un nivel elevado de radioactividad superior a 1.000 milisievert (la exposición a 100 milisievert al año ya incrementa el riesgo de sufrir cáncer), fuga de plutonio y presencia de una cantidad de yodo radioactivo en el agua 100.000 veces superior a la normal.<sup>154</sup> Los accidentes nucleares ponen de manifiesto los riesgos sanitarios que conlleva la generación de energía a partir de reacciones nucleares tras la liberación de grandes cantidades de material radioactivo a la atmósfera, a los mares y mantos acuíferos.

Otro ejemplo que relaciona la falta de control de los avances científicos y tecnológicos con el panorama de incertidumbre que viven las sociedades actuales es lo sucedido después de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos, en donde una nueva amenaza apareció con la supuesta diseminación de esporas de bacilo de carbunco (ántrax) por medio de cartas. Esto no sólo puso al servicio de correos de este país en la mira sino que, como antes pasó con el riesgo de las guerras nucleares, se abrió la posibilidad de que un peligro de muerte pudiera llegar hasta la intimidad de los hogares. Con el uso de microorganismos como arma de guerra biológica se reforzó una nueva categoría de amenazas globales: el bioterrorismo.

Una última ilustración proviene de las consecuencias del cambio climático que día a día se manifiestan en prácticamente todas las regiones del planeta (y a lo cual volveremos después). La expoliación constante del entorno y la naturaleza ha llevado de manera vertiginosa a una degradación tan importante del medio ambiente que parecen insuficientes o se perciben manipuladas las medidas acordadas local, nacional e internacionalmente para evitar un colapso fatal e irreversible. Ante esto, familias, grupos y comunidades de todo tipo experimentan una falta de futuro para la sobrevivencia de la misma especie humana.

---

<sup>154</sup> Reinoso, José, "Detectado plutonio y agua altamente radioactiva en la central de Fukushima", *El País*, España, 2011, [http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/28/actualidad/1301263202\\_850215.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/28/actualidad/1301263202_850215.html), revisado el 20 de febrero de 2013

Estos son sólo unos ejemplos que aparecen como riesgos y peligros incontrolables que plagan de inseguridad, incertidumbre y desprotección el paisaje del mundo contemporáneo,<sup>155</sup> porque tienen la capacidad de una afectación global sin restricción alguna. Pero en este marco existen otros fenómenos relacionados directamente con las enfermedades contagiosas masivas. Tales fenómenos, también característicos de un mundo globalizado tienen que ver con los patrones generales de vida que experimentan, reproducen y padecen las personas en su vida cotidiana, los cuales no sólo socavan la capacidad orgánica necesaria para enfrentar los contagios y sus consecuencias sino que son parte de las condiciones principales para que tales enfermedades surjan y se propaguen. A continuación enumeramos algunos de ellos.

## **2.5 Nuevos riesgos asociados a la aparición y propagación de las enfermedades contagiosas masivas**

J. McMichael señala que después del tercer estadio por el que han transitado el surgimiento y propagación de las enfermedades infecciosas y las epidemias,<sup>156</sup> nos encontramos en una cuarta etapa histórica donde la escala de transmisión de gérmenes y enfermedades ha alcanzado una magnitud global. Esta última fase va de la mano de los estrepitosos cambios que han transformado la relación entre los microbios y los humanos, dando pie a una nueva etapa en la propagación de las enfermedades infecciosas, varias de ellas también inéditas.

Por ejemplo, tan sólo “en los treinta años transcurridos entre 1973 y 2003, cuando apareció el SRAS, se identificaron 39 agentes patógenos nuevos.”<sup>157</sup> Estas condiciones también han hecho que éstos y otros patógenos puedan propagarse entre los países con una facilidad nunca antes vista; como es el caso del tan temido VIH/SIDA que – habiendo presentado una fase inicial de designación de culpables y chivos expiatorios

---

<sup>155</sup> Ver lo dicho por Bauman y Giddens en el primer capítulo.

<sup>156</sup> Para este autor, las tres fases históricas en el surgimiento y propagación de las enfermedades infecciosas y las epidemias son: una primera, correspondiente al paso de las enfermedades animales a los humanos; la segunda, derivada del contacto comercial y militar entre sociedades euroasiáticas; y la tercera, la etapa 'trans-oceánica', que coincide con el expansionismo Europeo y su transmisión a poblaciones de otras latitudes y continentes, a partir de las conquistas. Como se observará, hemos seguido en lo general este criterio para la elaboración de la reseña que aquí se presenta. McMichael, A.J, “Environmental and social influences on emerging infectious diseases: past, present and future” en *Philosophical Transactions of The Royal Society*, Londres, 2004, p. 1052

<sup>157</sup> Chan, Margaret, “Debate sobre seguridad sanitaria internacional con ocasión del Día Mundial de la Salud”, 2007 en [http://www.who.int/dg/speeches/2007/020407\\_whd2007/es/index.html](http://www.who.int/dg/speeches/2007/020407_whd2007/es/index.html), revisado el 20 de diciembre de 2013

ubicados, como antaño, en ciertos grupos valorados negativamente, en este caso los homosexuales— pasó a ser un problema que puede afectar a cualquier persona, independientemente de su edad, género, religión y actividad económica.

Ante este panorama, la salud pública ha pasado de ser un objeto de observación y registro a un tema de seguridad nacional y planetaria que requiere intervenciones directas. De ahí el concepto de “seguridad sanitaria mundial”, el cual hace alusión a aquellas actividades “proactivas y reactivas necesarias para reducir al mínimo la vulnerabilidad de los eventos agudos de salud pública que ponen en peligro la salud colectiva [...] de poblaciones que se extienden por diversas regiones geográficas y a través de las fronteras internacionales.<sup>158</sup> Con este propósito, en 2005 se reformó el Reglamento Sanitario Internacional, vigente desde 1969, y el cual sólo pedía a los Estados adherentes levantar la alarma ante tres enfermedades: plaga, cólera y fiebre amarilla. Desde la reforma, es obligatorio reportar cualquier tipo de emergencia de salud pública de importancia internacional, cualquiera sea el origen y la naturaleza: nuclear, biológica o química. Además, las nuevas disposiciones permiten a la OMS reconocer a fuentes de información no oficiales que difundan posibles brotes, ya que en diversas ocasiones los mismos gobiernos, al detectar una enfermedad, no lo notifican con el fin de no ser presa de consecuencias económicas.

Pero, otra vez, los brotes epidémicos resultan ser hoy por hoy un riesgo para todos los países. Se trata de una condición de generalización que, si tomamos la tesis de Beck,<sup>159</sup> implica por una parte, un nivel “reflexivo”, en tanto refiere a una modernidad que se informa y confronta con los riesgos manufacturados, aquellos que ella misma ha provocado. Por otra parte, alude a una particular democratización de los riesgos pues traspasan toda frontera política y de clase, impactando a todos por igual.<sup>160</sup>

En esta cuarta etapa señalada por J. McMichael de magnitud global, los nuevos problemas de salud y vulnerabilidad orgánica en el ámbito de la vida cotidiana y pública,

---

<sup>158</sup> Organización Mundial de la Salud, *op. cit.*, p. 1

<sup>159</sup> Ver primer capítulo sobre “La sociedad del riesgo”.

<sup>160</sup> Decimos que tal “democracia de los riesgos” es peculiar pues no obstante puede afectar a todos por igual, no refleja la deficiencia de la calidad y prontitud de las medidas preventivas y tratamientos sobre los países y sectores más pobres.

han renovado las angustias, temores y miedos que desde tiempos pretéritos han provocado los peligros de muerte ocasionados por las enfermedades contagiosas masivas. Esto es así porque tales enfermedades actualmente se propagan a escala global sin importar fronteras políticas ni soberanías, los patógenos pueden invadir un territorio con gran facilidad. Hasta la misma forma como se han establecido los procesos de socialización y convivencia –característicos de la segunda modernidad o de la llamada modernidad líquida–, es parte de los mecanismos de contagio. El contacto anónimo y fugaz entre miles de personas vulneradas en su condición física, las hacen susceptibles a contraer enfermedades que ponen en riesgo sus vidas.

Si bien el azote de epidemias no resulta nuevo en lo absoluto, éstas han tomado nuevos matices en un mundo caracterizado por patrones de vida social de altísima movilidad espacial, por la forma en la que producimos y consumimos los alimentos, por las consecuencias catastróficas de nuestras actividades en el medio ambiente, por el uso y abuso de químicos y por la resistencia de los microorganismos dañinos a los antibióticos, por mencionar algunos de los más importantes. Pasamos a hacer una breve revisión de estos factores.

### **2.5.1 Problemas ambientales y disturbios ecológicos**

Las problemáticas sanitarias como las enfermedades infecciosas se encuentran estrechamente vinculadas a la degradación ambiental pues dependen, para bien y para mal, del funcionamiento de los ecosistemas. El impacto ecológico sobre la salud no ha quedado restringido a zonas determinadas, en esta cuarta fase señalada por A. J. McMichael se alcanza una escala planetaria, en donde:

[...] domina la economía de escala, el gigantismo industrial y el desarrollo creciente de las megalópolis; donde una riqueza hasta hace poco inimaginable convive estrechamente con los asentamientos humanos en que impera la pobreza, el desamparo y la contaminación, y donde los cerros y laderas han sido arrasados, los bosques y campos de labranza destruidos, e inundado las lagunas y los ríos con aguas sucias.<sup>161</sup>

Esta “locura ecocida”, denuncia agresivamente Luis Tamayo, provoca desequilibrios poblacionales y enfermedades emergentes, las cuales, entre otras crisis (como la

---

<sup>161</sup> García Barrios J. Raúl y León e. “ El espíritu del juego”, en Emma León (coord) (2012), *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconsuelo*, Madrid, CRIM-Sequitur, p.109

energética, financiera y alimentaria) “amenazan con destruir la biosfera y la civilización humana.”<sup>162</sup>

Entre los problemas medioambientales que tienen mayor influencia en estas enfermedades emergentes se encuentran: el desarrollo intensivo de la agricultura, la urbanización, la deforestación, los movimientos de población, la introducción de especies y patógenos, la pérdida de biodiversidad, la contaminación del aire y del agua, la construcción de caminos, los cambios hidráulicos y, por supuesto, el cambio climático derivado de tales fenómenos.<sup>163</sup> Estas perturbaciones ecológicas afectan directamente la misma dinámica de los virus, incluyendo los que causan enfermedades contagiosas porque, señala Susana C. Manrubia, “Los virus son parte integrante y evolutivamente inevitable de todo ecosistema, tanto como lo son la fotosíntesis, los herbívoros o los depredadores. Es más, el nicho ecológico destinado a los parásitos no sólo no puede ser eliminado, sino que probablemente es necesario”.<sup>164</sup>

Así, el desequilibrio ecológico implica una alteración en la propia vida y manifestación de los virus y, con ello en el impacto que tienen sobre los seres humanos. Un ejemplo directamente relacionado con la propagación de enfermedades contagiosas masivas son los efectos producidos por las cada vez mayores variaciones en las condiciones climáticas. Tal es el caso de los brotes de dengue, dengue hemorrágico y de malaria que azotan cada vez más a poblaciones, generalmente pobres, sometidas a catástrofes naturales como las inundaciones o a precipitaciones pluviales derivadas de las variaciones climáticas y las cuales tienen un efecto en la aparición y longevidad del mosquito transmisor de dichas enfermedades. De ahí que exista una relación entre el cambio climático y la transmisión de estas enfermedades ya que, en el caso de la malaria, “la variación en las condiciones climáticas, como la temperatura, los patrones de lluvia y la humedad, tiene un efecto profundo en la longevidad del mosquito y en el desarrollo de los parásitos de la malaria en el mosquito y en consecuencia, en la

---

<sup>162</sup> Cf. Raúl García Barrios, “La Locura Ecocida: Ecosofía Psicoanalítica. Variaciones (desde el intrincamiento) sobre un tema de Luis Tamayo”, en *Revista Carta Psicoanalítica*, Marzo del 2010, No. 15, <http://www.cartapsi.org/spip.php?rubrique2>, revisado el 19 de febrero 2013.

<sup>163</sup> McMichael, A.J, *op. cit.*, p. 1054

<sup>164</sup> Manrubia, Susanna C. “Virus, evolución y epidemias”, en *Ciencias Naturales, Ciencias de la vida* [www.agenciasinc.es/Opinion/Virus-evolucion-yepidemias/](http://www.agenciasinc.es/Opinion/Virus-evolucion-yepidemias/), revisado el 7 de abril de 2013

transmisión de la enfermedad.”<sup>165</sup> Otra expresión asociada a los desequilibrios ecológicos y el cambio climático es la manera en la que estos han influido en la manifestación del fenómeno “El Niño” que provocó la proliferación de los criaderos de mosquitos causando brotes de fiebre del Valle del Rift en África Oriental.

Habría que recordar que esta no es historia nueva, descansa también en la forma como se diseñan las prácticas sanitarias que afectan directamente al medio ambiente; las cuales, como se ha mencionado en varias ocasiones, responden a las contradicciones provenientes de una trayectoria moderna en que los avances científicos y tecnológicos no son tan “reflexivos” respecto de las consecuencias de su aplicación. Un ejemplo por demás claro de esta trayectoria ocurrió en la década de los 50’s cuando la OMS, con el afán de combatir el paludismo, roció con DDT la isla de Borneo para matar a los mosquitos causantes de dicha enfermedad. Sin embargo, esta sustancia no sólo terminó con los mosquitos, sino que contaminó a otros insectos como moscas y cucarachas que eran el alimento de diversas especies de lagartijas; que, a su vez, eran el alimento de los gatos, los cuales comenzaron a morir tras alimentarse con las lagartijas contaminadas. Sin gatos, las ratas comenzaron a invadir los poblados y las ciudades, los cuales se vieron amenazados por la plaga transmitida por las pulgas de las ratas. Ante los inesperados hechos, la OMS decidió dejar caer gatos sanos en paracaídas sobre el territorio isleño, dando fin a una de las historias que más representan las consecuencias de interferir en los ecosistemas.

Un factor más de degradación ambiental está asociado con la acelerada urbanización del mundo contemporáneo, que también es parte de esa trayectoria de concentración poblacional ya mencionada al inicio. Esto se convierte en un factor facilitador para el contacto humano y, con ello, para la transmisión rápida de enfermedades infecciosas. Pareciera que las zonas urbanas, a diferencia de las zonas rurales, tienen mejor calidad de vida (mejores servicios sociales y sanitarios), pero la excesiva concentración humana, distribuida diferencialmente según su capacidad económica, conduce a enormes capas de la población a vivir en condiciones que van

---

<sup>165</sup> Wickremasinghe R., *et.al.*, *El cambio climático y la malaria: una relación compleja*, [http://www.un.org/wcm/content/site/chronicle/lang/es/home/archive/issues2010/achieving\\_global\\_health/climatechangeandmalaria](http://www.un.org/wcm/content/site/chronicle/lang/es/home/archive/issues2010/achieving_global_health/climatechangeandmalaria) revisado el 30 de abril de 2013

desde el hacinamiento y vivienda precaria hasta la falta absoluta de acceso a agua potable, pasando por supuesto por niveles altísimos de contaminación del aire.

Por otra parte, ya está ampliamente reconocido que la degradación ambiental también intensifica los cambios climáticos que se hacen cada vez más impredecibles y extremos, los cuales además de provocar problemas sanitarios,<sup>166</sup> ocasionan desequilibrios orgánicos que bajan la condición física de las personas y con ello disminuyen su capacidad para resistir los contagios y sobrellevarlos; a la vez que alteran el complicado equilibrio de los virus.

Así queda claro, como señala Susana C. Manrubia, que nuestra salud y la de “de todas las especies con las que interaccionamos voluntaria o involuntariamente” depende de un delicado equilibrio ecológico. Los microorganismos, como las bacterias y virus de naturaleza patógena están en función directa del estado en que se encuentre este complejo biológico: Si la diversidad viral y los mecanismos adaptativos son comprendidos muy parcialmente, la guerra que libramos no es contra los virus, sino contra la evolución misma”.<sup>167</sup>

### **2.5.2 Agentes químicos**

Los agentes químicos se han convertido en ingrediente primordial en la elaboración de toda clase de productos, aplicados prácticamente a todas las necesidades y actividades humanas. Ya hemos hablado algo de ello en la producción masiva de alimentos de origen animal, pero también tienen que ver con la producción agrícola en donde se llega a hacer uso de grandes cantidades de agroquímicos como fertilizantes y pesticidas cuyo uso indiscriminado puede acarrear problemas a la salud humana cuando los residuos llegan a encontrarse en los alimentos o a afectar el medio ambiente. Además de impactar en los cultivos vegetales, el agua, las tierras y otros componentes del medio ambiente, el abuso en el uso de plaguicidas puede acelerar el desarrollo de la

---

<sup>166</sup>Los climas cada vez más extremos también maximizan los riesgos alimentarios, por ejemplo “un clima más cálido y con una mayor variabilidad puede propiciar niveles más altos de algunos contaminantes atmosféricos; aumentar la transmisión de enfermedades a través del consumo de agua no apta y por medio de alimentos contaminados [...]” Cf. Moreno, Ana Rosa, “Efectos del cambio climático en la salud y los retos a enfrentar” en Delgado, Gian Carlo *México, et. al., México frente al cambio climático: retos y oportunidades*, México, UNAM, 2010, p. 155

<sup>167</sup> Manrubia, Susanna C., *op. cit.*

resistencia hacia éstos en los insectos o también reducir organismos benéficos para los plantíos. Sin embargo, es de reconocer, que en muchos países existe una sólida legislación respecto al uso de estos agroquímicos lo que impide que éstos lleguen en cantidades perjudiciales para el consumo humano.

Otro ejemplo son los productos dirigidos a la higiene y “sanitización” de los espacios físicos, productos que se han convertido en necesidad casi fundamental de las sociedades contemporáneas. Son las sustancias químicas presentes en estos productos domésticos (muchos de ellos de uso cotidiano) la principal fuente de exposición humana a compuestos químicos y poco se informa respecto a los efectos nocivos que implica el bombardear la vida cotidiana y sus espacios con productos como productos de limpieza, plaguicidas caseros, pinturas, cosméticos, disolventes, o ambientadores sólo por mencionar algunos.

La exposición a estos productos durante periodos prolongados de tiempo, su ingestión, el contacto dérmico o la inhalación puede generar diversos efectos que van desde la irritación de la piel o lesiones gástricas, hasta problemas más graves como cáncer, (provocado por las sustancias de actividad carcinógena que algunos productos químicos liberan) enfermedades cardiovasculares o aquellos casos que implican la aparición de cepas microbianas resistentes a antibióticos debido a la influencia de algunos productos.

### **2.5.3 Producción y consumo de alimentos**

El intenso intercambio mundial que conlleva la exportación e importación de bienes y servicios, entre ellos los alimentos, con todo y las reglamentaciones sanitarias nacionales e internacionales, también es susceptible de manejar y transportar productos portadores de diversos patógenos, o que son intervenidos por agentes químicos y biológicos cuyos importantes efectos orgánicos negativos ponen a las personas en condición de vulnerabilidad ante las enfermedades contagiosas.

Los ejemplos son legión pero puede mencionarse lo sucedido en agosto de 1991 durante un reducido brote de cólera en Maryland, Estados Unidos, el cual fue asociado al consumo de leche de coco congelada importada desde Asia. En los últimos años se

han hecho comunes los brotes de fiebre tifoidea ligados a malas condiciones sanitarias y de riego en frutas y verduras de exportación.

También se reconoce y se denuncia que los modos de producción de alimentos para el consumo interno y para la exportación tienen efectos orgánicos negativos. Un ejemplo es el conocido brote de “encefalopatía espongiforme bovina humana” (llamada “la enfermedad de las vacas locas”) que surgió en 1995 en Inglaterra. Aunque no implicó un efecto demográfico importante ni se extendió a otras regiones del planeta, puso de manifiesto las graves consecuencias de las terribles prácticas de cría impulsadas por los modelos de producción masiva de alimentos: “Los cadáveres de ganado, incluidos los de los animales infectados por el agente causante de la encefalopatía, se transformaban en pienso para el ganado. Con ello, se infectaban a su vez algunos de los animales que se alimentaban de ese pienso, lo que desencadenó la epidemia.”<sup>168</sup> El consumo de la carne contaminada fue el origen de la infección humana.

Los métodos y técnicas de producción masiva de alimentos son factores detonantes en la aparición de enfermedades contagiosas como es el caso de la influenza aviar y la influenza porcina; las cuales están relacionadas con animales sometidos a prácticas de hacinamiento y a procedimientos derivados de la biotecnología que buscan acelerar su crecimiento, anteponiendo con ello los intereses económicos a la salud humana y animal pues, además de los problemas éticos, estas prácticas vuelven más vulnerables tanto a animales como a consumidores.

En la ganadería intensiva también se hace uso de ciertos antibióticos cuyos efectos han sido cuestionados ante la posibilidad de generar procesos de resistencia frente a los virus y bacterias (a esto volveremos de inmediato en el siguiente rubro) que pueden transmitirse a los seres humanos mediante el consumo de los productos derivados de dichas especies. Entre los responsables se encuentran los ganaderos, los productores de alimento para ganado, la industria farmacéutica y veterinarios. Un ejemplo es la avoparcina, antibiótico que fue usado como aditivo alimentario en el ganado hasta que en 1996 se descubriera que los animales producían enterococos resistentes a ciertos antibióticos. En ese año, se observó la presencia de cepas de esos inusuales

---

<sup>168</sup> Organización Mundial de la Salud, *op. cit.*, p. 24

enterococos en alimentos y desechos humanos los cuales poseían una resistencia de alto nivel a la vancomicina, un antibiótico de la misma clase que la avoparcina. Este hecho dio a pie a que en 1997, la Unión Europea prohibiera el uso de este antibiótico en animales para el consumo humano.

De esta forma, constatamos que algunas de las prácticas ligadas a la producción de alimentos implican procesos que pueden detonar la presencia de agentes químicos o biológicos en los alimentos, causando con ello efectos adversos para la salud de los consumidores. Y si bien existen fuertes medidas sanitarias relacionadas con el control y calidad de los alimentos, ningún país se encuentra exento de enfrentar un riesgo derivado de malas prácticas en la producción alimentaria, sobre todo ante la larga cadena agroalimentaria (que involucra el trabajo de diversos actores) y el apabullante flujo comercial de alimentos en el mundo.

#### **2.5.4 Resistencia a los antimicrobianos**

Como se ha señalado, el nivel de conocimiento sobre el origen y mecanismos de transmisión de las enfermedades han establecido parámetros sin precedentes. Desde el siglo XIX en que se descubrieron los microbios y el primer virus (el virus del mosaico del tabaco)<sup>169</sup> no se han dejado de producir descubrimientos sobre toda clase de enfermedades ocasionadas por estos patógenos. En esta frecuencia, uno de los avances más notables ha sido sin duda el desarrollo de los antibióticos, pero no tanto en el caso de las enfermedades contagiosas por virus ya que, como es sabido, no son susceptibles a este tipo de antimicrobianos, porque su estructura y forma de operación corresponde al de un agente genético con capacidad de reproducirse, (generar copias de sí mismos) no sólo utilizando la materia, energía y maquinaria de la célula huésped, sino añadiéndole su propio material genético.<sup>170</sup>

Así, estos también llamados “parásitos obligados” son difíciles de combatir porque no poseen metabolismo ni organización celular posible de ser afectada: ya que afectan

<sup>169</sup> Como se señaló antes, este virus fue descubierto por Martinus Beijerinck en 1899 y los científicos señalan que desde esa fecha se han descubierto más de 5000 especies de virus diferentes, no todos patógenos.

<sup>170</sup> Cf. Smith, Kenneth, *La biología de los virus*, FCE, México, 1968; Urcuquil, Silvio, *et. al., Historia de la Virología y características generales de los virus* en <http://editorialbiogenesis.udea.edu.co/index.php/biogenesis/article/viewFile/156/156>, revisado el 1 de mayo de 2013; Wagner, Edward, *Basic Virology*, Massachusetts, Blackwell, 2008

a las células en que se reproducen, combatirlos implica también destruirlas. Esta dificultad ha ocasionado que el desarrollo de antivirales sea muy pobre.<sup>171</sup> De hecho fue la propagación del SIDA durante los últimos 20 años y las distintas formas de influenza lo que ha impulsado la elaboración de antivirales. El problema radica en que tales antivirales, a pesar de contener algunas cepas de estas enfermedades, resultan ineficaces para otras especies de virus que se han hecho resistentes a ellos.

Hablando del fenómeno de resistencia: es una realidad que el uso inadecuado e intensivo de antimicrobianos ha generado una importante “presión ecológica” sobre las bacterias y los virus, y ha permitido la evolución de microorganismos capaces de sobrevivir y resistir los efectos de los fármacos (como los antibióticos, antivirales y antipalúdicos), a los que anteriormente eran sensibles,<sup>172</sup> de modo que los tratamientos habituales se vuelven ineficaces y las infecciones persisten y pueden transmitirse a otras personas.

La capacidad orgánica para enfrentar las enfermedades, ya afectada por una variedad de factores, se vuelve aún más vulnerable cuando los microorganismos patógenos se hacen resistentes a los medicamentos. Como señalan los estudiosos, no hay duda de que las bacterias y virus tienen enormes capacidades para cambiar su configuración, derivada de la fuerte presión selectiva antes mencionada, lo cual ha llevado a estos microorganismos a desarrollar variedades más resistentes, muchas de ellas tan nuevas que se dificulta su identificación y tratamiento.

En el caso específico de lo virus, los que actualmente se conocen no han quedado fijos en un conjunto inmutable. Los científicos y las mismas poblaciones afectadas han observado y experimentado su capacidad para saltar de anfitrión, “pasando de la especie que habitualmente infectan a otras que hasta entonces no habían mostrado susceptibilidad al virus. También en su hospedador habitual pueden generar variantes anteriormente desconocidas. El mundo viral es diverso, dinámico y flexible, esquivo y

---

<sup>171</sup> El primer fármaco que se presentó como agente antiviral verdaderamente selectivo y con éxito fue el aciclovir que fue utilizado como tratamiento profiláctico del herpes genital y cutáneo, como para tratar las lesiones causadas por el herpes zoster.

<sup>172</sup> La resistencia surge por mutación del microorganismo o adquisición de genes de resistencia.

capaz de adaptarse a cualquier cambio externo”.<sup>173</sup> Tal es el caso del VIH (SIDA) que puede producir infecciones permanentes o crónicas cuando el virus continúa multiplicándose en el cuerpo, evadiendo los mecanismos de defensa del huésped; o bien la gripe A(H1N1), cuyo virus no sólo se volvió resistente, sino que transmutó en otras variedades. Lo mismo para el virus del paludismo, cuya resistencia con medicamentos tradicionales, también está creciendo.

A esto suma el problema del uso de genes marcadores resistentes a los antibióticos en la producción de los alimentos que ya antes reseñamos, pues existe el riesgo de que dichos genes puedan transferirse y alojarse en las células humanas a través de un producto alimenticio.

## **2.6 Los desafíos sanitarios de un mundo globalizado**

Con lo anteriormente reseñado sobre algunos de los factores de riesgo asociados a las enfermedades contagiosas masivas puede decirse que, a pesar de que existen y siguen desarrollándose sorprendentes avances en la prevención y tratamiento de las enfermedades (en particular las contagiosas con capacidad para propagarse masivamente), lo cierto es que fenómenos tales como el deterioro ambiental, la forma como se producen los alimentos, la exposición a agentes químicos y los aspectos asociados con la resistencia a los antimicrobianos, han aumentado la vulnerabilidad de los seres humanos para enfrentarse a toda clase de enfermedades. Tal vulnerabilidad está directamente relacionada con una exposición a condiciones de vida que además de deteriorar la condición física y la capacidad orgánica para combatir a las enfermedades, generan en los patógenos procesos de presión selectiva cuyos alcances estamos lejos de discernir.

A esto se suma la misma movilidad humana característica del mundo globalizado, la cual se ha convertido en uno de los mecanismos detonadores para que seres humanos con mermadas condiciones orgánicas y posibles portadores de patógenos, puedan trasladarse de un lugar a otro, fenómeno que no es nuevo pues desde antaño el esparcimiento de enfermedades entre regiones ha ido de la mano de la búsqueda de

---

<sup>173</sup> Manrubia, Susanna, *op. cit.*

nuevos mercados y rutas comerciales pero que sí alcanza un nivel distinto gracias a los niveles de interconexión del mundo moderno. Y es que la rapidez y el volumen de la movilidad humana actual no tiene precedentes históricos, para el año 2013 se estima que el número de pasajeros aéreos en el mundo va llegar a 3.000 millones por año, número que, se piensa, se duplicará para 2030.<sup>174</sup>

Esta condición ha permitido que las enfermedades infecciosas se puedan propagar geográficamente con gran velocidad. Tal fue el caso del Síndrome Respiratorio Agudo Severo (SRAS), una enfermedad desconocida que apareció por primera vez en 2003 en China y la cual es considerada como la primera enfermedad grave del siglo XXI. Poco se sabía de esta enfermedad que fácilmente puede ser transmitida de persona a persona y que causa la muerte de aproximadamente 10% de los infectados. Durante este episodio, se dio a conocer que el vuelo de Air China CA112 que volaba de Hong Kong a Beijing llevaba a un pasajero de 72 años de edad con esta enfermedad, que infectó a 21 pasajeros que, a su vez, llevaron la enfermedad a sus lugares de origen: Taiwán, Singapur, Tailandia, Hong Kong y China. Esta enfermedad, demostró la rapidez con la que un agente patógeno puede desplazarse por diferentes puntos geográficos

La conjunción de todos los factores y procesos aquí expuestos hacen de las enfermedades contagiosas masivas un desafío que no sólo enfrentan los propios científicos y sistemas sanitarios, ya que son parte de un fenómeno complejo e interconectado con múltiples dimensiones sociales, económicas y políticas del mundo contemporáneo. El que muchas enfermedades infecciosas se vuelvan intratables (tanto las actualmente controladas, como aquellas virales que están mutando en nuevas cepas), y que además puedan propagarse y aparecer sin previo aviso en cualquier región del planeta alimentan un presente ya envuelto en la incertidumbre y, como advierten los científicos, sólo dejan vislumbrar un posible futuro marcado por un posible retroceso en materia de salud pública, cuyos efectos volverían a colocar otra vez a la humanidad en aquellos umbrales de sobrevivencia padecidos en otras etapas históricas (como las reseñadas en este capítulo).

---

<sup>174</sup> ABC, "La IATA pide reformas radicales para mejorar el transporte aéreo de pasajeros", ABC España, Octubre 2012, en <http://www.abc.es/agencias/noticia.asp?noticia=1273129>, revisado el 23 de diciembre de 2012.

Como hemos visto, la historia confirma que la aparición de enfermedades infecciosas ha ido de la mano de los cambios y transformaciones de las sociedades humanas, de sus guerras, sus desplazamientos, sus estilos de vida y de sus modos de producción. En nuestros días, los desafíos son distintos al de épocas pasadas, sobre todo por la complejidad latente en nuestro mundo moderno caracterizado por diversos fenómenos derivados del modelo de organización económica, social y política que han generado nuevas condiciones en el panorama de las enfermedades infecciosas.

Dichas circunstancias han permitido la aparición y diseminación a nivel planetario de nuevos riesgos sanitarios, ejemplo de ello fue el virus surgido en 2009 y causante de la primera pandemia del siglo XXI. Durante el lapso que duró esta contingencia, en el espectro social se dieron diversos fenómenos que nos remitieron al miedo percibido durante las pestes medievales pero que esta vez adoptaron características nuevas que nos remiten a las dinámicas propias de un mundo globalizado. Nuevas instituciones y tomadores de decisiones, como organismos internacionales y medios de comunicación, guiaron el comportamiento colectivo y sus discursos a nivel social colmaron el ambiente de incertidumbre y miedos.

Durante la contingencia de 2009, el miedo permeó las relaciones sociales, activando mecanismos presentes también durante las pestes medievales los cuales buscaban mermar con la ansiedad percibida. En este caso, el miedo no se circunscribió a un espacio físico bien delimitado, allí donde ocurría la contingencia, sino que existió una difusión global de la alarma gracias a la integración que en distintos ámbitos de la vida social se da en la globalización.

En el siguiente capítulo se analizará el caso concreto del virus A(H1N1) 2009, su irrupción y sus consecuencias en el espectro social. Fenómenos que, en conjunto, dan cuenta de las nuevas dinámicas del miedo en el mundo contemporáneo y de las formas que éste adopta en el escenario de la sociedad global caracterizada, como ya se ha dicho, por la proliferación de riesgos asociados al desarrollo científico y tecnológico.

### **Capítulo 3**

#### **Nuevos riesgos y viejos temores: La construcción social del riesgo y la globalización del miedo durante la epidemia de influenza A(H1N1) en 2009**

---

Como ha quedado asentado en el capítulo anterior, los riesgos y peligros epidemiológicos han estado presentes en la vida del hombre durante cientos de años, acarreando diversos efectos sociales, demográficos, políticos y económicos en las sociedades a las que afecta. Se ha dicho también que la aparición y dispersión de estos riesgos son eventos estrechamente ligados a las propias prácticas y conflictos que en estos ámbitos se desarrollan: comercio, guerras y conquistas son ejemplos de la influencia antropogénica en la conducta de los virus y las enfermedades.

De esta forma, las enfermedades contagiosas masivas no son acontecimientos desconocidos por la humanidad y nuestra época no parecería ser más peligrosa que las anteriores. Al contrario, aunque en la actualidad las sociedades cuentan con notables avances científicos que logran brindar cierta seguridad respecto a los peligros sanitarios, la amenaza de posibles pandemias no ha quedado en el pasado. Si bien las circunstancias históricas se han transformado radicalmente, éstas también han impuesto nuevas condiciones que nos hacen pensar que se tratan más bien de riesgos manufacturados.

Por un lado, los complejos cambios ecológicos y ambientales derivados de las dinámicas sociales modernas han dado pie a la evolución de nuevos subtipos de virus que, por sus características inéditas, pueden llegar a poner en riesgo la salud de la población mundial. Por otro lado, la actual etapa histórica facilita como nunca antes la transmisión de estos agentes biológicos alrededor del mundo gracias a los vertiginosos cambios derivados del fenómeno de la globalización.

En este contexto, queremos terminar nuestra reflexión abordando el evento paradigmático ocurrido en el año del 2009 con el surgimiento de un nuevo virus, el cual puso en jaque a la comunidad internacional y disparó oleadas de miedo en poblaciones de varias regiones del planeta. Como se sabe, nos referimos al virus de la influenza A (H1N1) de origen porcino, el cual dio origen a la primera pandemia del siglo XXI. El desconocimiento de esta nueva variedad de influenza y, por tanto, la falta de vacunas

eficaces, su gran capacidad de propagación y la no existencia de resistencia inmunitaria, generó un altísimo grado de incertidumbre e inseguridad que puso en alerta a los sistemas de salud en el mundo, obligando a establecer un trabajo conjunto y coordinado entre gobiernos locales, científicos y organizaciones internacionales los cuales, durante este brote epidemiológico, fueron los agentes legitimados social y científicamente, jugando un papel fundamental como rectores en la toma de decisiones respecto a las medidas que debían tomarse. Organismos internacionales, gobiernos locales y medios de comunicación encabezaron el discurso que anunciaba con gravedad las consecuencias del virus, influyendo notablemente en la percepción que se generó alrededor del mundo respecto su riesgo.

En este sentido, el virus no fue el único que tuvo posibilidades de extenderse, también los discursos y los rumores en torno al peligro biológico se propagaron con facilidad gracias al alcance de los medios de comunicación, los cuales no sólo operaron como vehículos para informar a la población respecto a la nueva cepa y para promover las urgentes medidas preventivas; también fungieron como “armas psicológicas” al difundir discursos e imágenes capaces de provocar miedo y angustia en torno a la contingencia, tanto en México como en vastas zonas geográficas, y cuya circulación entre la población no estuvo siempre apoyada por la experiencia directa, sino por una suerte de reelaboración interpretativa respecto a lo que se decía y escuchaba.

Como antaño, el mundo contemporáneo se vio inmerso en una atmósfera de inseguridad, ansiedad y temor ante un hecho que parecía poner en riesgo la supervivencia humana. De nueva cuenta, se activaron mecanismos orientados no sólo a hacerle frente al peligro concreto que representaba la influenza A(H1N1), sino a resarcir la pérdida de esa seguridad ontológica, señalada por Giddens y por los historiadores para este y otro tipo de riesgos.

Bajo este marco y apoyados en las reflexiones antecedentes, en el presente capítulo, se ofrece un panorama sintético sobre el virus A(H1N1) y su brote en 2009. De manera también sumaria se abordan ciertos aspectos relacionados con la toma de decisiones articulada por varias instancias y actores nacionales e internacionales, así como las contradicciones y ambivalencias que exacerbaban el ambiente de excepción que ya se estaba viviendo.

Por último, se analizan ciertos comportamientos sociales que, ahora en una nueva edición, son expresión de la actualización de los miedos y temores que siempre surgen ante lo desconocido. Aunque en el capítulo anterior se plantearon varios de estos fenómenos, tal y como se desarrollaron en otras etapas históricas marcadas por las epidemias, ahora nos centramos principalmente en los ligados a la propagación de rumores y a la imputación de causalidad sobre sujetos específicos. A pesar de que el análisis de la contingencia del 2009 es más complejo de lo que puede decirse aquí, el análisis somero de estos tres aspectos permite ver su papel y efecto en prácticas colectivas específicas, las cuales pueden colaborar en el trastocamiento mayor de una vida social ya inmersa en un contexto generalizado de riesgos no sólo biológicos.

### **3.1 El nuevo virus: ¿un riesgo manufacturado?**

Puede volverse a señalar que la aparición actual de nuevos virus es característica de la cuarta etapa propuesta por J. McMichael, y señalada en el capítulo segundo: la escala de su transmisión alcanza una magnitud global gracias a las transformaciones medio ambientales y la interconexión sin precedentes que caracterizan al mundo globalizado. Así, y como hemos venido sosteniendo en este trabajo, el surgimiento de estos nuevos virus y de las enfermedades que ocasionan pueden ser considerados como riesgos manufacturados, en tanto son resultado de los procesos que han transformado las relaciones de las sociedades modernas con el entorno natural, así como los estilos de vida y las formas de gestionar la vida cotidiana.

Si bien, de acuerdo a una distinción hecha anteriormente,<sup>175</sup> los nuevos virus pueden caer en la categoría de los peligros, ya que pueden estar fuera del control y de la voluntad humana (tal y como sería la caída de un aerolito), lo cierto es que su carácter fundamental es de “riesgos”, pues su aparición, propagación y forma de enfrentarlos son el resultado de acciones y decisiones que se desarrollan en el marco de estructuras sociales y modelos económicos concretos. Como riesgos manufacturados de un mundo globalizado se convierten en amenazas epidemiológicas mundiales que se distinguen de cualquier otro periodo histórico, en tanto tienen más prevalencia que los peligros y “riesgos externos”, porque se derivan directamente de los

---

<sup>175</sup> Cf. Capítulo 1.

mismos patrones y formas que desarrollaron las sociedades modernas en todos los órdenes de la vida en general: ecológicos, políticos, económicos y sociales. Esta afirmación puede quedar más clara si hacemos un rastreo general de su aparición.

### 3.1.1 El virus A(H1N1) 2009

Al igual que otros virus aparecidos en la historia de las epidemias, se considera que el surgimiento del A (H1N1) provino del contacto entre animales y humanos; y su propagación está asociada directamente con el desarrollo de grandes concentraciones poblacionales. Sin embargo, este virus, además de resultar genéticamente inédito, no sólo evidenció su capacidad para traspasar las barreras inter-especies sino también una altísima capacidad de transmisión, dadas las condiciones actuales. Como se dijo en el anterior capítulo, el virus A(H1N1) pudo superar fronteras geográficas, políticas y sociales, gracias al flujo comercial, de productos y de viajeros, así como a las diversas condiciones urbanas y estilos de vida que caracterizan al mundo contemporáneo. A esto se sumó la falta de resistencia inmunitaria por tratarse de una cepa a la que la mayor parte de la población mundial no había estado expuesta. Su novedad, su capacidad para traspasar las barreras entre especies vivas y las fronteras geográficas, y el hecho de que los individuos no contasen con resistencia inmunitaria, la diferenciaron de otros tipos y subtipos virales conocidos causantes de las influencias y lo convirtieron en un riesgo con posibles efectos más severos.

Para comprender mejor sus características cabe recordar que existen tres tipos de virus de influenza: A, B y C. Los tipos A y B causan epidemias de gripe estacional, mientras que los virus C no las producen y provocan únicamente infecciones sin síntomas. Los de tipo A pueden llegar a infectar a personas, aves, cerdos, caballos, ballenas y otros animales, siendo las aves acuáticas salvajes los huéspedes naturales de ellos. Por su parte, los virus de la influenza B circulan solamente entre los humanos. Únicamente los del tipo A se derivan en clases o subtipos a partir de dos proteínas presentes en su superficie: la hemaglutinina (H) y la neuromidasa (N).<sup>176</sup>

---

<sup>176</sup> En este sentido, cabe señalar que existen 17 subtipos diferentes de hemaglutinina y 10 subtipos diferentes de neuromidasa. Los virus de influenza B no se clasifican en subtipos, sin embargo, los tipos A y B pueden dividirse en diferentes cepas. El virus de la Influenza B provoca el tipo más simple de gripe ya que no posee habilidad para mutar. Estos pueden llegar a ser mortales entre humanos, pero en

Por su estructura el virus aparecido en el 2009 se clasificó dentro del subtipo H1N1, al contar con la hemaglutinina 1 y la neuraminidasa 1. Si bien este subtipo ya circulaba en la especie humana (pues fue el mismo que causó la pandemia de 1918-1919, conocida como “gripe española”), en el año mencionado presentó una nueva reordenación genética derivada de las alteraciones en los aminoácidos que lo componen. De esta forma, su estructura genética ya no era la del virus causante de “la gripe española” el cual saltó de las aves al humano sin necesidad de ningún huésped intermediario, caso contrario a la nueva cepa que tuvo como intermediario al cerdo.

Como puede apreciarse, los virus de la influenza A pueden contagiarse de los animales a los seres humanos. Esto ocurre de dos formas: directamente de las aves (o de los lugares contaminados) a las personas o a través de un intermediario, como el cerdo. Cabe señalar que el cerdo además de este virus específico a su especie puede ser infectado con virus de influenza aviar y humana. Esta condición permite que los cerdos puedan contagiarse a la vez de los virus de influenza de distintas especies, permitiendo que su combinación cree un nuevo virus. Cabe señalar que la infección de una célula por dos virus diferentes puede dar origen a un nuevo subtipo de virus A, cuya reordenación genética resultante afecta generalmente a la especie en donde mutó. Pero existen casos, como en el 2009, en el que el nuevo virus puede volver a saltar de especie, a los seres humanos, gracias a la exposición constante que estos llegan a tener con los animales infectados, generalmente con fines de cría y consumo.

Este salto de barreras entre especies no resulta ser en lo absoluto nuevo si retomamos lo expuesto por J. Diamond respecto al surgimiento de estas enfermedades y su transmisión a humanos, vinculados a enfermedades de origen animal.<sup>177</sup> Sin embargo, cabe señalar que esto no es común en tanto los sistemas inmunitarios del hombre y de los animales poseen una propiedad conocida como “restricción de huésped”, que impide la transmisión de virus de la influenza de una especie a otra. Pero cuando el virus tiene la capacidad para vencer esta restricción y realiza un salto de

---

general se encuentran asociados con epidemias más leves que las causadas por el tipo A, además de que no se han registrado pandemias causadas por el virus de influenza tipo B.

<sup>177</sup> Cabe recordar el vínculo existente entre la domesticación de los animales y la transmisión de estas enfermedades a humanos ya que los primeros en llevar a cabo esta actividad fueron los primeros en contraer estos padecimientos y, paradójicamente, también fueron los primeros en desarrollar resistencia e inmunidad. Cf. Capítulo 2

especie, concretamente a los seres humanos, se establecen cadenas de propagación entre la nueva especie infectada y pasa a formar parte de su propio repertorio de virus, virus humanos.

### 3.1.2 Reordenaciones genéticas y pandemias

Como ya hemos señalado, la evolución y propagación de un virus como el aparecido en el año 2009 se encuentra directamente relacionada con los modelos de producción y consumo ligados la cría intensiva de cárnicos. Bajo tales modelos las primeras víctimas de la reordenación de un virus pueden llegar a ser quienes se encuentran en trato directo con los animales, o sea, los trabajadores de las granjas de cría, sin que esto implique necesariamente una transmisión entre seres humanos. Pero en otros casos, las reordenaciones genéticas tienen la capacidad para desarrollar cadenas de transmisión inter-humana: el nuevo subtipo de virus adquiere potencial pandémico debido a la escasa o nula inmunidad presente en el organismo de los individuos.

En la historia moderna se han registrado pandemias derivadas de la imprevista aparición de nuevos subtipos que han logrado brincar la barrera entre especies y generar cadenas de transmisión entre seres humanos. Esto es lo que sucedió con la “gripe española” de 1918; la “gripe asiática” de 1957 producida por el virus A(H2N2) y causada por la reordenación del virus de 1918 con un virus aviar; y la de 1968, conocida como “gripe de Hong Kong” y causada por el subtipo A(H3N2). La peligrosidad de tales reordenaciones es conocida; la más letal, la de la gripe española, causó la muerte de entre 40 y 50 millones de personas, seguida por la de 1957 que terminó con la vida de un millón y medio de personas y la de 1968 que mató a cerca de un millón de personas.<sup>178</sup> Lo anterior es un claro ejemplo de reordenaciones genéticas, ya que el virus causante de la pandemia de 1918, había dejado de circular en 1957 tras emerger el subtipo H2N2, sin embargo, como se ha señalado respecto a los factores de riesgo asociados a la investigación científica, reapareció en 1977 tras escaparse accidentalmente de un laboratorio.<sup>179</sup>

---

<sup>178</sup> Cevallos, Miguel Ángel, “Influenza A/H1N1: la nueva epidemia”, en *¿Cómo Ves?*, México, UNAM, junio 2009, número 127, p. 10

<sup>179</sup> Vaqué Rafart J, *et. al.*, “Principales características de la pandemia por el nuevo virus influenza A (H1N1)” en *Medicina Clínica*, Barcelona, 2009, en <http://rafalafena.files.wordpress.com/2009/10/h1n1->

### 3.1.3 Granjas factoría y gripe porcina en humanos

Hasta el año 2009 los virus asociados a los cerdos no habían sido causa de ninguna pandemia, aunque ya se habían registrado con anterioridad algunos casos que daban muestra del salto de barrera entre especies. Un primer registro del salto de barrera entre porcinos y humanos se dio en un campamento militar de Fort Dix, en New Jersey entre enero y febrero de 1976, el cual no tuvo graves consecuencias.

Entre la población animal, el virus “clásico” de la influenza porcina circuló entre 1930 y 1990 sin causar grandes contingencias, siendo dominante en la población norteamericana de cerdos. Sin embargo, esta condición cambió en 1998 cuando surgió un virus tripartito, que reordenó el virus clásico con uno humano (H3N2) y con un virus aviar. Éste fue detectado por primera vez en una granja industrial en Carolina del Norte, segundo Estado con mayor producción de cerdos en Estados Unidos, y circula desde entonces entre la población porcina junto a la cepa clásica.

Los casos detectados en Carolina del Norte dieron muestra de las consecuencias de la producción masiva de alimentos y de la cría industrial de ganado, caracterizada por la concentración de grandes poblaciones de animales y por el confinamiento de éstos en la búsqueda de grandes ganancias a bajo costo. Dicho estado había pasado de tener una población de cerdos de dos millones a diez millones en tan sólo seis años, paradójicamente, también existía una evidente disminución del número de granjas de cría, lo que indicaba un mayor hacinamiento de la población animal. De esta forma, se anunciaba una práctica cada vez más común respecto a la cría intensiva de estos animales, ya que si “en 1975 había en Estados Unidos unas 660 mil granjas porcícolas que producían alrededor de 69 millones de cerdos al año, la mayoría de estas eran negocios familiares, para 2004 el 90% de esas granjas había desaparecido: sólo había 69 mil granjas, pero el número de cerdos pasó a 103 millones al año.”<sup>180</sup> En el marco de este tipo de modelos de producción, el uso de antibióticos que buscan evitar el brote y propagación de enfermedades entre la población animal así como su utilización para acelerar el crecimiento de los animales, puede llegar a tener efectos nocivos para la

---

caracteristicas-de-la-pandemia-por-el-nuevo-virus-influenza-a-h1n1-mc-2009.pdf, revisado el 2 de marzo de 2013.

<sup>180</sup> Ortiz, Gustavo, “La influenza porcina y la ética del consumo de jamón”, en <http://www.filosoficas.unam.mx/~gmom/influenza.pdf>, revisado el 10 de marzo de 2013.

salud, debido a su contribución en el desarrollo de bacterias resistentes a los antibióticos en los humanos.

El virus causante de la pandemia de 2009 fue el resultado, precisamente, de una nueva reordenación del virus porcino originado en Carolina del Norte, combinado con uno proveniente de Euroasia que apareció en 1976<sup>181</sup>. Como señala un informe, “la combinación de segmentos genéticos del nuevo virus no había sido visto antes”<sup>182</sup> y el lugar en donde esta combinación se dio se desconoce, pero se presume que sucedió mucho tiempo antes que saltara a la especie humana.

A pesar de que no puede precisarse con exactitud el lugar y el momento en donde el nuevo subtipo evolucionó, hasta la fecha todo parece confirmar que la nueva reordenación genética del virus A(H1N1) de 2009 se desarrolló en el marco de la cría intensiva de cerdos y bajo el esquema de las “granjas-factoría” varias veces señaladas aquí. Las condiciones que predominan en dichas granjas de cría ya han sido mencionadas en términos generales, sin embargo podemos ahora enfatizar algunas de ellas como el hacinamiento a las que son confinados miles de cerdos en jaulas que les impiden su movimiento, generando la incapacidad de desarrollar su comportamiento natural y desarrollando comportamientos de agresividad y tensión. La ventilación deficiente es otra característica de estos lugares en que es difícil el manejo de una gran cantidad de excrementos y en donde las hembras destinadas a la cría son asiladas en jaulas de gestación dentro de las cuales son condenadas a repetir el ciclo de reproducción, sin poder prácticamente moverse. En tales condiciones los virus “tienen oportunidad para reproducirse, mutar, reagruparse y recombinarse en nuevas cepas [...] [ya que] dentro de las granjas de cría intensiva se facilita la evolución de nuevas cepas. En estas, los trabajadores también pueden adquirir este tipo de infecciones y experimentar diferentes síntomas dependiendo de su propia inmunidad”<sup>183</sup>.

---

<sup>181</sup> “En Europa, el virus porcino H1N1 de 1918 se detectó esporádicamente en los años 1950, y desde 1976 circuló de forma extensa seguramente tras ser introducido a partir de cerdos importados de EE.UU.” Fuente: Vaqué Rafart J, *op. cit.*, p. 5

<sup>182</sup> Vaqué Rafart J, *op. cit.*, p. 5

<sup>183</sup> Schmidt, Charles, “Swine CAFOs & Novel H1N1 Flu: Separating Facts from Fears” en *Environ Health Perspectives*, 2009, September, en <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2737041/>, revisado el 12 de marzo de 2013

Desde antes del brote registrado en 2009 ya se hacía mención respecto a las implicaciones y consecuencias de dicha forma de producción. La revista *Science*, en un artículo publicado en 2003 advertía:

“Los cambios en las granjas [de producción] pueden estar fomentando la evolución del virus de la gripe porcina, y si una nueva cepa cruza de nuevo en seres humanos, podría tener consecuencias mortales [...] Parece que después de años de estabilidad, el virus de influenza porcino norteamericano ha evolucionado rápidamente, produciendo variantes cada año. Los cambios en la cría de animales, que implican el aumento de vacunación, pueden estar estimulando esta oleada evolutiva. Y los investigadores dicen que la gran cantidad resultante de diferentes virus de gripe porcina podría significar un peligro para los seres humanos también. La gripe porcina en evolución 'aumenta la probabilidad de que el surgimiento de un virus nuevo pueda ser transmisible entre humanos'.”<sup>184</sup>

Pero tales modelos no sólo afectan a los animales, las comunidades en las que son instaladas dichas granjas también entran en riesgo por la contaminación en el agua, el suelo y el aire que éstas ocasionan. En el caso concreto del brote del 2009 la nueva edición de riesgos para la salud humana no se hizo esperar, comenzando por las comunidades cercanas a las granjas porcícolas asociadas a los primeros brotes de la pandemia del virus A(H1N1). Tal es el caso de la comunidad de La Gloria, del municipio de Perote, en Veracruz; lugar en donde se ubicó una granja de cría intensiva de cerdos desde el año 1994, “Granjas Carroll”, de la empresa estadounidense Smithfield Foods Inc., junto con Agroindustriales Unidos de México, instalada aprovechando la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio.

Cabe destacar que Smithfield Foods ya tenía serios problemas judiciales en Estados Unidos y enfrentaba fuertes acusaciones por contaminación, derivadas de una legislación cada vez más rígida. Tan sólo en 1997 esta compañía fue multada con \$12.6 millones de dólares, una multa histórica impuesta por las violaciones a las disposiciones sobre el agua estipuladas en la *Clean Water Act.*, por haber descargado niveles ilegales de contaminantes en el Río Pagan que causaron serios impactos ambientales. También diversos grupos ambientalistas denunciaron y siguen acusando a dicha empresa por su actividad contaminante en Virginia y Carolina del Norte (lugar último, se recuerda, donde surgió el virus tripartito).

---

<sup>184</sup> Wuethrich, Bernice, “Chasing the Fickle Swine Flu”, en *Science*, no. 5612, 2003, p. 1502

Sus sucursales en México han sido responsabilizadas de ser un foco de infección y contaminación: “nubes de moscas emanan de las lagunas de oxidación donde la empresa Granjas Carroll vierte los desechos fecales de sus granjas porcícolas, la contaminación a cielo abierto ya [ha generado] una epidemia de infecciones respiratorias en el poblado”, señalan algunos habitantes de las comunidades cercanas.<sup>185</sup> Incluso antes del brote de la influenza en 2009, esta empresa fue denunciada por un movimiento ambientalista en 2004, mismo que ha sido reprimido por el gobierno estatal en contubernio con los dueños de tales granjas.<sup>186</sup>

Si como se ha dicho, el virus surgido en 2009 no constituyó la primera ocasión de un reordenamiento genético, este suceso puso de manifiesto los peligros derivados de una tendencia que poco a poco ha dominado con mayor fuerza la industria agroalimentaria y que tiene que ver con los métodos modernos de producción animal que, dicho sea de paso, se han generalizado desde los años 60. Al respecto cabe recordar a Luhmann cuando señala que aquellos sucesos que irrumpen en el transcurso de la cotidianidad, aquellos que resultan sorprendidos e imprevistos, no son resultado del azar sino que detrás de éstos subyace una serie de decisiones que les han permitido desarrollarse. Así pues, la irrupción del virus A(H1N1) en 2009 no fue un evento fortuito, derivado del azar o de factores externos, sino que detrás de esta contingencia se encuentran una serie de factores asociados directamente con el tipo de decisiones tomadas para beneficiar a una industria a toda costa, reduciendo los costos de producción y maximizando las ganancias.

Estas decisiones, guiadas por intereses económicos concretos como los de las granjas de cerdos instaladas en México, ponen en duda la tesis de U. Beck respecto a que los riesgos manufacturados tienen un carácter democrático pues tal y como afirma R. Castel: “las industrias más polucionantes están ubicadas preferentemente en los

---

<sup>185</sup> Timoteo, Andrés, “Granjas Carroll provocó la epidemia de males respiratorios en Perote, según agente municipal”, en <http://www.jornada.unam.mx/2009/04/06/index.php?section=estados&article=030n1est>, revisado el 23 de marzo de 2013

<sup>186</sup> Cinco activistas de La Gloria han enfrentado denuncias penales presentadas por Granjas Carroll por haber cometido el delito de “ataques a las vías generales de comunicación” por el bloqueo de la carretera federal Achichica-Perote en protesta por la expansión de dicha empresa. Además de haber sido víctimas de hostigamiento y amenazas vinculadas a su actividad en contra de la expansión de dicha empresa. Ver “Los estragos de Granjas Carroll en Perote”, *Milenio Diario*, en <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8559659>, revisado el 25 de marzo de 2013

países en vías de desarrollo y afectan a las poblaciones más desprovistas de medios para garantizar la higiene y la seguridad, la prevención o la reparación de esos daños.”<sup>187</sup> En todo caso la democratización de tales riesgos consiste en que estas empresas transnacionales han brindado el contexto adecuado para la evolución y la reordenación genética de virus que pueden afectar a cualquier persona, comunidad o país, sin distinción alguna. Así, si bien las primeras afectadas en el caso de las granjas factorías son las comunidades en donde éstas se asientan, lo cierto es que en el caso del virus A(H1N1)2009, y tras darse el salto entre especies, el virus afectó no sólo a la población circunvecina, sino que se convirtió en un riesgo para la población en general, desarrollándose así la lógica del reparto de los riesgos propuesta por Beck: “los riesgos de la modernización afectan más tarde o más temprano también a quienes los producen o se benefician de ellos”.<sup>188</sup>

### **3.1.4 Otras condiciones de riesgos**

Otro factor que hemos mencionado se asocia directamente con el surgimiento y propagación del virus A (H1N1) de 2009, tiene que ver con los estrepitosos cambios en la relación entre microbios y seres humanos, los que además de detonar una serie de elementos han generado una mayor vulnerabilidad orgánica en los individuos. Este y otros factores están relacionados con condiciones de riesgo que se han desarrollado en el marco del mismo proceso de globalización.

La propagación de este virus también tuvo como condiciones facilitadoras los patrones internacionales de comercio y el flujo de viajes de millones de personas por todo el orbe; la degradación ambiental que merma el funcionamiento de los ecosistemas y que afecta la dinámica y comportamiento de los virus; el crecimiento de megalópolis que condensan a millones de personas bajo una dinámica fluida o “liquida” de intercambios y contactos en toda clase de espacios públicos y privados; las grandes brechas económicas que se manifiestan en tasa de pobreza alarmantes y en la mala calidad de los servicios públicos, en el hacinamiento precario de las capas más desprotegidas de la población que no tienen margen para aislarse de los focos contagiosos, en las malas prácticas alimentarias apoyadas por patrones de consumo

---

<sup>187</sup> Castel, Robert, *op. cit.*, p. 80-81

<sup>188</sup> Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad, op. cit.*, p. 29

de alimentos industrializados que, junto a otros factores, influyen en las condiciones físicas de las personas y en el desarrollo de enfermedades como la obesidad (uno de los factores de riesgo directamente vinculados con la vulnerabilidad a la influenza A (H1N1)). Esto sin olvidar el fenómeno de la resistencia a los antibióticos que, en el caso de este virus en particular, representó un mayor desafío pues su reordenación genética, entonces desconocida, dificultó todavía más la búsqueda de antivirales eficaces. Estas y otras condiciones de riesgo jugaron un fuerte papel en el brote del 2009 y en la extensión y velocidad que pudo adoptar su propagación.

### **3.2 Los sistemas expertos y la percepción del riesgo**

En este contexto, la aparición de un virus con potencial pandémico, como el A(H1N1) vuelve a colocar el conocimiento disponible como el mecanismo privilegiado para controlar la incertidumbre causada por dicho riesgo. El mismo desarrollo tecnológico, como antaño, da lugar al establecimiento legitimado de esos “sistemas expertos” mencionados por Giddens, cuyo incremento en la especialización en torno un tema genera distancias sociales entre los profesionales o expertos y las poblaciones a los que van dirigidos. Los sistemas expertos son “sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que se vive sobre los cuales un 'sujeto común y corriente' no tiene mayor conocimiento y que 'el estado de las cosas' obliga a establecer como 'fiables'”.<sup>189</sup>

En las sociedades modernas muchos de estos sistemas expertos orientados a la salud operan en el terreno de instituciones formalizadas, cuyos saberes especializados gozan de gran confianza; por lo que han devenido agentes sociales legitimados para diseñar tanto las políticas de prevención como enfrentar las de control sanitario. En el caso particular del virus surgido en 2009, los médicos e instituciones de salud (nacionales e internacionales) junto a los gobiernos nacionales y las autoridades que han surgido en el marco del proceso de globalización, fueron los agentes autorizados para actuar frente a este tipo de contingencias. El conocimiento generado por estos agentes es considerado como legítimo y, como en tiempos pasados, las explicaciones

---

<sup>189</sup> Giddens, A, “Consecuencias de la modernidad”, Alianza, Madrid, 1993, p. 37

brindadas por ellos son fundamento para guiar las prácticas personales y colectivas en este terreno.

Como se ha reiterado en varias ocasiones, tales sistemas expertos no sólo fueron generadores de información y recomendaciones que guiaron el actuar de los ciudadanos y de los gobiernos locales para enfrentar la contingencia derivada de la aparición de este nuevo virus. La tesis que aquí se defiende es que también contribuyeron a exacerbar el ambiente de incertidumbre ocasionada por dicha epidemia, pues la percepción que generaron en torno a este riesgo se encontró condicionada no sólo por los conocimientos disponibles, sino por el tipo de información que transmitieron. Esta afirmación se apoya en que ciertamente los conocimientos científicos disponibles aportaron los elementos más relevantes para tratar de comprender y enfrentar el comportamiento del nuevo patógeno. Sin embargo, la contingencia rebasó este ámbito, pues tratándose de un problema de salud pública entraron en escena otros sistemas como las instancias gubernamentales y los organismos nacionales e internacionales encargados de gestionar el conocimiento científico y traducirlo en políticas y programas concretos. Tales sistemas expertos en el campo de la salud pública encabezan lo que algunos han denominado el modelo médico hegemónico, en tanto refieren a cómo “la producción de conocimiento legítimo respecto de la salud se localiza en las instituciones biomédicas especializadas, en particular en laboratorios, hospitales y clínicas reconocidas como líderes en el campo biomédico”<sup>190</sup>. Un modelo hegemónico que en lo general y en el caso de la contingencia del 2009 rebasa las fronteras nacionales, pues como señala U. Beck a peligros globales corresponden respuestas y acciones colectivas de entes e instituciones supranacionales: “el Estado nacional [...] ha dejado de ser el artífice del marco referencial que contiene todos los demás marcos de significación y posibilita dar respuestas políticas.”<sup>191</sup>

Así, los riesgos no abarcaron únicamente la aparición de un nuevo patógeno sino que se vincularon con el tipo de decisiones que se tomaron en torno a la previsión y el

---

<sup>190</sup> Menéndez, Eduardo, *et. al.*, *Miedos, riesgos e inseguridades. Los medios, los profesionales y los intelectuales en la construcción social como catástrofe*, México, CIESAS/Publicaciones de la Casa Chata, 2009, p. 14

<sup>191</sup> Beck, Ulrich, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 15

combate de éste. Por este motivo, los sistemas expertos en el terreno de la salud pública como la Secretaría de Salud en México; y a nivel mundial la Organización Mundial de la Salud (OMS) y a la Organización Panamericana de la Salud funcionaron como “instancias de decisión” a la manera de Luhmann, ya que su propia toma de decisiones puede detonar la aparición de un posible daño que las afecte a ellas mismas o a terceros.<sup>192</sup> Para ver más de cerca su papel durante el brote registrado en 2009, sigamos la siguiente cronología.

Por lo que se sabe, hasta el 23 de abril de ese mismo año la información en torno al nuevo virus había circulado únicamente entre la comunidad científica, y desde finales de marzo de ese año, las autoridades mexicanas de salud habían detectado una mortalidad relativamente alta para la primavera ocasionada por enfermedades respiratorias. Por su parte, la OMS había sido informada por una empresa de biovigilancia (Veratect), desde el 2 de abril, respecto a un brote de influenza en la comunidad de La Gloria, en Perote, Veracruz. Dicho informe señalaba que cerca de 60% de habitantes, de una población de tres mil personas, había presentado un cuadro de gripa y neumonía.<sup>193</sup> Ante la posibilidad de que esta epidemia infectara a miles de personas, el 12 de abril, la Secretaría de Salud envió una alerta al Center for Disease Control and Prevention (CDC) en Estados Unidos sobre los casos de enfermedades respiratorias registrados en el centro del país, y el 16 de abril, el entonces director de epidemiología de la Secretaría de Salud, envió a la OPS un informe sobre los casos de neumonía registrados.

Por su parte, el gobierno de Estados Unidos notificó a la OMS, el 17 de abril de 2009, la detección de un nuevo virus de origen porcino en un niño de 10 años y una niña de 9, quienes no habían tenido contacto con cerdos y residían en condados del sur de California. En ambos casos el virus presentaba una composición genética que no había sido identificada antes y el CDC comunicó de manera informal dicho hallazgo al gobierno mexicano.

---

<sup>192</sup>Recordemos la distinción hecha por Luhmann entre “instancias de decisión” y “afectados”. Cf. Cap.1

<sup>193</sup> “Sabían de influenza desde el 2 de abril”, *Reforma*, 27 de abril de 2009, <http://www.reforma.com/influenza/articulo/496/990332/>, revisado el 26 de abril de 2013.

El 20 de abril las autoridades mexicanas enviaron un informe más detallado al CDC sobre el aumento inusual de casos de influenza. Debido a que México no disponía de ningún laboratorio especializado para identificar nuevos subtipos, el gobierno solicitó la asistencia técnica a la Agencia de Salud Pública de Canadá y a la División de Influenza del Centers for Disease Control and Prevention (CDC) antes mencionada. Dos días después de esta solicitud se enviaron 51 muestras a dichos laboratorios y el 23 de abril se le notificó a la Secretaría de Salud que, de las muestras enviadas, 17 correspondían al nuevo virus detectado en los dos niños en California. Con esta notificación el gobierno mexicano emitió la alerta sobre un nuevo tipo de virus de influenza que estaba afectando particularmente al centro del país y además, anunció la puesta en marcha de un plan de contingencia.

Pronto, nuevos casos se sucedieron en distintas regiones de México y del mundo y las autoridades sanitarias nacionales e internacionales buscaron hacer frente a este nuevo riesgo global con base a ciertos cálculos de probabilidad sobre el alcance de la epidemia. El papel de distintos científicos e investigadores fue crucial para tales cómputos y para las pautas a seguir, asesorando a los gobiernos y dependencias de salud pública, tomadores de decisiones. Pero fueron organismos internacionales, como la OMS y la OPS, cuya autoridad mundial los convirtió en los rectores principales. Cabe recordar que entre sus funciones de rectoría se encuentra la de emitir los “niveles de alerta” por los cuales transita una epidemia. En el caso del brote del 2009 sus alertas transitaban de la fase 3 a la 4, después de verificar la existencia de transmisión interhumana capaz de causar brotes a nivel local y así hasta la fase 6, que señalaba que una pandemia estaba en curso.<sup>194</sup>

---

<sup>194</sup> Las diferentes fases de alerta epidemiológica aplicadas por la OMS son las siguientes: Fase 1. los virus que afectan a los animales no causan problemas en humanos; Fase 2. Circulación entre los animales domésticos o salvajes de un virus gripal animal que ha causado infecciones humanas. Fase 3. Se caracteriza por la existencia de un virus gripal animal o un virus reagrupado humano-animal que ha causado casos esporádicos o pequeños conglomerados de casos humanos, pero no se transmite de persona a persona. Fase 4. El virus se está adaptando a los humanos y comienza a tener la capacidad de transmisión de persona a persona y causar brotes sostenidos en una comunidad (todo país que sospeche atraviesa por esta fase, debe consultar urgentemente a la OMS). Fase 5. se propaga el virus de persona a persona al menos en dos países de una región de la OMS, la fase cinco es un indicio de la inminencia de una pandemia. Fase 6. Es la fase pandémica, caracterizada por la propagación del virus de persona a persona, acompañados de la aparición de brotes comunitarios en al menos un tercer país de una región distintas. La declaración de esta fase, indica que está en marcha una pandemia mundial.

Nadie puede negar el papel y la necesidad de contar con estos grandes sistemas expertos en salud a nivel mundial, cuya labor impulsa esfuerzos comunes y coordina de manera eficaz las acciones emprendidas por diversos países, sobre todo cuando se trata de pandemias que tienen la capacidad de traspasar fronteras geográficas, económicas y sociales. Sin embargo, lo sucedido en el brote de influenza del 2009 hizo visible, de nueva cuenta, la capacidad que tiene el conocimiento disponible no sólo para enfrentar esta clase de peligros biológicos, sino también, y como se ha demostrado a lo largo de la historia, para jugar el papel de “armas psicológicas” capaces de disminuir o reforzar los temores que inundan a las comunidades humanas cuando su supervivencia se encuentra amenazada.

En este sentido, la ola de alertas y demás informaciones vertidas por organismos internacionales, en particular la OMS,<sup>195</sup> cumplieron con sus responsabilidad de hacer patente el riesgo inminente de una epidemia; pero también, por su mismo carácter global, dichas informaciones y alertas, al entrar en la dinámica social y pública de una gran variedad de sociedades receptoras dispararon una inseguridad e incertidumbre generalizada, entrando de nueva cuenta en esas eras del miedo señaladas por Delumeau.<sup>196</sup> Aunque ahora ya no se trataba, como en la época de las pestes medievales, de actores legitimados por un poder divino, los organismos aquí señalados, apoyados en la autoridad de los aportes de la ciencia, diseminaron una serie de explicaciones que llegaron prácticamente a convertirse en verdad absoluta. Estas explicaciones que tuvieron la función de armas psicológicas llegaron a enfatizar, sin tener certeza alguna, sobre el inminente riesgo de una pandemia con poder devastador. Basta recordar la declaración del 7 de mayo de 2009 del entonces Director Adjunto de la OMS, Keiji Fukuda, que aseguraba que un tercio de la población mundial iba a ser infectada.<sup>197</sup> Con ello se alimentó una percepción de amenaza incontrolable que encontró asidero en el aumento de los niveles de alerta epidemiológica que alcanzó el

---

Cf. “Fase actual de alerta de pandemia según la OMS”, [http://apps.who.int/csr/disease/avian\\_influenza/phase/es/index.html](http://apps.who.int/csr/disease/avian_influenza/phase/es/index.html), revisado el 26 de abril de 2013.

<sup>195</sup> Otros actores como los medios de comunicación masiva serán abordados más adelante

<sup>196</sup> Cf capítulo 2.

<sup>197</sup> “Virus podría infectar a dos mil millones: OMS”, *El Universal*, 7 de mayo de 2009, <http://www.eluniversal.com.mx/notas/596400.html>, revisado el 27 de abril de 2013

nivel 6, la fase máxima, y en la estimación difundida por la OMS respecto al posible contagio de dos billones de personas.<sup>198</sup>

Pero como siempre ha sucedido en la historia de las epidemias las “verdades absolutas” se llegan a relativizar con la entrada de voces disidentes que pueden descalificar la autoridad de los sistemas expertos del momento y sus discursos, o bien colaboran a aumentar las dudas y confusiones sobre el grado de riesgo objetivo que representan los brotes y extensión de enfermedades consideradas mortales. También respecto al brote de la influenza A(H1N1) surgieron discrepancias que señalaban que la alarma mundial parecía ser mucho mayor al riesgo real y objetivo. La contraposición de dos discursos dentro del ámbito científico en torno a la gravedad de la contingencia dio pauta a percepciones sociales sumergidas en la incertidumbre y en la incredulidad.

### **3.3 Ambivalencia entre el discurso hegemónico y el no hegemónico.**

Para acercarse a la dinámica que provocó la contraposición de discursos científicos en torno a la contingencia es necesario retomar una serie de consideraciones que se desprenden de varios analistas y autores aquí citados. Una de ellas refiere a que dentro del ámbito del saber científico, existen claras diferencias entre los distintos actores que lo componen. Varias de estas diferencias obedecen al grado de aceptación social que tiene determinado conocimiento generado por cierto grupo o cierta organización; y el cual, como se ha dicho antes, por el sólo hecho de su legitimación dentro del “modelo médico hegemónico” es valorado como verdadero.

En este marco hay actores, como lo son médicos o epidemiólogos, cuyo campo de acción no se encuentra ligado directamente a la toma de decisiones, y tienen menor acceso a los medios de difusión. Ellos se diferencian de otros que sí tienen mayores posibilidades de ser escuchados en cuanto se dedican principalmente a la

---

<sup>198</sup> “WHO Maintains 2 Billion Estimate Likely for Swine Flu Cases”, *Fox News*, 5 de agosto de 2009, en <http://www.foxnews.com/story/2009/08/05/who-maintains-2-billion-estimate-likely-for-swine-flu-cases/>, revisado el 13 de mayo de 2013.

administración médica y del conocimiento científico. Como dice Cristina Oehmichen-Bazán: “en el campo de la salud pública y de la epidemiología, el científico puro, dedicado únicamente a la investigación, tendrá un número muy limitado de escuchas. El científico-político tendrá en cambio el poder de tomar decisiones fundamentales (de vida y muerte) sobre la población en su totalidad”.<sup>199</sup>

La contraposición entre discursos hegemónicos y no hegemónicos hace uso de estos dos tipos de actores de una manera no mecánica (los científicos puros del lado de lo no hegemónico y los administrativos del hegemónico), tal y como se vio durante la contingencia. Como se dijo antes, frente al escenario de una pandemia anunciada como devastadora se alzaron voces discrepantes a las de los discursos que dominaban el panorama mundial, señalando que las medidas tomadas, al ser tan excesivas, más que prevenir la expansión del nuevo virus generarían una epidemia de pánico. Pude decirse que esta discordancia no era un problema subjetivo o simbólico, a la manera de los análisis de Mary Douglas,<sup>200</sup> producto de criterios culturales diferentes, sino de cálculos racionales distintos, basados también en el conocimiento científico existente. Éste fue el caso del médico Mark Siegel quien trató de redimensionar la verdadera magnitud de la enfermedad con el fin de contrarrestar el sentimiento de miedo que se expandía. Así, en un artículo publicado en el NY Post, afirmó que si bien la cepa estaba siendo transmitida de humano a humano, ésta no estaba matando a la gente ni constituía un riesgo para la salud pública. Además, invitaba a dar su justa interpretación a palabras que podían sonar amenazadoras, como el mismo término pandemia o mutación.<sup>201</sup>

Otra expresión de juicios contrarios son los que también surgieron dentro de las mismas instancias de decisión, cuyas valoraciones distintas del riesgo, para seguir con Mary Douglas, no se apoyaban en cuestiones morales, de justicia o seguridad, sino también en cálculos probabilísticos sobre el riesgo y de costo y beneficio. Este es el caso de los señalamientos del epidemiólogo alemán Wolfgang Wodarg, entonces presidente de la Comisión de la Salud del Consejo de Europa, quien puso en tela de

---

<sup>199</sup> Oehmichen-Bazán, Cristina, *et. al.*, “El Rumor y el racismo sanitario durante la epidemia de influenza A/H1N1” en *Cultura y Representaciones sociales. Revista electrónica de Ciencias Sociales*, Vol 5, No. 9 México, UNAM, p. 150

<sup>200</sup> Ver Capítulo 1.

<sup>201</sup> Siegel, Marc, “Pig-Flu Fears only feed the problem”, en *NY Post*, 28 de abril de 2009, [http://www.nypost.com/p/news/opinion/opedcolumnists/item\\_kFvth7vPeAiyf9p8kcmwKO](http://www.nypost.com/p/news/opinion/opedcolumnists/item_kFvth7vPeAiyf9p8kcmwKO), revisado el 27 de abril de 2013.

juicio la alerta internacional en torno al nuevo virus: “la OMS, en cooperación con algunas de las grandes compañías farmacéuticas y sus científicos, redefinieron el nivel pandémico y redujeron el umbral de alarma”.<sup>202</sup> Este señalamiento se basaba en que meses anteriores al brote de 2009 la OMS, influenciada por el lobby farmacéutico, había reducido los criterios para declarar una pandemia: antes de dicha reducción no sólo se tomaba en cuenta la facilidad de transmisión de una enfermedad y su expansión por dos o más continentes, también se incluía su grado de mortalidad. Pero en la redefinición hecha por ese organismo mundial había sido excluido éste último elemento (la mortalidad). Con ello bastaba la sola transmisión del virus en distintas áreas geográficas para que un brote fuera declarado como pandemia.

Tales señalamientos impulsados por actores de varios organismos europeos llevaron a que, en enero de 2010, la OMS compareciera ante el Consejo de Europa para responder a los cuestionamientos respecto a la alarma generada en 2009 por la presencia del virus A(H1N1). El cuestionamiento más fuerte correspondía a quiénes correspondía y de qué forma se tomaban las decisiones en el seno de dicho organismo para la declaración de una alerta mundial. Con la presencia de 47 legisladores de los países miembros del Consejo Europeo, quienes expusieron el documento, “La gestión de la pandemia H1N1: necesidad de una mayor transparencia” la OMS compareció en torno a las dudas vertidas respecto a la forma de gestionar la contingencia.

En dicha audiencia, a la que asistiera en representación de la OMS, Keiji Fukuda, legisladores como Paul Flynn señalaron que el gasto del Reino Unido en vacunas había sido de 700 millones de euros y señaló que la industria farmacéutica había “hecho un negocio de miles de millones de euros”; una suma estratosférica contando que de los 65.000 muertos previstos en ese país, éstos se habían quedado en menos de 100. En esta misma audiencia, el Dr. Wolfgang Wodarg señaló: “Nos dijeron que se trataba de una gripe que amenaza a la humanidad y millones se enfermarían. Por ello, se invirtieron millones de dólares en medicamentos. La OMS, básicamente sostenía el gatillo para los planes de preparación de una pandemia, tenían un papel clave a la hora

---

<sup>202</sup> “El Consejo de Europa debatirá la alerta por la nueva gripe”, en *El País*, 11 de enero de 2010, [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2010/01/11/actualidad/1263164406\\_850215.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2010/01/11/actualidad/1263164406_850215.html), revisado el 15 de abril de 2013.

de decidir sobre la pandemia. Alrededor de 18 mil millones de dólares se gastaron en esta pandemia en todo el mundo”.<sup>203</sup>

Al final de este capítulo volveremos a hacer un nuevo alcance de este problema. Por el momento basta señalar que la batalla por la definición de los criterios para establecer la gravedad del brote de influenza es algo que siempre sucede ante la incertidumbre de una enfermedad desconocida, sin embargo, y como también llega a suceder, el discurso vencedor corresponde a los grupos e instancias que mayor poder tienen para determinar las pautas respecto al problema en cuestión; en este caso, por tratarse de salud pública y con alcance internacional, la OMS. De tal modo, sus cálculos (que apuntaban hacia una pandemia mundial) y pautas prevalecieron, y los gobiernos en consonancia advirtieron a sus ciudadanos sobre las recomendaciones y planes de acción dictadas por dicha autoridad mundial.

Pero la cuestión no acaba en la discrepancia de cálculos y valoraciones dentro de estos sistemas expertos, tomadores de decisiones, no bastan los dictados de actores e instancias políticas y científicas, ni de los organismos internacionales para comprender la dinámica social que adquirió el brote del 2009. Ésta depende, como apunta Luhmann, de la participación de los afectados. Con su afirmación: “los riesgos constituyen peligros y los peligros son riesgos”, dicho autor nos permite ver que la forma de enfrentar una amenaza, como la pandemia motivo de esta reflexión, requiere de involucrar a la población susceptible de ser contagiada, la cual, por lo mismo, se convierte también en parte del mismo proceso de toma de decisiones.<sup>204</sup>

Está claro que una forma de involucrar a la población susceptible de contagios es informarla con toda oportunidad. Para hacerlo, y como en otras etapas de la historia de las epidemias, entran en juego los agentes y mecanismos que, como señala Delumeau, de acuerdo a las funciones sociales de su actividad son los que articulan y diseminan

---

<sup>203</sup> Cf. “El Consejo de Europa critica a la OMS por su gestión de la gripe A” <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2010/06/25/medicina/1277448645.html>, revisado el 3 de mayo de 2013

<sup>204</sup> Ver Cap. I Para Luhmann el riesgo es considerado como la posibilidad de que existan daños futuros derivados de decisiones presentes. Vale volver a afirmar que el riesgo es inherente a cualquier tipo de selección o decisión: la toma de decisiones resulta elemental para comprender la particularidad de un riesgo determinado, así como los peligros que no dependen de elección alguna y el papel de las instancias tomadoras de decisión y de quiénes son los afectados.

los discursos existentes sobre los peligros y amenazas. No hay duda que si bien en la trayectoria de la modernidad los medios de comunicación masiva han jugado este papel, en un mundo globalizado como el nuestro y con todos los avances tecnológicos, su capacidad para penetrar de manera inmediata los hogares y todo el tejido social con informaciones respecto a cualquier acontecimiento, en cualquier lugar del mundo, los ha convertido en uno de los agentes dominantes (junto con el internet) para interconectar personas y sociedades enteras, así como para enlazarlas con toda clase de disposiciones dictadas por los tomadores de decisiones.

Como se verá a continuación, los medios de comunicación masiva no sólo transmitieron las informaciones producto de la dinámica científica, gubernamental e institucional, sino que al modelar en forma de discursos e imágenes factibles de penetrar la esfera pública, tuvieron también el papel de armas psicológicas capaces de influenciar las percepciones, juicios y comportamientos personales y colectivos cotidianos.

### **3.4 Los medios de comunicación: guías del comportamiento colectivo**

Para acercarnos a analizar el papel que jugaron los medios masivos de comunicación en el año del primer brote de influenza A(H1N1), cabe recordar que para que un riesgo sea reconocido socialmente deben de identificarse eventos que legitimen la existencia objetiva de una amenaza. Sin embargo, la identificación no es por sí mismo el único condicionante que define la percepción que se tiene en torno a un riesgo, pues es común que la sensación de inseguridad sobrepase su nivel real de peligro. De esta forma, las respuestas sociales que se generan frente a un riesgo depende de la manera como se orientan los procesos de reconocimiento e información para configurar la forma, intensidad, inminencia y gravedad del mismo. Esto tiene que ver, en primera instancia, con la forma en cómo se definen los riesgos y, como bien señala Douglas, es en el seno de las sociedades donde se configuran tales criterios partiendo de sus marcos normativos y del orden social establecido. De modo que, continúa esta autora, este proceso de identificación y de dimensionar un riesgo, como el de esta epidemia, conlleva claramente una dimensión social y cultural, al estar en relación con el tipo de comunidad o sociedad de la que emana, de ahí que se hable de “la relatividad cultural” en la percepción del riesgo.

Otro factor sobre la percepción que se genera en torno a una amenaza tiene que ver con la información que se propaga, así como de los medios con los que contamos para enfrentarla. Está claro que en el mundo contemporáneo el conocimiento y su difusión es la mejor vía para preparar a las sociedades ante la posibilidad de un peligro inminente. De ahí que los medios de comunicación jugaran un papel fundamental durante la contingencia en 2009, pues sus funciones de transmisión y la capacidad para influir en las creencias y opiniones públicas los convirtieron en uno de los actores principales “encargados de convertir el invisible riesgo real en visible riesgo percibido”.<sup>205</sup>

En el marco de una sociedad caracterizada por incesantes flujos de información, en donde los medios de comunicación han devenido en instancias guadoras del comportamiento social, la conciencia sobre el riesgo se transforma. Esta capacidad está basada en que han logrado detentar un tipo de autoridad ideológica, política, moral y hasta científica sin precedentes; con ello han reforzado su poder de influencia sobre las percepciones y comportamientos colectivos. Su capacidad de penetración consiste en que “trabajan en el centro de la masa humana”,<sup>206</sup> como antaño lo hicieron otros actores y fuerzas; y no obstante que en casos de emergencias son cruciales para la organización y coordinación de acciones de todo tipo, su incesante búsqueda de audiencia los lleva a desarrollar una espectacularidad informativa a través de discursos muchas veces “amarillistas” y de exponer a la población a un bombardeo de sobreinformación.

El doble papel que jugaron los medios de comunicación masiva durante el brote de influenza A(H1N1) del 2009 es más que evidente. Basta recordar que si bien ya circulaba cierta información vaga respecto al virus, fue la conferencia televisada del 23 de abril (transmitida hacia las once de la noche y en cadena nacional) del entonces Secretario de Salud de México, José Ángel Córdova Villalobos, la que anunció formalmente a la población mexicana la presencia de un virus desconocido de influenza con capacidad pandémica. En esta ocasión también se comunicaron los primeros pasos de un plan de contingencia sin precedentes por su posible expansión en todo el país,

---

<sup>205</sup> Gil Calvo, *Op. Cit.*, p. 39

<sup>206</sup> Delumeau, *op. cit.*, p. 288

sobre todo en ciudades como la de México, la cual, con una de las mayores concentraciones demográficas del mundo y sus implicaciones asociadas, cubre al dedillo los señalamientos anteriores sobre la relación entre las epidemias y el crecimiento de ciudades con alta densidad poblacional.<sup>207</sup>

Puede decirse que a partir de este punto la problemática de la epidemia pasó del ámbito científico, médico e institucional a la arena pública y de la sociedad entera de México. La información comenzó a correr de forma abundante y en diversos medios tanto electrónicos como impresos; una información divulgada con datos muchas veces imprecisos y contradictorios, y cuya penetración y reproducción dentro de escuelas, lugares de trabajo y de recreo, entre familias y amigos, por mencionar algunos, fueron propiciando una atmósfera de alarma generalizada plagada de las conjeturas y distorsiones.

A la velocidad que marca un mundo globalizado, el asunto no quedó restringido a nuestro país. México y el resto de los países conocerían la existencia del nuevo virus, gracias al alcance de la industria de las comunicaciones y de las tecnologías de la información que, como se dijo antes, permiten conocer cualquier evento en el mundo en tiempo real. Así, los dispositivos de comunicación aceleraron a un ritmo vertiginoso la incorporación de muchas sociedades en el problema de la epidemia, generando la percepción de que las fronteras físicas se desvanecían; gracias a que las 24 horas del día, por medio de medios audiovisuales, escritos y electrónicos, el libre flujo de información se hacía accesible para todo mundo.

Por supuesto que los medios de comunicación masiva no son los únicos, pero si se constituyeron en una de las principales fuentes de información sobre el brote de influenza. Su papel fue determinante para comprender la dinámica social que se desarrolló al respecto, al intervenir y afectar la percepción sobre la problemática de las personas y poblaciones de distintos países y regiones aunque no estuvieran contagiadas o cerca de los lugares donde se registraban los brotes (incluyendo las comunidades cercanas a las granjas porcícolas), o no estuvieran dentro de las principales categorías tomadas para definir las poblaciones de riesgo (obesos,

---

<sup>207</sup> Cf cap. 2

ancianos, jóvenes etc.). Por tanto, aunque en rigor los medios de comunicación no pueden considerarse como un factor directamente relacionado a la manufactura de un peligro como es la influenza A(H1N1), su papel fue decisivo en la construcción social de las percepciones y creencias que a nivel personal y colectivo se desarrollaron sobre esta epidemia y su nivel de riesgo.

Como señala Mary Douglas la manera como se perciben los riesgos depende de la forma como los peligros reales traspasan las fronteras, el orden y los valores de una comunidad,<sup>208</sup> y en este sentido, los medios de comunicación se convirtieron en uno de los principales agentes para influenciar la selección, configuración y contenido (riesgos percibidos) de una amenaza biológica como la de la influenza A(H1N1), pues: “la comunicación y la información masiva nos confrontan con un continuo proceso de producción de significados que coadyuvan a una construcción social de la realidad [...]”.<sup>209</sup>

Y no sólo esto pues como es ampliamente reconocido, tal manejo subjetivo y de producción de significados tiene efectos sobre el comportamiento personal y las prácticas colectivas. Al facilitar al espectador todos aquellos conceptos y tecnicismos utilizados por los grupos de expertos con el fin de comprenderlos, los medios de comunicación se convirtieron en un mediador entre el especialista de la salud y el público no experto: durante la contingencia se abrieron diversos espacios en la televisión, radio y otros medios, para recibir la opinión de funcionarios, médicos, comentaristas y grupos expertos, con el fin de precisar y hacer accesibles a un público heterogéneo las recomendaciones debidas. Con ello su trabajo tuvo funciones normativas sobre el comportamiento, como por ejemplo, lo referente a las habilidades para identificar los síntomas, cuestiones básicas ligadas a los hábitos cotidianos y a las formas de actuar en los espacios públicos, usar tapabocas, lavarse las manos, evitar el contacto con gente enferma, etc.

---

<sup>208</sup> La afirmación textual mencionada en el Capítulo 1 es: “los peligros devienen importantes para una comunidad en tanto traspasen sus fronteras, su orden y sus valores.”, en Zinn Jens. “A comparison of Sociological Theorizing on Risk and Uncertainty” en Zinn, Jens, *Social theories of risk and uncertainty: an introduction*, Massachusetts, Blackwell, 2008, p. 169

<sup>209</sup> Salgado, Eva, *et. al.*, “Crónica de una epidemia pregonada”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, no. 32, enero-abril 2010, p. 91

Una muestra del poder que tienen los medios de comunicación para canalizar la atención y definir la prioridad y gravedad de riesgos y peligros se hizo patente durante esta contingencia sanitaria. Tanto la información difundida momento tras momento sobre el curso de la epidemia, la actualización de los números sobre personas afectadas en México y en el mundo, los avances médicos y las recomendaciones normativas inundaron la mayoría del espacio informativo, desplazando casi por completo los demás acontecimientos de relevancia internacional y nacional. En México, concretamente, opacó incluso el problema de la guerra contra el narcotráfico, que para entonces ya daba muestra de su crudeza. El mismo ejército mexicano, cuando se implementó el Plan DN-III para enfrentar la presencia del nuevo virus, desatendió durante este periodo dicho conflicto.

Como se ha dicho antes, los medios se hicieron cargo de ratificar, la mayoría de las veces en forma “amarillista” o en términos casi de “nota roja” esos fenómenos de quiebre de la vida cotidiana, tan analizados por Delumeau en tiempos de las pestes medievales: inundaron a la población con reportajes sobre la suspensión de una cantidad cada vez mayor de actividades públicas, el cierre de museos, cines, teatros y bibliotecas; además sobre la cancelación de eventos que concentraban una gran cantidad de personas. El 26 abril, mientras la OMS determinaba que el brote había cobrado la magnitud de “Emergencia de Salud Pública”, los medios presurosos se encargaron de difundir el decreto presidencial por medio del cual se autorizaba entrar y allanar las casas de los enfermos y aislarlos. Ya no era necesario ver cadáveres tirados en la calle o casas incendiadas, como en los tiempos de la peste para entrar en la frecuencia de una atmósfera de catástrofe. Tampoco ahora era necesario ser parte de las colas de personas en los hospitales pidiendo ayuda, aunque sus síntomas fueran los de una simple gripe. La información mediática había suplantado este tipo de vivencias padecidas personalmente. Sólo era necesario acceder a la mayoría de las portadas, contraportadas, espacios televisivos y notas periodísticas para sentir vulnerabilidad y auto-percibirse como el siguiente candidato a ser infectado.

Ejemplo de esto son los titulares de los periódicos de circulación nacional con sus cifras de enfermos, hospitalizados y muertos: “Calderón: son 1 384 infectados; 929 fueron dados de alta, 374 hospitalizados y 81 murieron”, señalaba *El Universal*;

“Mueren 5 capitalinos del sábado al domingo: reciben hospitales del DF 44 enfermos”, era el titular de *La Crónica*.

El 27 de abril, con la suspensión de clases en todo el país, quedó claro que el peligro ya no sólo se encontraba en el centro del país, sino que se había extendido por todo México, y por las noticias, se informó que también en otros lugares del orbe. El clima de incertidumbre y miedo se instaló dentro del tejido social ante las noticias sobre una posible catástrofe epidemiológica, el cual tomó credibilidad con la reiterada y creciente cifra de muertos e infectados, además del hecho de que las actividades comerciales y cotidianas se encontraban paralizadas. A este contexto marcado por la incertidumbre, se sumaría un sismo de 5.7 grados Richter registrado en las costas de Guerrero y con repercusiones en la capital del país.

Había desaparecido la “impresión de serenidad que da adhesión al mundo”,<sup>210</sup> el virus avanzaba pero el tiempo se había detenido y el espacio de la vida cotidiana, pública, social, económica se estrechaba.<sup>211</sup> Las imágenes transmitidas por los medios contribuían a acrecentar tal impresión y la atmósfera de miedo invadió la vida de muchas sociedades. Los habitantes de la ciudad de México y sus zonas conurbanas, también envueltos en esta atmósfera desarrollaron comportamientos colectivos concomitantes: cientos o miles de gentes volcadas sobre los supermercados para llevar a cabo compras de alimentos y víveres; declaraciones y llamados a la calma por actores gubernamentales y no gubernamentales que pedían no realizar compras de pánico ya que el abasto de alimentos estaba garantizado; insistentes reportajes de personas en toda clase de espacios con rostros cubiertos con tapabocas; fotografías de soldados mexicanos distribuyendo estos tapabocas que se volvieron imprescindible para salir a la calle.

Sin duda el riesgo de un virus desconocido fue real, pero los medios de comunicación no dejaron de proyectar cierto sensacionalismo y de dar una imagen catastrófica en la narración cotidiana de los acontecimientos pues “la prensa da un papel comparativamente destacado a las enfermedades infecto-contagiosas, de tal

---

<sup>210</sup> Oraison, en Delumeau, op.cit., pág23

<sup>211</sup> “el ser se vuelve separado, otro, extraño. El tiempo se detiene, el espacio mengua”. Delapierre, citado en Delumeau, Idem.

manera que la enfermedad presentada como infección, como contagio, como epidemia, aparece vinculada en la prensa al miedo, al riesgo, a la incertidumbre, más que otro tipo de padecimientos”.<sup>212</sup> De ahí, titulares de la prensa escrita como: “Países afectados por la influenza porcina deben prepararse para lo peor: OMS” (*La Jornada*); “Son ya 81 decesos; más de mil 300 personas infectadas” (*El Universal*) o “Luchando contra la gripe mortal, México cierra sus escuelas” (*New York Times*).

Instalados en la cuarta fase señalada por J. McMichael,<sup>213</sup> el virus A(H1N1) de 2009 alcanzó una magnitud global, y su propagación entre países presentó una velocidad nunca antes vista con los virus conocidos. Por ello, la OMS, por primera vez en la historia, declaró la fase 4 de la alerta pandémica (las críticas de esta declaración ya fueron expuestas antes). Esto se hizo después de confirmar que el virus estaba ya presente en México, Estados Unidos, Canadá, España y Gran Bretaña. Los medios de comunicación de México reforzaron la percepción de una posible catástrofe no sólo para el país, sino para el mundo entero: “Ya es nivel 4; 'inútil cerrar fronteras': OMS” (*Milenio*); “En la antesala de la pandemia: OMS” (*La Jornada*); “Sube la alerta mundial. La influenza porcina llevó a la OMS a declarar por primera vez la escala 4 de riesgos sanitario” (*Excélsior*).

A pesar de que el virus se propagó por distintos países, el origen de la pandemia se ubicó en nuestro país, por lo que diversas autoridades en el mundo llegaron a recomendar no viajar a nuestro México por los riesgos graves que esto implicaba. El cierre de fronteras y la identificación del origen del mal, como relata Delumeau respecto a siglos pasados, se volvieron a hacer presentes como un mecanismo social de autoconservación; y como se detallará más adelante, la amenaza monstruosa se hace recaer sobre un sujeto o espacio que generalmente no pertenece al entorno propio con el fin de recobrar la seguridad que se ha perdido.

Por el momento cabe decir que tal imputación de las causas e identificación de los espacios riesgosos (México) se diseminó con la interconexión sin precedentes, característica del mundo globalizado, al hacer posible que la alarma social y los

<sup>212</sup> Menéndez, Eduardo, *op. cit.*, p. 23

<sup>213</sup> Recordemos que este autor señala que nos encontramos en una cuarta etapa histórica donde la escala de transmisión de gérmenes y enfermedades ha alcanzado una magnitud global, dando pie a una nueva etapa en la propagación de las enfermedades infecciosas.

sentimientos de temor entre la población no sólo alcanzaran resonancia en el ámbito local (ahí en donde se origina el peligro, estos es las granjas porcinas instaladas en nuestro país). Trascendió a niveles internacionales en un círculo de reforzamiento creciente: gracias a la puesta en marcha del aparato mediático mundial se fue desarrollando la aparición de un miedo globalizado.

Así pues, no basta con la existencia de riesgos o peligros concretos. Para que la generación de sentimientos de miedo e incertidumbre adquiriera una intensidad alarmante y alcance un nivel planetario, es indispensable que las poblaciones sean bombardeadas una y otra vez con información al respecto. De ahí que Gil Calvo afirme que “[...] lo que ha crecido con la globalización no es tanto el riesgo real como el conocimiento público del riesgo percibido”.<sup>214</sup> Por ello se ha dicho aquí que los medios de comunicación se convierten en un agente de exportación tanto de la información científica, como de las narrativas y percepciones en torno a los riesgos que migran o viajan de un lado a otro, logrando con ello desterritorializarlos. Su dispersión fomentada por el manejo mediático alimenta la certeza de que una catástrofe podría suceder en cualquier lugar del mundo, por tanto, todos estamos a expensas y vulnerables a enfrentar una contingencia similar, no sólo de tipo sanitaria. En el caso del brote del 2009 esto es posible porque, afirma Leonardo Ordoñez, antes de ser víctimas de su peligro nosotros ya éramos consumidores de un miedo que se ha diseminado por toda suerte de canales. Al igual que en otros tiempos, de iconografías mórbidas y apocalípticas, actualmente consumimos películas hollywoodenses en donde abundan las imágenes de muertes, destrucciones masivas, exterminios por virus, y hasta la gran predicción de la destrucción de las Torres Gemelas. El mismo autor aclara “las películas y los programas basados en la estatización del terror no son meros pasatiempos: su existencia contribuye eficazmente a curtir las audiencias, a prepararlas para el consumo del terror real”.<sup>215</sup>

---

<sup>214</sup> Gil Calvo, Enrique, *El miedo es el mensaje. Riesgo, Incertidumbre y Medios de comunicación*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 28

<sup>215</sup> Ordoñez, Leonardo, *Op. Cit.* p. 99

La apreciación de que una amenaza puede irrumpir en nuestra cotidianeidad y poner en peligro nuestra propia vida en cualquier momento, provoca que nuestros miedos sean a la vez concretos ( una enfermedad provocada por el virus AH1N1) pero también intangibles, abstractos, ilocalizables, es decir, angustiosos (virus desconocido, no se sabe cómo uno puede contagiarse, quién está infectado, qué cosas se vuelven portadores, si las vacunas funcionarán, etc.), ya que no sabemos en qué momento ni bajo qué circunstancia puedan aparecer frente a nosotros. Como se verá a continuación, tal mezcla de miedos concretos y angustias vagas e imprecisas detonan una serie de respuestas y comportamientos colectivos encaminados a restituir la seguridad ontológica perdida, o, al menos, a darle sentido y hacerla manejable.

### **3.5 El rumor como respuesta a la interrupción de la cotidianeidad**

Todo parece indicar que igual que en otras etapas marcadas por el azote de epidemias, ante la pérdida de seguridad provocada por una amenaza abrupta que ha enrarecido el ambiente social con sentimientos de miedo y ansiedad, los grupos humanos buscan una interpretación que brinde cierta certeza ante la contingencia vivida. En el marco de esta búsqueda no sólo operan procesos de percepción social sobre los conocimientos existentes, también proliferan rumores que transitan entre lo real y lo imaginario, y cuya función social también está orientada a explicar aquellos eventos que parecen poner en peligro la propia supervivencia al definir y muchas veces fabricar referentes posibles de ser controlados.

Para ver más de cerca este fenómeno en el contexto concreto del brote del 2009 volvemos a retomar a Delumeau, para quien importancia del rumor consiste en que permite canalizar la angustia generada por la presencia de una enfermedad desconocida que trastoca los esquemas de seguridad necesarios para la supervivencia: es “la confesión y explicitación de una angustia generalizada y, al mismo tiempo, (...) el primer estadio del proceso de liberación que provisionalmente va a liberar a la multitud de su miedo. Es identificación de una amenaza y clarificación de una situación que se ha vuelto insoportable”,<sup>216</sup> con el fin de poder actuar sobre ella y modificarla. Las sociedades modernas no están exentas de participar y generar rumores, y de guiar con

---

<sup>216</sup> Delumeau, Jean, *Op. Cit*, p. 275-276

ellos sus decisiones y prácticas individuales y colectivas, siendo las emergencias sanitarias, como la de la influenza A(H1N1), los episodios más propicios para el surgimiento de este tipo de conjeturas.

Al respecto cabe decir que durante este episodio los rumores proliferaron y se esparcieron más rápido que la misma enfermedad, colaborando en la afectación de los comportamientos colectivos y de los hábitos de la vida cotidiana. Ya hemos afirmado algunas de las condiciones que hicieron posible tal velocidad y el contexto de incertidumbre generalizada en que se insertó la aparición de dicha epidemia. Por ello, como señalamos en la voz de Leonardo Ordoñez, la intensidad de la angustia y su propagación no aparecieron de manera contingente y sorpresiva. El ambiente de incertidumbre y temor estaba ya de por sí instalado en nuestro país y en el mundo, y la aparición del brote se dio sobre un “fondo previo de inquietudes acumuladas”, para tomar otra vez palabras Delumeau.

Concretamente en México basta recordar que en el año 2009 la sociedad en su conjunto era testigo de la escalada de violencia derivada de la guerra contra el narcotráfico, mientras que en el ámbito internacional la epidemia llegaba en tiempos de una severa crisis económica internacional que tenía a los Estados Unidos en recesión desde 2008 y la cual impactó a tal grado la economía local, que el 7 de mayo de ese año la Secretaría de Hacienda declaró a México en recesión debido a la crisis financiera internacional. Estas coyunturas se insertaron, además, en otros procesos de inestabilidad asociados al desvanecimiento de referentes en prácticamente todos los órdenes de la vida y al debilitamiento de los sistemas de seguridad que, entre otras cosas, caracterizan esa “modernidad líquida” diagnosticada por Z. Bauman.

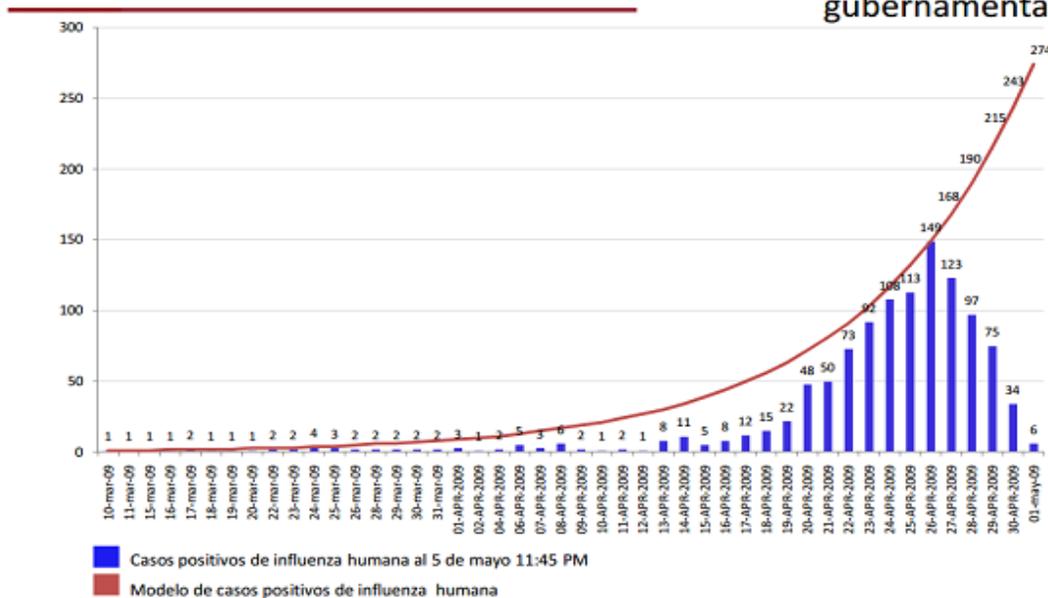
En este marco, los rumores se alimentaron con la interrupción de diversas actividades de la vida urbana como el cierre de escuelas desde niveles básicos hasta universidades, el cierre de museos, cines, centros comerciales, restaurantes y centros de diversión; además de las recomendaciones de no saludar de mano ni de beso, el uso de cubrebocas en lugares públicos, el uso de gel antibacterial y el decreto por medio del cual se suspendían algunas garantías individuales (y que otorgaba a la autoridad la capacidad para allanar un hogar con un presunto enfermo). Como se ha venido insistiendo éstos no sólo fueron factores asociados a una previsión basada en

datos y cálculos sobre el comportamiento del virus y del tipo de condiciones que pueden propagar o controlar la epidemia. También fomentaron los sentimientos de inseguridad ontológica antes mencionados y el consiguiente desarrollo de invenciones y conjeturas que pronto alcanzaron el nivel de rumores alarmantes.

El impacto anímico que ocasionaron en la población estos eventos generó un ambiente propicio para las más diversas interpretaciones de los mensajes mediáticos. Lo dicho y escuchado en los medios de comunicación o con las personas más cercanas fue motivo de intercambio entre familiares, amigos o vecinos, en aras de confirmar conjeturas o validar teorías. Información de todo tipo fluía entre los habitantes del DF y de México en general, preguntándose si se trataba de un virus real, si alguien conocía a un enfermo o si los hospitales estaban repletos de enfermos, etc. Las propias justificaciones del gobierno sobre las medidas tomadas aumentaron la intensidad de la angustia al señalar que de no poner en marcha el plan de contención, la cifra de decesos se dispararía, tal y como se señala en la Gráfica 3.1:

Gráfica 3.1

### Situación real contra escenario hipotético sin intervención gubernamental



FUENTE: Secretaría de Salud

[http://portal.salud.gob.mx/descargas/pdf/influenza/graficas\\_defunciones060509.pdf](http://portal.salud.gob.mx/descargas/pdf/influenza/graficas_defunciones060509.pdf)

Ante este escenario de intercambios de información, incertidumbre y cálculos extremos, las respuestas variaron pero al menos pueden reconocerse dos: las de personas incrédulas que pusieron en cuestionamiento las recomendaciones emitidas por las autoridades, y las de aquellas que llegaron a abarrotar los supermercados de la zona metropolitana para realizar compras de pánico o que llegaron a comprar centenares de cubrebocas.

En el primer caso, el rumor más recurrente estuvo basado en la interpretación de que se trataba de una distracción del gobierno para ocultar acontecimientos más importantes de la agenda política o una estrategia para violentar los derechos de los individuos y así generar mecanismos de control poblacional. Esta apreciación negativa se insertó en el contexto de una merma de reputación de los políticos y las instituciones de nuestro país, y fue reforzada con el decreto emitido por la presidencia en el cual se autorizaba “allanar” el domicilio de quien se sospechara pudiera estar contagiado con el virus. En contraste se encuentran aquellas conjeturas de que la cifra real de decesos y contagios era mayor a la declarada por el gobierno, y que éste se encontraba escondiendo información relevante respecto a la mortalidad del nuevo virus. También estas últimas interpretaciones y rumores tomaron peso con las medidas consideradas como drásticas y con el desbarajuste de cifras que emitían las propias autoridades sanitarias en nuestro país (cifras que variaban de un día a otro y que pasaban de confirmar más de cien decesos a únicamente siete muertes confirmadas por dicho virus, tal y como lo señaló José Córdova el 29 de abril).<sup>217</sup>

No hay duda que otro elemento clave para el reforzamiento de rumores que circularon en este periodo refirió a los intereses ocultos de ciertas transnacionales farmacéuticas que obtendrían las mejoras económicas ante la presencia del nuevo virus; cosa que tomó tintes de mayor credibilidad cuando se difundió información de corredores de bolsa que aconsejaban comprar acciones en compañías en uno de los momentos en los que podrían ser más redituables, debido a la financiación de gobiernos e instituciones internacionales para la creación de una vacuna mundial. La credibilidad de tales rumores se afianzó cuando el entonces presidente del Comisariado

---

<sup>217</sup> “México sólo confirma 7 muertes de 159 decesos por gripe porcina”, 28 de abril de 2009, <http://www.lavozdeg Galicia.es/sociedad/2009/04/29/00031240983792195912541.htm>, consultada el 5 de marzo de 2013.

Interministerial contra la Influenza de Bruselas, Mar Van Ranst, señaló: “un nuevo virus, es una nueva oportunidad de negocio para las farmacéuticas y no podría haber llegado en un mejor momento que en medio de una crisis”.<sup>218</sup> Estas conjeturas también se validaron cuando se hizo evidente que Roche y Glaxo fueron los únicos fabricantes de Tamiflu y Relenza, antivirales que demostraron ser efectivos contra la gripa.

Las mismas justificaciones de la directora de la OMS, antes mencionadas, fueron tomadas como parte de una maniobra para impulsar los negocios de las farmacéuticas, a saber, que las farmacéuticas multinacionales, junto con el apoyo de Estados Unidos, recibirían grandes cantidades de dinero para la investigación y realización de una vacuna con la que lograrían enriquecerse y aumentar su influencia económica. Con ello, y de nueva cuenta, las comunidades científicas y los gobiernos quedaron envueltos en un entramado de intereses económicos y políticos globales que definían su agenda.

En un contexto plagado de informaciones contrarias, interpretaciones variadas y rumores donde todo es posible, no faltó la circulación por internet de denuncias que señalaban que el virus habría sido “fabricado” en un laboratorio y liberado como un arma biológica, por lo que la epidemia era en el fondo una especie de ataque bioterrorista. Este rumor podría ser plausible, dada la conmoción que causaron ocho años atrás los ataques a las torres gemelas el 11 de septiembre de 2001 y la exposición a discursos provenientes de supuestos grupos fundamentalistas.

Lo reseñado tan esquemáticamente permite ver cómo los rumores resultan de una comunicación difusa que, como en los diseminados durante la contingencia en 2009, hacen uso de todo tipo de información para generar imágenes y reforzar percepciones ya existentes (como la desconfianza en el gobierno o en los intereses extranjeros) en donde se mezclan evidencias y datos sin comprobar. Como señala Delumeau, el rumor:

[...] Una vez lanzado se manifiesta como una fuerza salvaje capaz de pasmosa propagación. Suscitando a la vez atracción y repulsión, rechaza la verificación de los hechos se alimenta de todo, impulsa metástasis en múltiples direcciones, va acompañado de proceso histéricos, atraviesa las

---

<sup>218</sup> Algarra, Giovanni, “Ciencia y Política en el contexto de la nueva influenza A-H1N1”, Instituto de Investigaciones Filosóficas- UNAM, [http://www.biopolitica.cl/docs/publi\\_bio/Algarra\\_ciencia.pdf](http://www.biopolitica.cl/docs/publi_bio/Algarra_ciencia.pdf), revisado el 2 de febrero de 2013

barreras de la edad, de clases sociales y sexo [...] Pasando del estatuto del 'se dice' al de la certeza [...].<sup>219</sup>

Cabe repetir que en un contexto de incertidumbre, como el que priva en el mundo contemporáneo, esta fuerza de propagación de los rumores amenazantes no se basa sólo en la distorsión que surge de informaciones ambiguas o en el manejo que hacen de ellas ciertos agentes e instancias de decisión como las antes mencionadas. Están relacionadas directamente con las condiciones que experimenta una población para hacerles frente a los peligros y riesgos que ellos expresan.

En el caso de un virus como el A(H1N1) estos rumores se propagan no sólo por el peligro real que éste implica, sino también por el hecho de contar o no con los recursos necesarios para enfrentarlo, como es el saberse o no protegidos por un sistema de salud eficiente. En el primer capítulo se hicieron varios señalamientos al respecto, entre ellos que la quiebra del Estado de bienestar ha desencadenado una sensación de inseguridad cuando las protecciones sociales<sup>220</sup> que supuestamente brinda se han esfumado, dejando a las personas como responsables directos de lo que le acontece. Bajo tales condiciones y ante la presencia de una amenaza tal como la que venimos analizando, los miembros de una sociedad pueden encontrarse y percibirse en un estado de indefensión y vulnerabilidad, y sólo con los recursos que personalmente tiene a la mano: “si los riesgos se multiplican hasta el infinito y si el individuo está sólo para hacerle frente, es al individuo privado, privatizado, al que corresponde *asegurarse a sí mismo*, si puede. El manejo de los riesgos no es ya, consecuentemente, una empresa colectiva, sino estrategia individual”.<sup>221</sup>

Por otro lado, en un ambiente general de incertidumbre como el que se ha reseñado aquí, el brote del 2009 reforzó la sensación de indefensión personal que arrastra también a la propia familia, dado el propio carácter difuso y disperso que podía adoptar su contagio, pues su inédita reconfiguración genética, hasta entonces desconocida, y los rumores circulantes de todo tipo hicieron que cualquier espacio físico

<sup>219</sup> Delumeau, Jean, *op. Cit.*, p. 229

<sup>220</sup> En este sentido, recordemos los dos tipos de protecciones estatales que señala Robert Castel: las *protecciones civiles*, que garantizan las libertades fundamentales y la seguridad de los bienes de las personas y *las protecciones sociales*, aquellas que aseguran al individuo en torno a enfermedades, accidentes, etc.

<sup>221</sup> Castel, Robert, *op. cit.*, p. 83

o cualquier persona se convirtiera en un posible vector de este virus con capacidad mortal.

Estamos entonces ante rumores que expresan una multiplicación de sentimientos de angustia generalizada, imprecisa, porque, como se señaló en el primer capítulo, no está fincada en un objeto determinado.<sup>222</sup> Es decir, aunque la influenza reconoció su causa, en un virus con las características de subtipo A(H1N1), su entonces incierto comportamiento, intensidad y velocidad de propagación lo dotó de una naturaleza tan indefinida que impulsó a “fijarlo” en un espacio controlable y en sujetos “bien identificados” (de ahí la disparidad en los cálculos, medidas y conjeturas).

Los rumores también jugaron este papel, y llevaron a una serie de respuestas generales y comportamientos colectivos que a continuación procedemos a reseñar. Nos referimos a la forma como se activaron mecanismos de objetivación de la angustia en México y en el mundo, mediante la designación de sujetos y espacios portadores o causas de la enfermedad. Con ello, el riesgo adquirió rostro de un peligro concreto: en nuestro país, fundamentalmente la capital y los capitalinos; y en el extranjero, México y los mexicanos. Con tales respuestas y comportamientos se cumple la premisa de que la designación de figuras concretas permite objetivar el peligro, requisito necesario para tejer mecanismos de defensa, pero esto conlleva una producción de prejuicios y estigmas que en lugar de estabilizar la alarma conduce una mayor vorágine de miedos y excesos.

### **3.6 Socialidad trastocada: estigmatización y discriminación en el contexto de la influenza A (H1N1) 2009**

Para abordar la forma como se designaron sujetos y espacios riesgosos durante la contingencia del 2009, retomamos lo dicho en el segundo capítulo: a saber, que para lidiar con los sentimientos de angustia ante un mal desconocido, las comunidades y grupos tienden a fabricar “chivos expiatorios” que permiten explicar las causas del desorden y representar el mal que habría que expulsar. Este fenómeno se da en

---

<sup>222</sup> La angustia es difusa y no tiene objeto determinado. A diferencia del miedo que tiene una causa conocida y que se encuentra asociado a un objeto determinado, la angustia no cuenta con una persona u objeto en donde depositarse: el riesgo está disperso, esperando a suceder.

contextos de profundas crisis dentro de una comunidad, cuando padecen catástrofes naturales, epidemias, guerras o cualquier hecho que sobrepasa sus esquemas de comprensión y vulnera sus marcos de seguridad. Tanto Delumeau como posteriormente Antonio Marina, señalan que tal fenómeno de fabricación es el resultado de sentimientos diferentes pero relacionados: la angustia y el miedo. Son distintos en la medida en que la aparición del miedo se vincula a una causa conocida, mientras que la angustia puede ser previa y surge sin un desencadenante concreto como “anticipación vaga de amenazas globales.”<sup>223</sup> Su relación consiste en que la angustia, al generar un sentimiento global de inseguridad, es más difícil de soportar que el temor ante un peligro localizado, porque “puede crear un estado de desorientación y de inadaptación, una ceguera afectiva, una proliferación peligrosa de lo imaginario, desencadenar un mecanismo involutivo por la instalación de un clima interior de inseguridad”.<sup>224</sup> Para modificar esta situación o para hacerla más manejable, se impulsan una serie de acciones orientadas a encontrar un objeto definido en donde depositarla (y para ello se impulsan toda clase de rumores). Con esta objetivación la angustia se convierte en miedo preciso (tiene un objeto determinado), se disminuye su carácter difuso por medio de sustituirla con una amenaza cuya certidumbre permite valorar y calcular los recursos para afrontarla.

Tales mecanismos operaron en el 2009. Como se ha venido señalando, por distintas razones las sociedades contemporáneas ya estaban inmersas en una situación de angustia generalizada antes del brote de influenza. Si bien esta situación de angustia estaba dispersa en toda clase de circunstancias y era parte de un contexto más amplio, sus funciones de anticipación negativa (nos remite a un evento posible ligado al futuro) fueron cruciales para comprender la forma e intensidad de cómo se asumió el riesgo concreto del virus A(H1N1), así como la designación de causas posibles y factibles de depositarse en ciertos espacios y sujetos concretos como “un recurso principal para afrontar la alteración, [...] y el sentido de vulnerabilidad [...], lo cual no puede lograrse sin la intervención del miedo.”<sup>225</sup>

---

<sup>223</sup> Marina, J. Antonio, *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía.*, op. cit., pp. 33-35

<sup>224</sup> Delumeau, op. cit., p.33

<sup>225</sup> León, Emma, *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana*, op. cit., p. 220

De la misma manera como en las pestes de la Edad Media estos mecanismos de objetivación de la angustia recayeron en ciertos grupos sociales considerados de alto riesgo, como los extranjeros.<sup>226</sup> Es decir, cientos de años después de aquellos episodios y bajo condiciones distintas, el brote de influenza reconoció a sus propios chivos expiatorios. Esto se muestra desde los primeros días de la contingencia en que los habitantes de la ciudad de México, los capitalinos o “chilangos”, no fueron bien recibidos en los distintos estados de la República, registrándose hechos de violencia que incluían algunas veces insultos y amenazas, como las registradas cuando un par de vehículos fueron apedreados en el estado de Guerrero por contar con las placas del Distrito Federal. Además, hoteles y empresas turísticas de diversas regiones los conminaron de abstenerse de viajar a los destinos turísticos y, de hacerlo, que su visita fuera breve y con el uso de cubrebocas, además de otras medidas inverosímiles. A pesar de que el origen del virus estaba localizado en las granjas porcícolas de Veracruz, el ser originario del Distrito Federal se convirtió en sinónimo de contagio y de propagación del virus. Incluso el entonces jefe de gobierno, Marcelo Ebrard, llegó a lamentar las muestras de desprecio que habrían aflorado a lo largo del país indicando que no se contaba con la certeza de que la Ciudad de México fuera el origen del virus.<sup>227</sup>

Como se dijo antes, esta tendencia de “vencer la angustia ‘nombrando’, es decir, identificando, incluso ‘fabricando’ miedos particulares”,<sup>228</sup> también trascendió las fronteras nacionales, pero ahora convirtiendo a México y los mexicanos en su conjunto como el principal foco de peligro. De nueva cuenta, aunque los primeros casos confirmados por laboratorios y la mayoría de ellos no sólo se dieron en México, sino también en Estados Unidos (ver mapa 3.1), la prensa y las instituciones de salud internacionales se enfocaron en nuestro país y sus habitantes como el espacio y sujetos precisos a quienes había que tenerles miedo. Esto se expresa en el mismo nombre con que llegó a denominarse este tipo de influenza: “gripe mexicana”, cuya localización riesgosa llevó a que países como Argentina, Cuba, Perú, Ecuador y China tomaran la decisión de suspender los vuelos de intercambio con nuestro territorio, sin

<sup>226</sup> Otros fueron los judíos y leprosos. Cf. Delumeau, *op.cit.*, y Carlo Guinzburg *op. cit.*

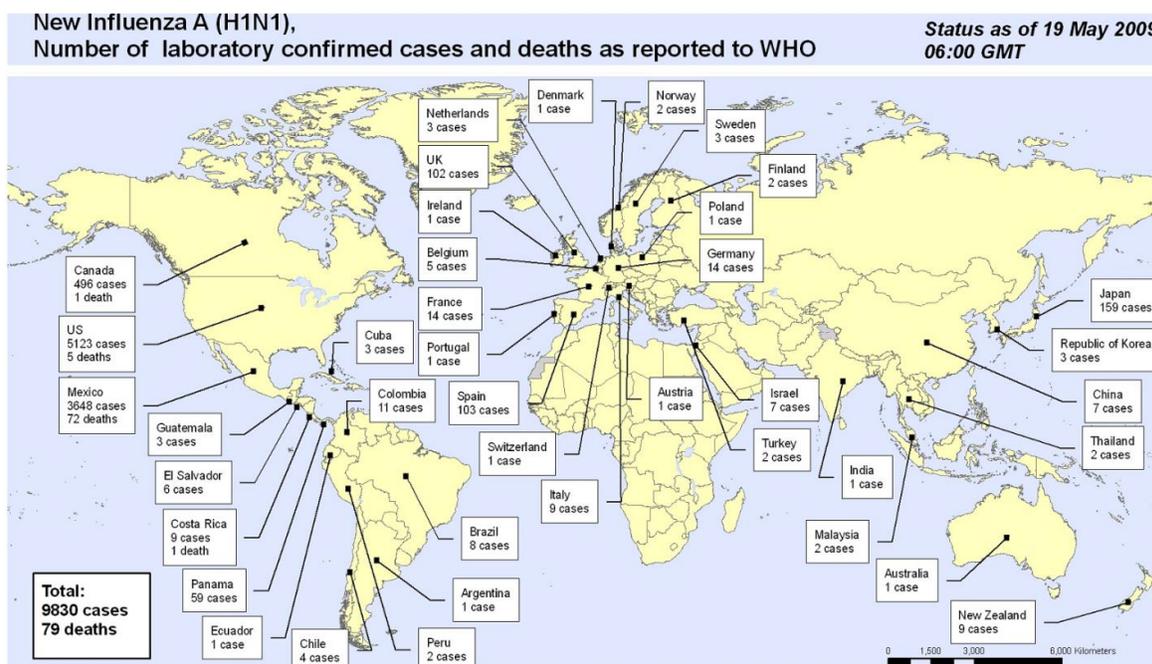
<sup>227</sup> El Universal, “Ebrard lamenta racismo contra DF”, <http://www.eluniversal.com.mx/ciudad/95187.html>, revisado el 12 de agosto de 2013.

<sup>228</sup> Delumeau, *op. cit.*, p.33.

tomar medidas similares para Estados Unidos. También el gobierno francés a cargo de Nicolás Sarkozy pidió a la Unión Europea suspender todos los vuelos dirigidos a México. Dicha medida se propuso en el marco de la cumbre de ministros de Sanidad que se convocó con motivo de la pandemia, sin que tuviera eco entre los demás funcionarios. Sólo Brasil se comportó de manera “más equitativa”, ya que desde el inicio decidió extender sus controles sanitarios a los vuelos provenientes de ambos países y, posteriormente a los viajeros procedentes de España y Reino Unido, una vez que se confirmó en ellos la presencia de este virus.<sup>229</sup>

Pero el cierre de fronteras y las medidas de aislamiento no terminaron en la cancelación de viajes desde o hacia nuestro país; éstas se llevaron al extremo, como sucedió en el caso particular de China en donde se puso “en cuarentena” a cualquier ciudadano mexicano, ya fueran pasajeros provenientes de nuestro territorio o se encontraran radicando en China desde antes del anuncio de la nueva cepa. Aunque en ninguno de los casos se presentara síntoma alguno, bastó con tener dicha nacionalidad para convertirse en sujetos de peligro y ser blanco de las medidas preventivas.

Mapa 3.1



<sup>229</sup> “Francia pedirá a la UE que suspenda los vuelos a México”, *El País*, 2009, [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2009/04/29/actualidad/1240956001\\_850215.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2009/04/29/actualidad/1240956001_850215.html), revisado el 21 de agosto de 2013.

Otras muestras de este fenómeno de fabricación de chivos expiatorios se presentaron en Chile, dentro del marco de la Copa Libertadores: el 27 de abril los jugadores de dos equipos mexicanos fueron recibidos con insultos y malos tratos por parte de otros equipos, lo cual mereció una disculpa por parte del embajador de ese país en México. Además se suscitó la negativa de dos clubes latinoamericanos de fútbol que se negaron rotundamente a viajar a México para enfrentar partidos con equipos locales. Más allá de las emociones asociadas a grupos de deporte rivales, los comportamientos hostiles y violentos responden a la premisa de que, “cuando las personas y los grupos entran a un estado de perturbación tal que raya en la exacerbación, en lo intolerable de soportar [...] los individuos y los grupos tienden a reaccionar desproporcionadamente ante aquellos que se asumen causantes de dicho malestar.”<sup>230</sup>

Si bien esta premisa pudo operar en muchas de las reacciones nacionales e internacionales para identificar y depositar en ciertos espacios y sujetos la causa y el riesgo de propagación de la epidemia, caben destacar los comportamientos desarrollados en uno de los países que, como hemos visto, ya tenían antecedentes directos con la nueva reconfiguración genética del virus, propiciada por sus propios modelos de producción masiva de alimentos, particularmente en lo referente a sus “granjas-factoría” y para el virus A(H1N1) de cerdos; además de presentar una de las mayores concentraciones de casos infectados. Nos referimos a Estados Unidos donde, al igual que en los tiempos medievales, uno de los candidatos más propicios a convertirse en focos diseminadores de la enfermedad fueron aquellos con carácter de ajenos y pobres, en este caso los que se congregaron bajo una de por sí estigmatizada figura: los inmigrantes mexicanos.

Contra ellos se canalizaron toda clase de rumores y argumentos difundidos especialmente por personajes conservadores, cuyos señalamientos se radicalizaron en el contexto de una de las peores crisis económicas que haya vivido Estados Unidos en la historia reciente, hecho que hacía que la incertidumbre y el temor ya prevalecieran para entonces en grandes sectores de la población ante la posibilidad de perder su empleo, su vivienda y, en general, su bienestar y estatus. La reacción de tales grupos

---

<sup>230</sup> León, Emma, *El monstruo en el otro*, op. cit., p. 192

conservadores y su implantación en buena parte de la población norteamericana es expresión de esos “miedos reflejos o de mayor altitud social y cultural”, señalados por Delumeau, que grupos dominantes llegan a generalizar en función de una amenaza percibida contra ellos. Es decir, su propia sensación de riesgo es manipulada para que se considere como una amenaza general y utilizan su poder y recursos para extender la particular percepción de peligro en términos globales. Con ello, continúa este autor, la tensión generada contra todos aquellos que se convierten en enemigos de todo el género humano hace que las reacciones elaboradas y difundidas por esta “culpabilización y pastoral del miedo” devengan en miedos viscerales.<sup>231</sup>

De esta manera, a los males culturales, sociales y económicos que se les han atribuido históricamente a los inmigrantes (en especial a los mexicanos al constituir la mayoría de la población hispana en EUA), se les sumó el hecho de ser los diseminadores de la “peste”. Este proceso de imputación de culpabilidad implicó “achacarles la responsabilidad de esta crisis y actuar sobre ellos destruyéndolos o, por lo menos, expulsándolos de la comunidad que 'contaminan’”.<sup>232</sup> Un ejemplo de esto son las advertencias de peligro sanitario que ocasionarían y agravarían los inmigrantes, difundidas por presentadores y locutores ultraconservadores en los medios de comunicación masiva. Tal es el caso del locutor de radio Michael Savage, quien el 24 de abril demandaba la urgencia de cerrar las fronteras, manejando discursos que tomaban “fantasmas aterradores” presentes en la conciencia colectiva estadounidense, al lanzar la posibilidad de que se tratara de un ataque bioterrorista:

No lo duden, los extranjeros ilegales son los portadores de la nueva cepa de la gripe de México. Si viviéramos tiempos sensatos, las fronteras serían cerradas inmediatamente [...] ¿Podría ser esto un ataque terrorista a través de México? ¿Podrían nuestros queridos amigos de los países islámicos radicales haber inventado este virus y plantarlo en México sabiendo que Janet Napolitano no haría nada para detener el flujo de tráfico humano desde México? ¿Cómo protegernos a nosotros mismos? Le diré lo que yo haré: no tendré contacto de ningún tipo con un *illegal alien*, y eso comienza en los restaurantes. No tendré a ningún trabajador ilegal a mí alrededor. No

<sup>231</sup> Delumeau, op. citc., pp. 41-48

<sup>232</sup> Girard, René, *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 35

voy a tenerlos en alguna de mis propiedades, no voy a tenerlos en ningún lado cerca de mí.<sup>233</sup>

Días después, el 27 de abril, en su emisión de radio, el conductor Neal Boortz señalaba:

¿Qué mejor forma de introducir un virus en este país que plantarlo entre los mexicanos? Quiero decir, una de cada diez personas nacidas en México ya está viviendo aquí, y todo el resto está tratando de venir. Entonces, sólo dejen que el virus se difumine en México, donde no tienen ningún control de enfermedades. Si quieren introducir una epidemia en nuestro país, sólo siémbrenlo al sur de la frontera. Y ya saben, difundan el rumor de que aquí tenemos trabajo en la construcción, y vendrán todos los mexicanos. Porque el gobierno no hará nada para impedir que crucen la frontera.<sup>234</sup>

Michell Makin, colaboradora de *Fox News*, escribía en su blog sobre el peligro sanitario que conllevaba la inmigración del que ya había hablado en reiteradas ocasiones:

He escrito en mi blog durante años, respecto a la posibilidad de que se esparcieran enfermedades contagiosas en Estados Unidos a través del flujo no controlado de inmigrantes. [...] He escuchado durante años que señalar los peligros de permitir que un número incalculable de personas pasen a través de las fronteras sin promover exámenes médicos es racista<sup>235</sup>

Asimismo, en diversos portales de internet que daban oportunidad a los lectores de comentar respecto a la contingencia, se registraron opiniones que urgían al gobierno norteamericano el cierre de las fronteras con expresiones como: “No creo que nadie desee ahora estrechar la mano de un inmigrante mexicano” o “Si México es la fuente de la gripe porcina ¿por qué no estamos cerrando de una vez la frontera?”. De todas las expresiones vertidas tanto en medios de comunicación como en las opiniones que proliferaron en portales de internet destaca “la asociación de la enfermedad con el otro, es decir la transformación del inmigrante en un agente biológico nefasto, capaz de contagiar, infectar o contaminar el cuerpo social naturalmente fuerte y sano que es la nación estadounidense”.<sup>236</sup>

Otros grupos con poder de manipulación de tales “miedos reflejos”, traducidos en un aumento de la xenofobia, operaron en el ámbito político: congresistas conservadores

---

<sup>233</sup> Media Matters For America, *Paranoia pandemic: Conservative media baselessly blame swine flue outbreak on immigrants* en <http://mediamatters.org/research/2009/04/27/paranoia-pandemic-conservative-media-baselessly/149558>, revisado el 1 de agosto de 2013

<sup>234</sup> *Ibíd*

<sup>235</sup> *Ibíd*

<sup>236</sup> Oehmichen-Bazán, Cristina, *op. cit.*, p. 167

solicitaron a Barack Obama no permitir la entrada de nadie de México. Sin embargo, éste se negó al afirmar: “Ya he dicho que este problema tiene que ser motivo de preocupación, pero no de pánico y por ello es necesario actuar de forma inteligente, sistemática y siguiendo los consejos de las autoridades sanitarias”.<sup>237</sup>

Junto a estas respuestas colectivas se sucedieron eventos personales aislados pero sistemáticos alrededor del mundo, como aquel mesero del aeropuerto madrileño que se aseguraba de someter a una mayor limpieza aquellos utensilios utilizados por comensales mexicanos o el taxista que se abstuvo de aceptar a clientes del mismo origen.<sup>238</sup>

El alcance y la propagación de estas y otras expresiones de miedo y estigmatización llevaron al Embajador mexicano Manuel Gómez Robledo a plantear lo siguiente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, en una sesión especial sobre el brote de influenza: “el objetivo más urgente, luego de contener el contagio, es evitar generar damnificados por un pánico infundado. No podemos vivir en un mundo de percepciones que están dando lugar a manifestaciones xenofóbicas, afectando incluso las relaciones de amistad y cooperación entre los Estados”.<sup>239</sup> Además, el funcionario mexicano solicitó que se tomaran medidas en torno al aspecto psicológico de la crisis ocasionada por el brote.

En suma, si bien la presencia del virus constituyó un riesgo real, capaz de diseminarse alrededor del mundo, mecanismos de objetivación de la angustia como los arriba señalados no sólo tuvieron la función de liberar la ansiedad interna, proyectándola hacia un objeto o entidad externa depositaria ahora de un miedo bien definido. El mismo proceso disparó atmósferas obsesivas que introducen “en el corazón mismo de lo cotidiano cambios verdaderamente inauditos”, y en donde “lo inhabitual es

<sup>237</sup> *El Universal*, “Obama rechaza cerrar la frontera con México”, <http://www.eluniversal.com.mx/internacional/61408.html>, revisada el 1 de agosto de 2013

<sup>238</sup> Blanco, Sergio, “Ensayo sobre la ceguera de la influenza porcina”, [http://www.elpais.com/yoperiodista/articulo/Periodista/Mexico/enfermedad/influenza/Mexico/gripe\\_porcina/Ensayo/ceguera/influenza/porcina/elpepuyop/20090506elpyop\\_1/Tes](http://www.elpais.com/yoperiodista/articulo/Periodista/Mexico/enfermedad/influenza/Mexico/gripe_porcina/Ensayo/ceguera/influenza/porcina/elpepuyop/20090506elpyop_1/Tes), revisado el 1 de agosto de 2013

<sup>239</sup> Centro de Noticias de la ONU, “A (H1N1): México condena restricciones y xenofobia”, <http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=15443#.UfwJg5Kj2So>, revisado el 2 de agosto de 2013

vivido como peligro.<sup>240</sup> Tal y como señalan los autores aquí incluidos, se desarrolla una mentalidad de asedio, de alerta constante que puede traspasar el ámbito de las sensaciones privadas para devenir rápidamente en acción directa (sea ésta discursiva o física). Las relaciones sociales resultan seriamente afectadas si tomamos en cuenta que “los miedos son fuerzas peligrosas para la socialidad, pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que terminan por corroerla”.<sup>241</sup>

No hay duda que la complejidad, resultado de la contingencia del 2009, puede extenderse más allá de lo que hasta aquí se ha señalado. Para el caso de nuestra reflexión creemos necesario terminar con un breve apartado sobre la posible disparidad entre el riesgo real que tal pandemia pudo tener en su momento y algunos de los intereses que, se suman, estuvieron detrás de una percepción que envolvió prácticamente al mundo entero en una era de miedos y riesgos manufacturados.

### **3.7 Últimas consideraciones: riesgos reales o intereses reales**

A lo largo de este capítulo hemos insistido en que la información sobre el virus A(H1N1) en 2009, provocó una apreciación global de que la contingencia podría tendría consecuencias catastróficas. Sin embargo, hacia la declaración del fin de la pandemia, decretada por la OMS el 9 de agosto de 2010, las condiciones diferían mucho de este escenario fatal planteado en un inicio por las autoridades, y alimentado por toda clase de actores y agentes. Tal disparidad ha sido objeto de diversas explicaciones y polémicas, sin embargo, uno de los resultados ha sido el poner en tela de juicio la credibilidad de las instancias involucradas y las decisiones tomadas en su momento, así como su vinculación con ciertos intereses económicos.

Hemos señalado que algunas de estas instancias puestas en cuestionamiento fueron los organismos nacionales e internacionales dedicados a la protección de la salud pública, los cuales, aunque son indispensables para enfrentar este tipo de contingencias, también pueden jugar el papel de armas psicológicas que aumentan la intensidad y gravedad de los riesgos que representan los nuevos virus. Al respecto de la ambivalencia derivada de los cálculos científicos, podemos recordar a Luhmann cuando

---

<sup>240</sup> Delumeau, *op. cit.*, p. 78 y 80.

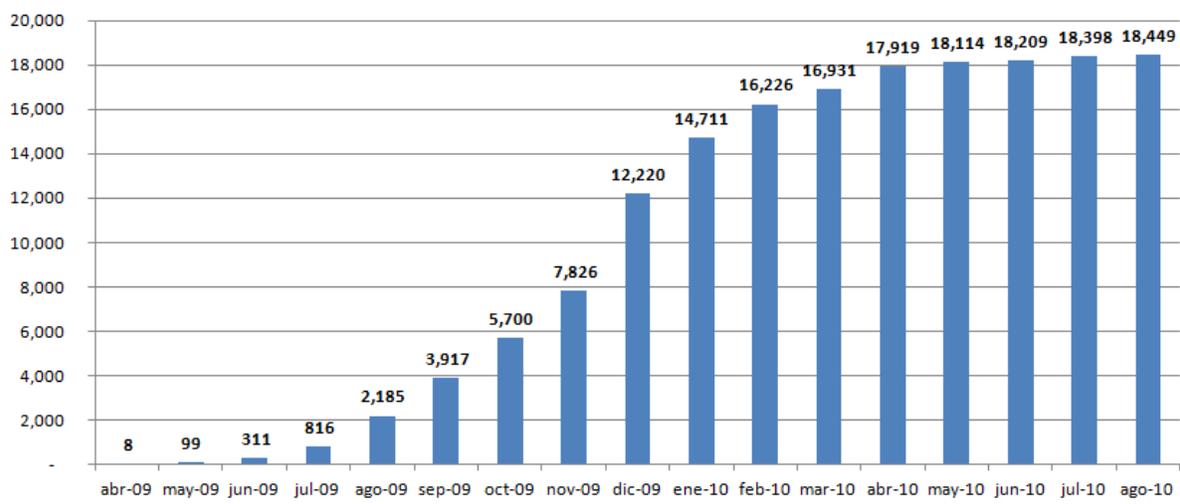
<sup>241</sup> León, Emma, *El monstruo en el otro, op. cit.*, p. 242

señala que “Mientras más racionalmente se calcule y mientras más complejo sea el cálculo, de más aspectos nos percataremos, y con ello vendrá mayor incertidumbre en cuanto al futuro y, consecuentemente, más riesgo.”<sup>242</sup> Así, una de las enseñanzas que ha dejado la contingencia del 2009 es que la predicción de escenarios basados en cálculos probabilísticos es una herramienta útil pero insuficiente para aportar elementos que permitan comprender la angustia y el desarrollo de comportamientos colectivos como los arriba reseñados, más aún cuando esto sucede en un contexto de incertidumbre generalizada.

Tales cuestionamientos cobran vigencia cuando recordamos que la estimación inicial de la OMS que pronosticaba que el virus causaría 2 billones de casos, fue criticada y que difirió, por mucho, a la cifra reportada al final de la pandemia de 18,449 muertes. La gráfica 3.2 muestra el número de muertes registradas hasta agosto de 2010 (fecha en la que se declaró el fin de la pandemia).

Gráfica 3.2

### Número de muertes por el virus A (H1N1) 2009 en el mundo



Fuente: Elaboración propia con datos de WHO: Situation updates - Pandemic (H1N1) 2009

Se toman datos a partir del inicio de la contingencia hasta la declaración del fin de la pandemia emitida por la OMS en agosto del 2010.

Las polémicas a este respecto incluyen el cálculo extremo que hicieron organismos como la OMS, el cual fue cuestionado desde el mismo inicio de la contingencia por parte de medios especializados y autoridades. Como señalamos en su momento, la

<sup>242</sup> Luhmann, *op. cit.*, p. 72

posible manipulación del nivel de alarma generada por agencias internacionales se siguió sosteniendo, una vez que la epidemia había sido controlada, tal y como lo muestra el informe del congresista británico Paul Flynn, antes mencionado:

Algunos de los resultados de la pandemia [...] han sido espectaculares: la distorsión de las prioridades de los servicios públicos de toda Europa, el gasto de grandes sumas de dinero público, la provocación de un miedo injustificado entre los europeos y la creación de riesgos de salud derivados de vacunas y medicinas que no han sido probadas lo suficiente, son algunos ejemplos de estos resultados. Estos deben de ser examinados críticamente por las autoridades de salud pública en todos los niveles con el fin de establecer la confianza del público en sus decisiones.<sup>243</sup>

Estos cuestionamientos siguen abriendo el análisis respecto a los intereses económicos que pudieron estar detrás de tal exacerbación informativa y los cuales no respondían al riesgo real que representaba el virus A(H1N1). Como se recuerda, unos de estos intereses señalados corresponden al lucro de las industrias farmacéuticas. Para ello retomamos ahora lo publicado por la revista BMJ, una revista médica de la Asociación Médica Británica, en donde se denunció que la OMS basó sus decisiones en las opiniones de un Comité de Emergencia, cuyos miembros guardaban estrechas relaciones con estas compañías. De acuerdo a esta publicación, a un año de que los gobiernos, asesorados por la OMS, gastaran millones de dólares de los presupuestos públicos para la compra de las vacunas contra la influenza (Tamiflu y Relenza), estas se encontraban sin utilizar y almacenadas:

¿Fue apropiado que la OMS contara con la opinión de expertos con evidentes lazos financieros y de investigación con empresas farmacéuticas produciendo antivirales y vacunas para la influenza? ¿Por qué un personaje clave para las medidas tomadas por la OMS fue un experto en influenza que ha recibido pagos de Roche, productor de oseltamivir, y de GlaxoSmithKline, productor de zanamivir? Y ¿Por qué la composición del comité de emergencia del que Chan pidió orientación sigue siendo un secreto que sólo conoce la OMS? Nos preguntamos si las principales organizaciones de salud pública son capaces de gestionar eficazmente los conflictos de intereses inherentes a la ciencia médica.<sup>244</sup>

La desconfianza y las dudas han quedado circulando en la opinión pública a pesar de las aclaraciones que fueron hechas al respecto por la misma Directora General de

---

<sup>243</sup> Cohen, Deborah, *op. cit.*

<sup>244</sup> Cohen, Deborah, *et. al.*, "Conflict of interest. WHO and the pandemic flu 'conspiracies'", en *British Medical Journal*, Junio 2010, <http://www.bmj.com/content/340/bmj.c2912> revisado el 19 de agosto de 2013

la OMS, Margaret Chan: “Los posibles conflictos de intereses son inherentes a toda relación entre un organismo normativo y de fomento de la salud, como es la OMS, y una industria orientada a la obtención de beneficios [...] sin embargo, en ningún momento, ni un solo segundo, se tuvieron en cuenta los intereses comerciales en mi proceso de adopción de decisiones.”<sup>245</sup> Para ella esto no significa desconocer los tratos con tales monopolios de fármacos, pero se diferencian de las denuncias en que son realizados por investigadores a nivel individual dentro del campo de su competencia. Ciertamente muchos de ellos son asesores de la OMS, pero la financiación que obtienen de la industria farmacéutica está destinada a “llevar a cabo investigaciones, pasando por consultorías remuneradas, hasta la participación en conferencias patrocinadas por la industria.”<sup>246</sup> La misma OMS concluía, ha implementado una serie de mecanismos para protegerse de las recomendaciones alentadas por intereses comerciales como el hacer declarar a los miembros sus intereses profesionales y financieros.

Si bien los datos arrojados al final de la pandemia sostienen que sus consecuencias sanitarias fueron mucho menores de lo esperado, a nivel social, político y económico los efectos marcan lo contrario. Como se ha reseñado antes, tanto las medidas adoptadas como los mismos comportamientos colectivos desarrollados en un ambiente de miedo y angustia generalizados tuvieron un considerable impacto económico, comenzando con el monto invertido por los gobiernos de muchos países para la compra de antivirales el cual se estima fue de 18 mil millones de dólares. En el caso de México se estima que las pérdidas económicas sufridas durante el año 2009 ascendieron a 127.360 millones de pesos. De dicha suma, 121.978 millones (96%) correspondieron a menor producción y venta de bienes y servicios, y 5.380 millones (4%) fueron referentes a gastos para atender las necesidades de la emergencia sanitaria.

Al interior de país, fue el Distrito Federal la entidad que acumuló las mayores pérdidas, las cuales alcanzaron un valor de 58.470 millones de pesos, siendo Quintana

---

<sup>245</sup> “Carta de la Organización Mundial de la Salud a la Redacción del BMJ” en [http://www.who.int/mediacentre/news/statements/2010/letter\\_bmj\\_20100608/es/index.html](http://www.who.int/mediacentre/news/statements/2010/letter_bmj_20100608/es/index.html), revisado el 19 de agosto de 2013.

<sup>246</sup> “Respuesta internacional a la pandemia de gripe: la OMS responde a las críticas” en [http://www.who.int/csr/disease/swineflu/notes/briefing\\_20100610/es/index.html](http://www.who.int/csr/disease/swineflu/notes/briefing_20100610/es/index.html), revisado el 19 de agosto de 2013

Roo la segunda más afectada con pérdidas de 14.614 millones de pesos, derivadas, en mucho, de la baja en el turismo registrada en ese año. Este sector de actividad que por cierto no fue el único afectado ya que la influenza impactó, directa o indirectamente, en diversos sectores de actividad tal y como se muestra en la Tabla 3.1.<sup>247</sup>

Tabla 3.1

**DISTRIBUCIÓN DE LAS PÉRDIDAS SEGÚN LAS CAUSAS**

Sector de actividad	Monto de las pérdidas (millones de pesos)			
	Totales	Atención de la pandemia	Distanciamiento social	Temor en el exterior
Educación	208,5		208,5	
Salud	3 872,8	3 872,8		
Ganadería	642,0		602,0	40,0
Comercio	45 517,5		42 672,7	2 844,8
Restaurantes	12 534,4		11 719,7	814,7
Turismo	47 646,1		15 435,1	32 211,0
Transporte	16 912,7		13 168,8	3 743,9
Electricidad	25,4			25,4
Total	127 359,4	3 872,8	83 806,8	39 679,8

FUENTE: CEPAL

[http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011\\_Influenza-L958w.pdf](http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011_Influenza-L958w.pdf)

Lo anterior no quiere decir que el brote de este tipo de influenza fuera de bajo riesgo sanitario, las casi diecinueve mil muertes así lo demuestran. Lo que se ha venido señalando a lo largo de la reflexión y se quiere refrendar con estas últimas observaciones son, primero, algunos de los procesos que se llegan a disparar, así como ciertos agentes, instancias e intereses que se movilizan ante la presencia de peligros biológicos; segundo, el mismo carácter de riesgos manufacturados que conllevan tales peligros; y tercero, la manera como los procesos de globalización vinculan y vehiculan no sólo los planos y recursos económicos y tecnológicos de todas las regiones del mundo, sino, y sobre todo, la forma como se despliega la vida social ante los riesgos desencadenados.

En el caso de la aparición del nuevo virus en 2009, se hizo evidente que en la sociedad moderna los riesgos se globalizan y son compartidos por la mayoría de grupos humanos (tal y como ha quedado asentado en el capítulo primero con el

<sup>247</sup> CEPAL, "Evaluación preliminar del impacto en México de la Influenza AH1N1" en [http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011\\_Influenza-L958w.pdf](http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011_Influenza-L958w.pdf), revisado el 20 de agosto de 2013

concepto de “Sociedad del Riesgo”). En este contexto también se hace evidente que los discursos existentes en torno a estos riesgos traspasan las fronteras, y que el poder que tienen los diversos medios de comunicación masiva (incluyendo al internet) para difundirlos contribuyen a una cierta estandarización de opiniones y percepciones que lleva a generalizar el ambiente de zozobra.

La serie de fenómenos que rodearon a este fenómeno marcaron la pauta para el brote de sentimientos de miedo e incertidumbre entre la población mundial; sentimientos que al impactar las prácticas y relaciones sociales pusieron de manifiesto una forma específica de apropiación del mundo, cuya contextualización global, podríamos afirmar, está marcada por la vulnerabilidad percibida frente a los mismos riesgos que se han derivado de su propia trayectoria.

## Consideraciones finales

La presente reflexión ha girado en torno a los riesgos globales que han surgido con el desarrollo de la modernidad, así como sobre los miedos que, derivados de éstos, experimentan las sociedades contemporáneas. En este horizonte, hemos visto cómo los riesgos sanitarios se han convertido en otro de los factores que impactan la subjetividad social y los comportamientos colectivos, al producir y actualizar con nuevos rostros y dinámicas los miedos que siempre ha provocado la aparición de enfermedades con capacidades pandémicas, sobre todo cuando no se tienen los conocimientos necesarios para afrontarlos. Así, la tesis que hemos defendido consiste en afirmar que si bien tales riesgos sanitarios constituyen un peligro biológico, éstos son definidos y construidos socialmente

A la luz de la reflexión realizada podemos afirmar que, a las decimonónicas y persistentes fragilidades que rodean a la vida humana, se han sumado nuevos riesgos que encuentran su origen en el desarrollo de la actual civilización y cultura. Es decir, son manufacturados en tanto producto de las decisiones económicas, políticas, culturales, científicas y tecnológicas que han dado lugar a los patrones de la vida moderna en todos sus órdenes; y la cual ha sido objeto de distintos diagnósticos caracterizados por la volatilidad o “liquidez” de los referentes y estructuras que permitían contar con ciertos márgenes de seguridad, así como por la incertidumbre y el riesgo. Sin embargo, como señalan los analistas que aquí se incluyeron, los riesgos actuales si bien son manufacturados, éstos no provienen de una planificación racional capaz de prever y controlar todas las posibles consecuencias que se derivan del mismo sistema las cuales sólo podemos confrontar con los recursos disponibles.

Relacionados con la creciente movilidad social y los disturbios ambientales, con los modelos de cría intensiva de animales y el creciente flujo comercial, así como con los hábitos que socavan la capacidad orgánica de los individuos, los riesgos sanitarios dan cuenta de una particular paradoja: nuestras sociedades actuales, supuestamente las más seguras de la historia (pues a diferencia de cualquier época pasada, contamos con medios más eficaces para prevenirlos y combatirlos), son también las más llenas de incertidumbre. Como bien cuestiona Delumeau: “Refinados como estamos por un largo pasado cultural ¿no somos hoy más frágiles ante los peligros y más permeables al

miedo que nuestros antepasados?”<sup>248</sup>. De inicio nuestra reflexión apunta a contestar afirmativamente a dicha pregunta, pues la vida contemporánea transcurre entre una perpetua sucesión de sobresaltos que surgen desde diversos frentes. Poblaciones enteras se ven sumergidas en un ambiente de inseguridad ante toda clase de riesgos porque, dicho sea de paso, también se perciben como desprovistas de defensas para enfrentarlos.

La aparición de la influenza A(H1N1) en el 2009 es un buen ejemplo de este problema. Con base en ella intentamos mostrar cómo el nuevo contexto de globalización y sus procesos de organización y convivencia correspondientes conforman un conjunto de condiciones para que los pobladores de distintas sociedades se vean expuestos a los efectos de enfermedades infecciosas emergentes, las cuales parecen surgir de la nada y propagarse a gran velocidad, traspasando las fronteras geográficas, económicas o de otra índole (de edad, religiosas, de género, por mencionar algunas). Y cómo el horizonte de incertidumbre y los miedos no disminuyen, a pesar de que tales condiciones también posibilitan un nuevo concepto y política de seguridad internacional en el que intervienen no sólo los gobiernos de cada país y la comunidad científica, sino órganos mundiales con autoridad para generar pautas y coordinar acciones tendientes a hacer frente a dichos riesgos epidemiológicos. Lo anterior hace que la actual modernidad sea caracterizada como ambigua, incierta y ambivalente y, por ello, una fuente productora de escenarios de miedo.

Lo anterior fue perfilando otra tesis sobre la presencia misma de una emoción tan potente como el miedo, a saber, que actualmente ha dejado de ser una reacción contingente y localizada, para convertirse en una forma de estar en un mundo ligada a una necesidad vital constitutiva: la seguridad. Pues “la necesidad de seguridad es [...] fundamental: está en la base de la afectividad y de la moral humanas. La inseguridad es símbolo de la muerte y la seguridad símbolo de la vida”.<sup>249</sup> Así, en una contemporaneidad inundada por una atmósfera de incertidumbre y con sociedades invadidas por sentimientos de inseguridad, los miedos se han convertido en un ingrediente “normal” de la experiencia colectiva, porque la someten continuamente a un

---

<sup>248</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 22

<sup>249</sup> Delumeau, Jean, *op. cit.*, p. 21

estado de inquietud difusa que se deriva de la percepción de desprotección ante los riesgos que rodean la existencia. Tienen efectos más desestructurantes cuando refieren a una amenaza que pone en peligro la propia sobrevivencia, respecto a la cual se percibe la falta de un orden sólido que la proteja, o que aporte, al menos, pautas confiables aunque no controlen totalmente factores inéditos o desconocidos, como es el caso de los nuevos virus.

Aunque el breve recorrido histórico que expusimos fue parcial y resumido, éste nos proporcionó suficientes elementos para afirmar el importante papel que tiene el miedo en el comportamiento, las prácticas y los derroteros de los seres humanos y sus sociedades, pues su presencia está ligada con la batalla que han librado en distintas épocas contra aquello que los vulnera y los amenaza. Desde el mismo reconocimiento de la superioridad de la naturaleza hasta el carácter efímero y caduco de nuestro cuerpo, pasando por el temor a la violencia ejercida por toda clase de realidades, situaciones y fuerzas, la vida humana y social ha significado una lucha constante por permanecer. De ahí que no resulte extraño que ante enfermedades masivas como la peste en la Edad Media y el virus A(H1N1) en 2009, la expresión de los miedos sea muy parecida. Es decir, aun cuando en cada ocasión los miedos adoptan nuevas caras y contenidos, éstos mantienen su doble función de desestructuración y guía de los comportamientos colectivos.

Ciertamente resulta contradictorio que a pesar de los tremendos avances en los conocimientos científicos y tecnológicos, en los patrones de urbanización y en las medidas sanitarias (que han permitido que las poblaciones padezcan con menor virulencia los estragos de una enfermedad infecciosa), las sociedades actuales activen similares fenómenos y mecanismos a los expresados en una época tan distinta. En ambos casos se dispararon prácticas de discriminación y de designación de chivos expiatorios, proliferaron rumores y se dio pie a explicaciones con poco sustento, pero que fungieron como armas psicológicas encaminadas a hacer frente a un daño biológico de naturaleza desconocida. En suma, todo parece indicar que se desplegaron los mismos miedos, los cuales dieron lugar a fenómenos y comportamientos colectivos análogos aunque los objetos y las condicionantes contextuales variaran.

Dicha contradicción se resuelve, sin embargo, cuando observamos que tales fenómenos, mecanismos y comportamientos no son privativos de épocas en las que las sociedades se ven asechadas por enfermedades inéditas, sino que se presentan generalmente cuando se experimenta una crítica falta control y cuando se trastocan fuertemente los esquemas de seguridad necesarios para la preservación de la propia seguridad ontológica.

Tras el análisis desarrollado también concluimos que la angustia y el miedo no sólo son experiencias subjetivas inherentes a la naturaleza humana que operan a nivel individual, sino que influyen y se moldean a nivel social como guías de prácticas y comportamientos colectivos. Los mismos riesgos que los provocan, como se ha venido afirmando, aunque no son planeados racionalmente, dependen de la percepción e interpretación social, la cual está condicionada por las representaciones, las creencias, los marcos de conocimiento disponibles en una época determinada, así como por la intervención de agentes legitimados y dotados de autoridad establecidos. Todo este conjunto se vuelve fundamental para entender la dinámica de las amenazas y las formas de gestionar los riesgos y, por tanto, para comprender el tipo de respuestas que provocan los miedos que de ellos se derivan.

A nuestro juicio lo anterior quedó confirmado en lo acontecido durante la pandemia de influenza del año 2009, y se vuelve a comprobar cinco años después con otro brote provocado por el mismo virus A(H1N1), durante el año 2014 en que damos por terminado el presente trabajo. Sin entrar en un análisis comparativo detallado puede decirse que ambos comparten el mismo contexto de desprotección y vulnerabilidad general en distintos órdenes de la vida social, así como la falta de referentes y estructuras en donde apoyarse. Respecto a dicho virus todavía son desconocidos los mecanismos para erradicarlo totalmente (aunque ya existe una vacuna que supuestamente controla los efectos más nocivos y se aplica masivamente). El número de casos y muertes en el primer mes de 2014 fue considerablemente mayor (123 fallecimientos contra 83 decesos)<sup>250</sup> que el presentado durante el primer mes de la contingencia en 2009. Sin embargo, en este último brote no se dispararon alertas

---

<sup>250</sup> *El Universal*, "Influenza mata a más que en 2009, enero 2014, <http://www.eluniversal.com.mx/nacion-mexico/2014/influenza-mata-a-mas-que-en-2009--982284.html>, revisado el 18 de febrero de 2014

mundiales por los organismos internacionales, los medios de comunicación no hicieron mucho eco del problema y tampoco se dieron repercusiones sociales considerables con base en los mecanismos y comportamientos colectivos anteriormente reseñados (las actividades comerciales siguieron con sus propias dinámicas, las fronteras no se cerraron ni hubo viajes cancelados por este motivo, la fabricación de rumores y chivos expiatorios está ausente, en las calles y ciudades no se observaron cubrebocas y el contacto físico entre las personas prácticamente quedó intacto).

Si atendemos a nuestras propias tesis, la pregunta que salta a la mesa es por qué el peligro objetivo de este tipo de influenza no disparó los anteriores fenómenos y mecanismos, ni se trastocaron los esquemas de seguridad ontológica de manera crítica. Ciertamente las experiencias previas han generado un cúmulo de recursos que permiten controlar más eficazmente su propagación y con ello relativizar el desconocimiento y la incertidumbre. El mismo hecho de que la población considere que hay vacunas eficaces, es un factor que ha relajado su percepción de amenaza ante dicho virus. También seguramente siguen en revisión las políticas mundiales encargadas de las contingencias sanitarias. Pero esto no explica totalmente la diferencia.

Si, como han señalado los expertos, nada asegura que éste o nuevos virus no hagan presencia con magnitudes de peligro iguales o mayores, para nosotros la diferencia de comportamiento social entre los dos brotes solamente reafirma que los riesgos actuales (incluyendo los sanitarios) no sólo son manufacturados sino también socialmente definidos por diferentes agentes legitimados (aquí hablamos de los organismos internacionales, las comunidades científicas y los medios de comunicación), los cuales bajo la dinámica de sus propios intereses (y conflictos) tienen la capacidad para incidir en la percepción social. Con ello se convierten en factores fundamentales que pueden aumentar o disminuir la atmósfera de inquietud y angustia, e influenciar sobre los mecanismos que disparan los miedos. Pues, como señala Enrique Gil, “si la realidad nos parece alarmante es porque así es definida [...], con independencia de que semejante alarma social esté, o no, objetivamente justificada.

[...] a partir de un cierto umbral de riesgo real, y sea cual fuere su nivel objetivo de alarma justificable”.<sup>251</sup>

Lo anterior no quiere decir que sea monolítico o el único el poder de tales agentes para influir y manipular la percepción social de los riesgos. Tampoco significa desconocer el papel del conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas para combatir enfermedades masivas, así como la importante coordinación que cumplen los agentes y sistemas expertos mencionados ni su función informativa. Entre las cosas que aquí se han cuestionado está su falta de responsabilidad ética al procurar sus propios intereses, sobre todo económicos, por encima de la seguridad de poblaciones enteras. Además de que la idea persistente respecto a que dichos intereses subyacen a una enfermedad infecciosa grave, no sólo da pie a la desconfianza y a la confusión, sino que refuerza un clima de impunidad frente al cual se está desprotegido. Esto coloca sobre la mesa un tema fundamental para las sociedades contemporáneas: como señala Edgar Morin, junto a los aportes científicos y técnicos se hace necesaria la responsabilidad social, científica y ética, frente a un saber que “ya no está hecho para ser pensado, reflexionado, meditado, discutido por los seres humanos para aclarar su visión del mundo y su acción en el mundo, sino que es producido para ser almacenado en los bancos de datos y ser manipulado por las potencias anónimas”.<sup>252</sup>

Sin volver a entrar en detalle, la reflexión que aquí expusimos ha estado motivada a cuestionar estos y otros problemas vinculados con los riesgos e incertidumbre de la vida contemporánea. Su propia elaboración nos ha llevado a pensar si nuestra época resulta ser más peligrosa que otras; si como afirma contundentemente Bauman “los nuestros vuelven a ser tiempos de miedos”,<sup>253</sup> en términos de si en realidad algún día o en alguna etapa histórica dejaron de serlo. La conclusión a la que hemos llegado es que la novedad contemporánea no radica en el miedo en sí mismo, pues éste resulta ser un mecanismo de defensa natural “inherente a nuestra naturaleza, es una muralla esencial, una garantía contra los peligros, un reflejo indispensable que permite al organismo escapar provisionalmente a la muerte”.<sup>254</sup> Lo característico de nuestro

---

<sup>251</sup> Gil, Enrique, *op. cit.*, p. 40

<sup>252</sup> Morin, Edgar, *op. cit.*, p. 92

<sup>253</sup> Bauman, Zygmunt, *Miedo Líquido*, *op. cit.*, p. 11

<sup>254</sup> Delumeau, Jean *op. cit.*, p. 23

tiempo es la manera en cómo el miedo adquiere formas específicas en un escenario global de riesgos también globales. Al vivir riesgos “deslocalizados” que trascienden fronteras y comprometen a las sociedades en su conjunto, los miedos contemporáneos tienden a ser imprecisos, movedizos e inestables, pueden aparecer en cualquier lugar y diseminarse como una plaga y desaparecer de la misma manera sin saber la causa que los origina. De tal suerte que nos volvemos más vulnerables a su manejo informático, aunque éste no se apoye en hechos reales sino en imágenes y discursos.

Esto mismo sucede con el propio concepto de “riesgo” que ha servido para diagnosticar la vida contemporánea, pues no remite necesariamente a un objeto o evento material objetivo sino a una elaboración intelectual que trata de dar cuenta de la capacidad humana y social para afrontar las consecuencias derivadas de sus propias acciones y decisiones. Como construcción social, experimentada por las personas, grupos y comunidades, el riesgo no es directamente identificable, mantiene un carácter virtual al ser tan sólo una posibilidad de un daño. Esto no le quita su capacidad para generar angustias y temores, pues no refiere tanto a “la realidad de una amenaza, sino cómo imaginamos esa amenaza”,<sup>255</sup> lo cual lo hace proclive a las más variadas interpretaciones que pueden llegar a corroer la vida social y sumergirla en una atmósfera de incertidumbre generalizada. Por ello, y atendiendo a la distinción entre miedo localizado y angustia difusa, podemos concluir que en la actualidad, más que miedo, las sociedades “están infectadas” de sentimientos de angustia ante posibles calamidades para las cuales no hay escape y resulta inútil la huida.

Sin embargo, ante este horizonte desconsolador deseamos hacer las siguientes y últimas puntualizaciones. Como hemos visto, el riesgo, la incertidumbre y el mismo miedo constituyen narrativas sobre la modernidad que pueden fácilmente conducirnos al alarmismo: son formas de observar la vida contemporánea en las que tiende a dominar el pesimismo. En las Ciencias Sociales nos hacen pensar en un mundo presente y futuro no sólo incierto sino inundado por un mar infinito de amenazas atemorizantes. No obstante, después de ponerlas en tensión con respecto a un acontecimiento concreto nos hace concluir que tales narrativas, más que representar una verdad catastrófica absoluta, deben ser dimensionadas como lo que son:

---

<sup>255</sup> Robin, Corey, *El miedo. Historia de una idea política*, op. cit., p. 59

diagnósticos parciales que a la vez de tener imprecisiones, también pueden contener puntos de inflexión a tomar en cuenta. En lugar de tomarlos como base para predicciones fatales, podemos considerarlos como un llamado de atención para emprender acciones encaminadas a revertir las consecuencias de una trayectoria histórica que ha enfrentado a las sociedades contemporáneas con una serie de problemas capitales.

Si bien no podemos negar la existencia de eventos como el deterioro ecológico, las crisis económicas y alimentarias, la violencia cotidiana, además de la desestructuración de los marcos sociales utilizados para orientarnos en el mundo, también es cierto que los individuos, grupos y comunidades no se llegan a paralizar totalmente por el miedo, ni se ahogan irremediabilmente en las angustias que origina la misma tarea de vivir en un contexto que parece cada vez menos seguro y en donde se piensan menos protegidos. Como ha sucedido a lo largo de la historia, las sociedades humanas tienen la capacidad para levantarse en medio de contingencias que llegan a ser incluso trágicas, aprendiendo y buscando mejores soluciones.

La misma incertidumbre resulta ser una tesis problemática cuando reconocemos que no está ligada mecánicamente con respuestas de un miedo paralizante. Puede dar lugar a otras respuestas y vincularse con otros elementos cruciales para la vida en general y para la configuración de la vida social, pues si una incertidumbre absoluta lo abarcara todo y la única respuesta fuera un miedo que incapacita, estaríamos inmovilizados para realizar cualquier actividad y para enfrentar el mundo día a día. Y es que “a pesar de las vicisitudes de la vida confiamos en el mundo porque el sentido que le otorgamos tiene un grado significativo de recurrencia y continuidad”.<sup>256</sup> Pero, añadimos, no se trata de una confianza que se logra mediante la aceptación sumisa de los discursos y políticas que llegan a desarrollar e impulsar los agentes y sistemas expertos, por el sólo hecho de que estén legitimados o porque tengan poder y recursos para imponerse. Al contrario, y como reseñamos aquí, esta aceptación puede provocar mayores grados de temor y desconfianza. Más bien se trata de develar el carácter

---

<sup>256</sup> Sabido, Olga, “La confianza y los tiempos de incertidumbre” en León, Emma (coord.), *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconsuelo*, México, CRIM-UNAM, 2011, p. 101, 106.

relativo y sobre todo parcial que tienen o pueden tener por estar también vinculados a intereses particulares.

En suma, estamos convencidos de que la vida humana y social nunca ha estado ni estará exenta de peligros y tampoco escapará a los riesgos que se derivan de su propio actuar en el mundo. Las angustias y los miedos, en consecuencia, seguirán estando presentes en la vida personal y colectiva cuando se enfrenta a toda clase de amenazas. En cuanto a la incertidumbre de la sociedad contemporánea, ya que es intrínseca a su configuración y dinámica no podemos eliminarla, sólo podemos acotarla con distintos medios, dice Norbert Lechner.<sup>257</sup> No entraremos a la disputa de cuáles pueden ser tales medios, pero coincidimos con este autor cuando señala que “la clausura de horizontes es la muerte”;<sup>258</sup> que la incertidumbre no sólo provoca miedos que pueden ser manipulados, sino una posibilidad para ver los problemas y contingencias como desafíos; que tenemos razones suficientes para dar cuenta de nuestros miedos y “seguir juntos construyendo el futuro”. Incluso, ante un riesgo contra nuestra propia sobrevivencia, necesitamos darnos a la tarea de discernir su origen y condicionamientos. Por eso queremos terminar con la siguiente afirmación que expresa el espíritu con que tratamos de llevar cabo la reflexión:

La construcción del futuro presupone [...] un vínculo emocional y afectivo. Es en un determinado contexto de temores y anhelos que las alternativas propuestas adquieren (o no adquieren) sentido. Sólo un futuro que acoge a los agobios, las dudas y los sueños del presente resulta atractivo. No basta que un futuro sea posible; hay que tener la motivación para querer realizarlo.<sup>259</sup>

---

<sup>257</sup> Lechner, Norbert (1998), *op. cit.*, pp. 179- 198

<sup>258</sup> *Idem.*, p. 195

<sup>259</sup> *Idem.*, p. 196

**BIBLIOGRAFÍA**

---

André, Christophe, *Psicología del miedo*. Barcelona: Kiarós, 2004.

Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

\_\_\_\_\_, *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

\_\_\_\_\_, *Vida líquida*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad, 2006.

\_\_\_\_\_, *Miedo líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*. Madrid: Paidós, 2007.

Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo global*. Barcelona: Forum, 2002.

\_\_\_\_\_, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 2002.

\_\_\_\_\_, *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Barcelona, Paidós, 2004.

\_\_\_\_\_, "Teoría de la sociedad del riesgo" en Beriain, Josetxo (comp), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Madrid: Antrophos, 2007.

Beck-Gernsheim E., et. al., *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*: Madrid: Paidós, 2003.

Benedictow, Ole, *La Peste Negra, 1346-1353. La Historia Completa*, Madrid, Editorial Akal, 2011.

Beriain, Josetxo, "El doble 'sentido' de las consecuencias perversas de la modernidad" en Beriain, Josetxo (comp), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrophos, España, 2007.

Carretero Reyna y León Emma, *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 2009.

Cartwright, Frederick, et. al. *Grandes pestes de la historia*, Argentina, Editorial El Ateneo, 2005,

Castel, Robert, *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

Constante, Alberto “Una Ética del Miedo” en Pamplona, Francisco *Paradojas del miedo*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009.

Corominas Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Editorial Gredos, 1961.

Delumeau, Jean, *El miedo en occidente*, Madrid, Taurus, 1989.

Diamond, Jared, *Armas, gérmenes y acero: la sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Editorial Debate, 1998.

Douglas, Mary, “Les etudes de perception du risqué: un état de l’art”, en Jean-Louis Fabiani y Jacques Thies, *La Société vulnérable. Évaluer et maîtriser les risques*. París, Presses de l’École Normale Supérieure, 1987.

Douglas, Mary, *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*, Barcelona, Paidós, 1996.

Duby, Georges, *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1995.

Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, México, 2009.

Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós Contextos, 2006.

García Barrios J. Raúl y León e. “El espíritu del juego”, en Emma León (coord), *Virtudes y sentimientos sociales para enfrentar el desconsuelo*, Madrid, CRIM-Sequitur, 2012.

Giddens, Anthony. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vida*, Editorial Taurus, España, 2001.

\_\_\_\_\_, *Modernidad e Identidad del yo: el yo y la sociedad en la época moderna*, Barcelona, Península, 1997.

\_\_\_\_\_, “Consecuencias de la modernidad”, Alianza, Madrid, 1993.

Gil Calvo, Enrique, *El miedo es el mensaje. Riesgo, Incertidumbre y Medios de comunicación*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.

Ginzburg, Carlo, *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, España, Muchnik editores, 1991.

Girard, René, *El chivo expiatorio*, Barcelona, Anagrama, 2002.

Gutián, Mónica, "Riesgo e incertidumbre. Contornos sociológicos de la modernidad", en Gutián, M. *op. cit.*, *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, Juan Pablos-UNAM, 2003.

Held, David, *et. al.*, *Globalización/Antiglobalización*. Sobre la reconstrucción del orden mundial, Barcelona, Paidós, 2003.

Laporte, Dominique, *Historia de la mierda*, Valencia, Pre-textos, 1980.

Lechner, Robert, *Las patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1990.

León, Emma, *El monstruo en el otro. Sensibilidad y coexistencia humana*, España, Sequitur-UNAM, 2011.

\_\_\_\_\_, "El Monstruo", en León, Emma (editora), *Los rostros del Otro: reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*, España, Antrhopos-UNAM, 2009.

Luhmann, Niklas. "El concepto de riesgo" en Beriain, Josetxo (comp), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Antrhopos, España, 2007.

\_\_\_\_\_, *Sociología del riesgo*, México, Universidad Iberoamericana, 1992.

Malvido, Elsa, *La población, siglos XVI al XX*, México, UNAM/Océano, 2006.

Marina, José Antonio, *et. al.*, *Diccionario de los sentimientos*, España, Anagrama, 2007.

Marina, José Antonio, *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Barcelona, Anagrama, 2011.

Mc Neill, William, *Plagas y pueblos*, España, Siglo XXI, 1984.

Menéndez, Eduardo, *et. al.*, *Miedos, riesgos e inseguridades. Los medios, los profesionales y los intelectuales en la construcción social como catástrofe*, México, CIESAS/Publicaciones de la Casa Chata, 2009.

Millán, René "Incertidumbre y miedo: visiones sobre la modernidad", en Pamplona Francisco, *Paradojas del Miedo*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2009.

Moreno, Ana Rosa, "Efectos del cambio climático en la salud y los retos a enfrentar" en Delgado, Gian Carlo *México, et. al.*, *México frente al cambio climático: retos y oportunidades*, México, UNAM, 2010.

Morin, Edgar, "Ciencia con conciencia" Barcelona, Anthropos, 1984.

Robin, Corey, *El miedo. Historia de una idea política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Rousseau, Jean-Jacques, "Carta al Señor Voltaire", en *Escritos Polémicos: carta a Voltaire, cartas a Malesherbes, carta a Beaumont, carta a Mirabeau*, Madrid, Editorial Tecnos, 1994.

Smith, Kenneth, *La biología de los virus*, FCE, México, 1968.

Vigarello, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

Zabludovsky, Gina, *Modernidad y Globalización*, México, Siglo XXI, 2010.

Zinn, Jens. "Introduction: The Contribution of Sociology to the Discourse on Risk and Uncertainty" en Zinn, Jens, *Social theories of risk and uncertainty: an introduction*, Massachusetts, Blackwell, 2008.

Zinn Jens. "A comparison of Sociological Theorizing on Risk and Uncertainty" en Zinn, Jens, *Social theories of risk and uncertainty: an introduction*, Massachusetts, Blackwell, 2008

#### ARTÍCULOS DE PERIÓDICO

---

BBC, "The bird flu that killed 40 million", 2005, <http://news.bbc.co.uk/2/hi/health/4350050.stm>

El País, "Francia pedirá a la UE que suspenda los vuelos a México", 2009, [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2009/04/29/actualidad/1240956001\\_850215.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2009/04/29/actualidad/1240956001_850215.html)

El País, "Detectado plutonio y agua altamente radioactiva en la central de Fukushima", España, 2011, [http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/28/actualidad/1301263202\\_850215.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2011/03/28/actualidad/1301263202_850215.html).

El País, "Fueron los experimentos del diablo", Marzo 2011, en [http://elpais.com/diario/2011/03/26/sociedad/1301094003\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/03/26/sociedad/1301094003_850215.html)

El País, "Ensayo sobre la ceguera de la influenza porcina", [http://www.elpais.com/yoperiodista/articulo/Periodista/Mexico/enfermedad/influenza/Mexico/gripe\\_porcina/Ensayo/ceguera/influenza/porcina/elpepuyop/20090506elpyop\\_1/Tes](http://www.elpais.com/yoperiodista/articulo/Periodista/Mexico/enfermedad/influenza/Mexico/gripe_porcina/Ensayo/ceguera/influenza/porcina/elpepuyop/20090506elpyop_1/Tes)

El Mundo, "El Consejo de Europa critica a la OMS por su gestión de la gripe A", 2010, <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2010/06/25/medicina/1277448645.html>

El Universal, "Obama rechaza cerrar la frontera con México", 2009, <http://www.eluniversal.com.mx/internacional/61408.html>

El Universal, "Virus podría infectar a dos mil millones: OMS", 2009, <http://www.eluniversal.com.mx/notas/596400.html>.

La Jornada, "Granjas Carroll provocó la epidemia de males respiratorios en Perote, según agente municipal", 2009, <http://www.jornada.unam.mx/2009/04/06/index.php?section=estados&article=030n1e st>

Fox News, "WHO Maintains 2 Billion Estimate Likely for Swine Flu Cases", 2009, en <http://www.foxnews.com/story/2009/08/05/who-maintains-2-billion-estimate-likely-for-swine-flu-cases/>.

Reforma, "Sabían de influenza desde el 2 de abril", 2009, <http://www.reforma.com/influenza/articulo/496/990332/>

La Voz de Galicia, "México sólo confirma 7 muertes de 159 decesos por gripe porcina", abril 2009, <http://www.lavozdeg Galicia.es/sociedad/2009/04/29/0031240983792195912541.htm>

#### **ARTÍCULOS DE REVISTA**

---

Cevallos, Miguel Ángel, "Influenza A/H1N1: la nueva epidemia", en *¿Cómo Ves?*, México, UNAM, junio 2009, número 127

Oehmichen-Bazán, Cristina, *et. al.*, "El Rumor y el racismo sanitario durante la epidemia de influenza A/H1N1" en *Cultura y Representaciones sociales. Revista electrónica de Ciencias Sociales*, Vol 5, No. 9 México, UNAM

Ordóñez, Leonardo, "La globalización del miedo" en *Revista de Estudios Sociales*, Bogotá, No. 25, 2006

Reguillo, Rossana, "Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo", Colombia, *Revista de Estudios Sociales*, No. 5, 2000

Sabine, E.L., "Latrines and Cesspools of Mediaeval London", *Speculum* IX, en Reklaityte, Ieva, "Las condiciones higiénico-sanitarias en las ciudades europeas: introducción al análisis", *Saldvie*, no. 4, 2004

Salgado, Eva, *et. al.*, "Crónica de una epidemia pregonada", en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, no. 32, enero-abril 2010

Wuethrich, Bernice, "Chasing the Fickle Swine Flu", en *Science*, no. 5612, 2003

## ARTÍCULOS DE INTERNET

Algarra, Giovanni, "Ciencia y Política en el contexto de la nueva influenza A-H1N1", Instituto de Investigaciones Filosóficas- UNAM, 2011, [http://www.biopolitica.cl/docs/publi\\_bio/Algarra\\_ciencia.pdf](http://www.biopolitica.cl/docs/publi_bio/Algarra_ciencia.pdf).

Arteaga, Luis, "Miseria, miasmas y microbios. Las topografías médicas y el estudio del medio ambiente en el siglo XIX", en *GEO-CRITICA*, Año V, Núm. 29, <http://www.ub.edu/geocrit/geo29.htm>

Ashworth, E., "The History of Cholera in Great Britain", en *The Royal College of Physicians of London*, 1948, <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2184374/pdf/procrsmed00524-0035.pdf>

Asociación de Médicos Municipales de Buenos Aires, "Epidemias en el siglo XX y XX" en *Boletín Temas de Salud*, Año 16, No. 144, Argentina, 2009, [http://www.medmun.org.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=261..&limitstart=4](http://www.medmun.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=261..&limitstart=4)

Borah, Woodrow, "Conquest and Population: A Demographic Approach to Mexican History", en *American Philopical Society*, 1969, <http://f11.middlebury.edu/ECON0224A/borah69.pdf>

Centro de Noticias de la ONU, "A (H1N1): México condena restricciones y xenofobia", 2009, <http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=15443#.UfwJg5Kj2So>

CEPAL, "Evaluación preliminar del impacto en México de la Influenza AH1N1", 2010, [http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011\\_Influenza-L958w.pdf](http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/38894/2010-011_Influenza-L958w.pdf)

Echeverría, Bolívar, "Un concepto de modernidad", México, <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/Un%20concepto%20de%20modernidad.pdf>

Ferràs Jaume, *et. al.* "La seguridad como construcción social", ponencia presentada en el VII congreso Español de Sociología, 2001, <http://www.ub.edu/epp/seg/seggas.PDF>

Fuentes, Pablo, "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la Península Ibérica", Universidad Complutense de Madrid, 1992 <http://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/viewFile/ELEM9292110009A/23583>

García, Raúl "La Locura Ecocida: Ecosofía Psicoanalítica. Variaciones (desde el intrincamiento) sobre un tema de Luis Tamayo", en *Revista Carta Psicoanalítica*, Marzo del 2010, No. 15, <http://www.cartapsi.org/spip.php?rubrique2>

Garrett, Thomas, "Pandemic Economics: The 1918 Influenza and Its Modern-Day Implications", 2008, en <http://research.stlouisfed.org/publications/review/08/03/Garrett.pdf>

Iglesias-Gamarra, Antonio, *et. al.*, "Historia de la autoinmunidad. Primera Parte. La inmunología ¿desde dónde y hacia dónde?", *Revista Colombiana de Reumatología* [en línea], 2009, vol. 16, [http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-81232009000100002&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-81232009000100002&script=sci_arttext)

Manrubia, Susanna "Virus, evolución y epidemias", en *Ciencias Naturales, Ciencias de la vida*, 2008, [www.agenciasinc.es/Opinion/Virus-evolucion-yepidemias/](http://www.agenciasinc.es/Opinion/Virus-evolucion-yepidemias/)

Marín, Luis F., "El poder de la incertidumbre. Destinos manufacturados o el retorno del destino", en *Revista Académica de la Federación latinoamericana de facultades de comunicación social* No. 75, 2007, <http://www.dialogosfelafacs.net/revista/articulos-resultado.php?ed=75&id=53>

Martínez, Bernardo, "El cólera en México durante el siglo XIX", 1992, <http://www.ejournal.unam.mx/cns/no25/CNS02506.pdf>

Martínez, Jesús I., "Pensar el riesgo. En diálogo con Luhmann" en *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, España, 2010, <http://ojs.uv.es/index.php/CEFD/article/view/273/310>

Media Matters for America, *Paranoia pandemic: Conservative media baselessly blame swine flue outbreak on immigrant*, 2009, <http://mediamatters.org/research/2009/04/27/paranoia-pandemic-conservative-media-baselessly/149558>.

Molina, Nuria "Un breve estudio de la ciudad medieval y el desarrollo de la vida en ellas", 2007 *Historia social. Historia medieval*, [www.csi-sif.es/andalucia/.../NURIA\\_MOLINA\\_AGUILERA01](http://www.csi-sif.es/andalucia/.../NURIA_MOLINA_AGUILERA01)

OMS, *Informe sobre las enfermedades infecciosas. Eliminar obstáculos al desarrollo saludable*, 1991, <http://www.who.int/infectious-disease-report/idr99-spanish/pages/textonly.html>

OMS, *Informe sobre la salud en el mundo 2004. Cambiemos el rumbo de la historia*, 2004, <http://www.who.int/whr/2004/chapter1/es/index4.html>

OMS, "Respuesta internacional a la pandemia de gripe: la OMS responde a las críticas", 2010, [http://www.who.int/csr/disease/swineflu/notes/briefing\\_20100610/es/index.html](http://www.who.int/csr/disease/swineflu/notes/briefing_20100610/es/index.html).

ONU, "Agua y Ciudades", [http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/water\\_cities.shtml](http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/water_cities.shtml)

Ortiz, Gustavo, "La influenza porcina y la ética del consumo de jamón", <http://www.filosoficas.unam.mx/~gmom/influenza.pdf>

Rodríguez Kauth, Ángel, “El miedo, motor de la historia individual y colectiva” en *Nómadas: Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*, 2003, Universidad Complutense de Madrid, <http://www.ucm.es/info/eurotheo/arkauth/4.htm>

Schmidt, Charles, “Swine CAFOS & Novel H1N1 Flu: Separating Facts from Fears” en *Environ Health Perspectives*, 2009, September, <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2737041/>

Siegel, Marc, “Pig-Flu Fears only feed the problem”, en *NY Post*, 28 de abril de 2009, [http://www.nypost.com/p/news/opinion/opedcolumnists/item\\_kFvth7vPeAiyf9p8kcmwKO](http://www.nypost.com/p/news/opinion/opedcolumnists/item_kFvth7vPeAiyf9p8kcmwKO)

Urcuquil, Silvio, *et. al.*, *Historia de la Virología y características generales de los virus*, <http://editorialbiogenesis.udea.edu.co/index.php/biogenesis/article/viewFile/156/156>.

Vaqué Rafart J, *et. al.*, “Principales características de la pandemia por el nuevo virus influenza A (H1N1)” en *Medicina Clínica*, Barcelona, 2009, <http://rafalafena.files.wordpress.com/2009/10/h1n1-caracteristicas-de-la-pandemia-por-el-nuevo-virus-influenza-a-h1n1-mc-2009.pdf>